

HISTORIA

TODO ES

Nº 166

Marzo 1981

\$ 8.000

Pedro Sarmiento de Gamboa, el navegante infortunado

Las transmisiones presidenciales:

... "Dios y la Patria
me lo demanden!"

v. m. *El capitán
Pedro Sarmiento de Gamboa*

Lonardi
en la polémica

Diario

Convicción

El hábito inteligente

además:

Convicción

SUPLEMENTO DE
LETRAS

Convicción

ECONOMICO
Y FINANCIERO

Convicción

SUPLEMENTO DE
JUEGOS

Precio Indicativo \$ 1.700.

Periodismo que opina y se juega

**Se necesitaba
un Banco
muy importante
para una tarjeta de
crédito
tan importante.**



La tarjeta importante



Informes:

División Tarjeta de Crédito - Av. Córdoba 669 - 1054 Capital Federal y en todas las casas y sucursales del Banco de la Provincia de Buenos Aires.

EDITOR:

Emilio Perina

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."
(Cervantes, Quijote, I.IX)

DIRECTOR:

Félix Luna

SECRETARIO DE REDACCION:

Emilio J. Corbière

SUBSECRETARIO

DE REDACCION:

Isaac Sternschein

COLABORADORES:

María Sáenz Quesada,
María Granata,
José Barcia,
León Benarós,
Salvador Ferla,
Luis Alberto Romero,
Antonio Emilio Castello,
Andrea Maurizi,
Miguel Angel Scenna,
Hebe Clementi,
Horacio Sanguinetti,
Juan Carlos Vedoya,
Trinidad Delia Chianelli,
Nora Malamud.

ILUSTRACIONES:

Juan Pablo Ribeiro, Siulnas.

FOTOGRAFIA:

Archivo General de la Nación.
Ignacio Dignani.

CORRECTORA:

Lila Blanca Varela

ARTE Y DIAGRAMACION:

Sara de Chirico

DIRECTORA

ADMINISTRATIVA:

Martha De Grazia

ADMINISTRACION:

Yolanda N. Ledesma

SUSCRIPCIONES:

CAPITAL E INTERIOR

\$ 96.000.-

EXTERIOR US\$ 50.

Dirección, Redacción, Publicidad
y Administración: Viamonte 773
piso 3° - Tels. 392-4803/4903

Está prohibida la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta revista, tanto
en castellano como en otro
idioma.

Amigo lector

Li ama la atención que el Sesquicentenario del Pacto Federal, cumplido el 4 de enero pasado, haya transcurrido sin la menor recordación.

El Pacto Federal fue uno de esos "pactos preexistentes" que menciona el preámbulo de la Constitución como un antecedente vertebrador de la comunidad nacional. Firmado originalmente por las cuatro provincias litorales, como una alianza ofensiva y defensiva contra la Liga Unitaria, con posterioridad recibió la adhesión de todas las provincias; de modo que durante el largo lapso que precedió a la sanción de la Constitución en Santa Fe, el Pacto Federal fue, virtualmente, el único instrumento legal que vinculó a los estados de la Confederación.

El convenio de enero de 1831 contenía normas circunstanciales de tipo militar; promovía algunos prerequisites indispensables para facilitar el intercambio de personas y bienes en el territorio de las provincias signatarias; garantizaba la defensa de todas las provincias frente a ataques exteriores y, finalmente, comprometía la reunión de un congreso federativo para organizar definitivamente la nación bajo el sistema federal, cuando aquéllas se encontraran "en paz y tranquilidad".

Es cierto que el espíritu que inspiró el Pacto Federal se fue desvaneciendo frente a la obstinación de Rosas, que negaba la posibilidad de una organización constitucional. Pero de todas maneras quedó como una esperanza, o como una promesa incumplida que los pueblos reclamarían cuando desapareciera el principal obstáculo para su cumplimiento, como ocurrió después de Caseros. Además, el trámite previo al Pacto Federal incluyó la famosa polémica del correntino Pedro Ferré con el porteño Roxas y Patrón, que planteó claramente las exigencias del interior para que Buenos Aires adoptara una política de defensa en relación con las manufacturas locales, casi destruidas por las consecuencias de la apertura del puerto a partir de 1809.

No fue, entonces, el Pacto Federal, uno de los tantos documentos de la época de nuestras guerras civiles, que en su gárrula prosa esconden una vasta orfandad de pensamiento. Fue la meditada expresión de una vocación de nacionalidad que por encima de las guerras civiles, el aislamiento y las desconfianzas, seguía uniéndolo en profundidad a los pueblos que habían sido parte del antiguo Virreinato.

Es lamentable que este aniversario haya pasado sin las debidas memoraciones. Su recuerdo hubiera servido para evocar la problemática de un tiempo difícil. Y hubiera sido útil, asimismo, para demostrar que, cuando un texto legal responde a una auténtica necesidad nacional, su validez es más fuerte que su cumplimiento formal y termina inevitablemente por imponerse.

FELIX LUNA

Al Selección llámelo Etchart. El apellido del vino.

Blanco y tinto.
De cepas mendocinas, elaborado
y fraccionado en nuestra bodega
Santa Teresa, Perdriel, Mendoza.



Etchart, el apellido del vino.



Nuestra portada. Dibujo a pluma del célebre navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, y su firma autógrafa.

Sarmiento de Gamboa, el navegante infortunado. He aquí un formidable personaje del siglo XVI: un explorador intrépido, cuya mala estrella no descompensa la magnitud de sus hazañas. Descubridor de las islas Salomón, fundador de la primera población en el estrecho de Magallanes, escritor y acaso astrólogo, Pedro Sarmiento de Gamboa fue una de las últimas expresiones de esa España descubridora y aventurera que ya transitaba la frontera de su decadencia. María Sáenz Quesada hace una semblanza del "navegante infortunado".

Página 8

"¡Dios y la Patria me lo demanden!" Ciertas formas, ciertos ritos cívicos acompañan toda transmisión presidencial. Y una renovada expectativa crece con cada cambio en la primera magistratura. Antonio Emilio Castello relata algunas anécdotas y episodios vinculados con la ceremonia más importante de nuestra vida republicana.

Página 55

Actividades musicales en el viejo Buenos Aires. Nora Malamud evoca en otra de sus notas las viejas melodías del Buenos Aires de ayer.

Página 28

Alfredo Le Pera, el gran colaborador de Gardel. Por mucho tiempo, Alfredo Le Pera fue injustamente olvidado. Ahora, de la mano de José Barcia, se revaloriza su personalidad, especialmente su relación con Carlos Gardel.

Página 74

Lonardi y la revolución del '55. En un dossier especialmente preparado, se da a conocer la polémica despertada por el libro de la hija del ex presidente provisional, general Eduardo Lonardi. Se incluye un documento inédito, de origen militar, referido a su relevo como presidente de la Nación.

Página 43

El desván de Clío. Los hechos insólitos, las anécdotas, los personajes en el recuerdo de León Benarós.

Página 41

Lectores amigos: Una de las secciones más leídas de la revista, donde los lectores polemizan, efectúan críticas, aportan nuevos elementos de juicio.

Página 88

El libro de historia del mes. Un comentario bibliográfico de Luis Alberto Romero.

Página 72

Libros recibidos. Los últimos títulos aparecidos de la producción historiográfica.

Página 80

Suplemento especial. Los papas y su interés en la navegación. Simpática historia de los herederos de San Pedro y sus periplos.

HISTORIA

TODO ES

Todo muda, todo pasa, como en el soneto de Santa Teresa y en el río del viejo Heráclito. Y como "TODO ES HISTORIA" es parte del todo, en nuestra revista, en estos momentos, todo es mudanza.

Después de una meditada decisión hemos resuelto liar los petates, cargar los bártulos y, con sentido geopolítico, dar otro paso hacia el Plata.

Lector:

Cuando este número llegue a sus manos estaremos instalados en nuestro nuevo domicilio para continuar el diálogo nunca interrumpido. Allí lo esperamos, como siempre.

Viamonte 773, 3er. piso, Capital

Tel. prov: 392-4803/4903

MEMORIAL DE LA PATRIA

Una visión completa y moderna de la historia de la Argentina independiente con un único compromiso con el pasado: la verdad histórica. 29 historiadores argentinos tratan independientemente y por períodos la narración de los acontecimientos históricos y la evolución institucional desde 1804 hasta nuestros días. Cada volumen incluye la cronología de la época y la bibliografía aplicada.

Director: FELIX LUNA

- | | |
|-----------|--|
| 1804-1810 | Las brevas maduras , por Miguel A. Scenna, (\$ 35.000). |
| 1810-1815 | La aurora de la independencia , por Carlos S. Segreti, 2 tomos, (\$ 82.000). |
| 1815-1820 | Entre la monarquía y la república , por José R. López Rosas, (\$ 54.000). |
| 1820-1824 | La feliz experiencia , por Luis A. Romero, (\$ 40.000). |
| 1824-1830 | Del fracaso unitario al triunfo federal , por Hugo R. Galmari, (\$ 30.000). |
| 1830-1835 | El interregno de los tomonegros , por Víctor Bouilly, (\$ 30.000). |
| 1835-1840 | La suma del poder , por Mario G. Saraví, (\$ 34.000). |
| 1840-1850 | La santa federación , por Andrés M. Carretero, (\$ 35.000). |
| 1850-1852 | Hacia Caseros , por Julio H. Rube, (\$ 40.000). |
| 1852-1855 | La república dividida , por María Sáenz Quesada, (\$ 30.000). |
| 1855-1862 | El derrumbe de la Confederación , por Carlos Páez de la Torre, (\$ 43.000). |
| 1862-1868 | El gobierno del puerto , por Trinidad D. Chianelli, (\$ 43.000). |
| 1868-1874 | La magra cosecha , por Juan C. Vedoya, (\$ 41.000). |
| 1874-1880 | La conquista del progreso , por Guillermo Gasio y María C. San Román, (\$ 38.000). |
| 1880-1886 | Orden, paz, entrega , por Andrés M. Carretero, (\$ 30.000). |
| 1886-1890 | Apogeo y crisis del liberalismo , por Gustavo Ferrari, (\$ 36.000). |
| 1890-1896 | Secueles del unicato , por Horacio J. Guido, (\$ 51.000). |
| 1896-1904 | El tránsito del siglo XIX al XX , por Julio Irazusta, (\$ 34.000). |
| 1904-1910 | En camino a la democracia política , por Eduardo Cárdenas y Carlos Payá, (\$ 58.000). |
| 1910-1916 | Entre dos centenarios , por Jimena Sáenz, (\$ 42.000). |
| 1916-1922 | La experiencia radical , por Héctor J. Iñigo Carrera, 2 tomos, (\$ 89.000). |
| 1922-1930 | La Argentina ilusionada , por Luis C. Alén Lascano, (\$ 54.000). |
| 1930-1938 | La democracia ficta , por Horacio Sanguinetti, (\$ 30.000). |
| 1938-1946 | Del fraude a la soberanía popular , por Roberto A. Ferrero, (\$ 58.000). |
| 1946-1955 | La nueva Argentina , por Pedro S. Martínez, 2 tomos, (\$ 100.000). |
| 1955-1962 | Libertadores y desarrollistas , por Isidro J. Odena, (\$ 55.000). |

Pedidos a:

Editorial Astrea de Alfredo y Ricardo Depalma S.R.L.
Lavalle 1208 (1048) Buenos Aires Tel. 35-1880

MEMORIAL DE LA PATRIA
DIRECTOR
FELIX LUNA

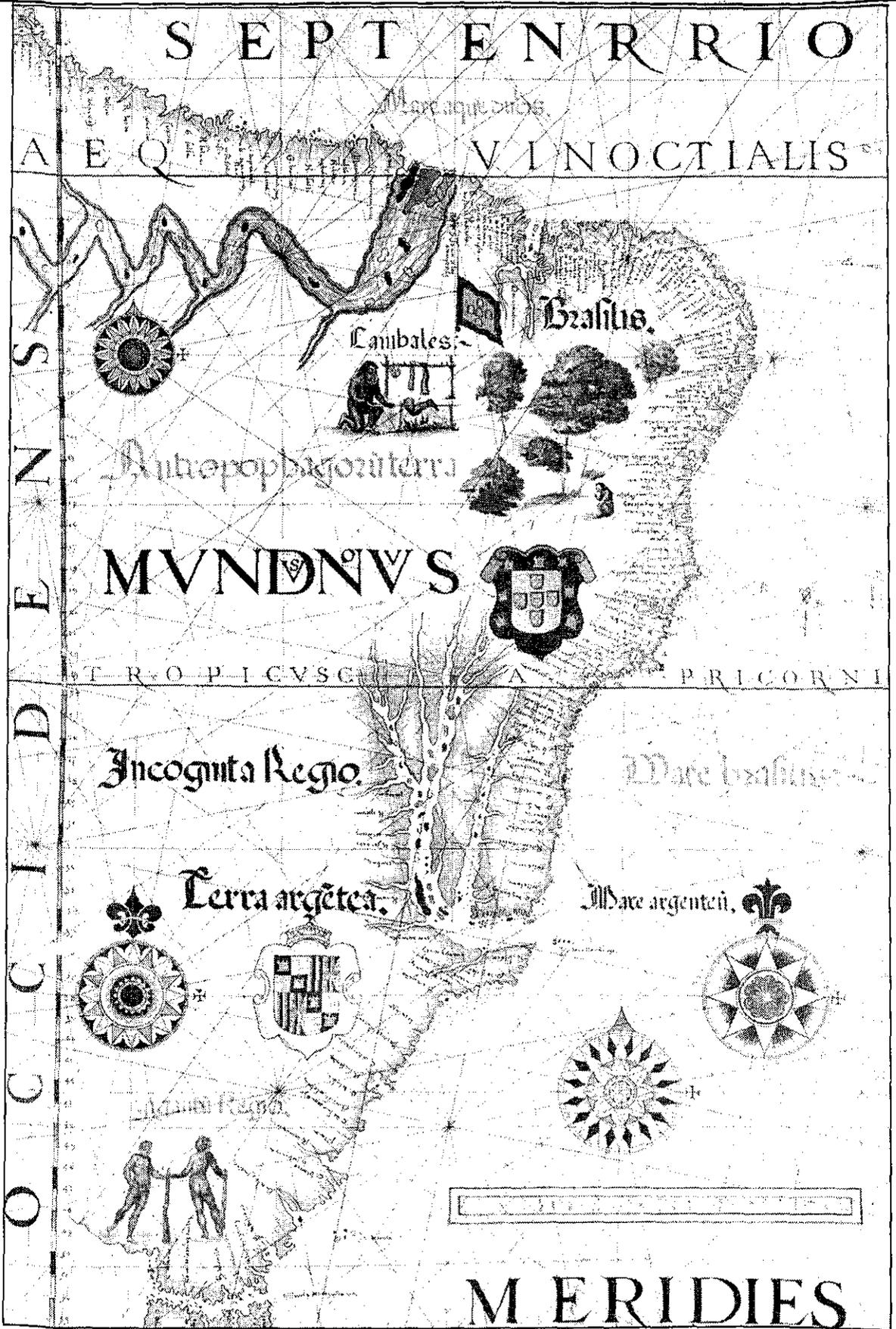
CARLOS S. A. SEGRETI



MEMORIAL DE LA PATRIA
DIRECTOR
FELIX LUNA

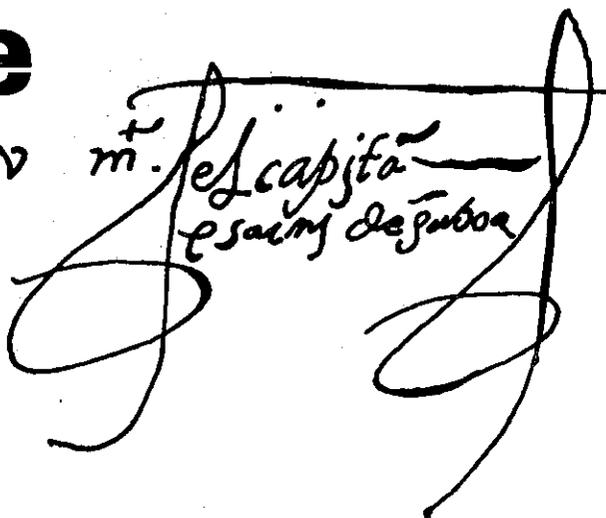
PRO SANTOS MARTINEZ





Pedro Sarmiento de Gamboa, el navegante infortunado

por María Sáenz Quesada



La historia americana, pródiga en aventuras maravillosas, se asombra aún al evocar la vida de Pedro Sarmiento de Gamboa, figura arquetípica de su siglo, el de la conquista de los Nuevos Mundos. Fue a un tiempo descubridor y poblador, astrólogo y cartógrafo, humanista e historiador. Su

nombre ha quedado indisolublemente unido al abortado proyecto de poblar el Estrecho de Magallanes, la tierra más austral del imperio español. Un proyecto descabellado y prematuro, hecho a la medida del temple y la locura de este navegante desafortunado.

Pedro Sarmiento nació (según sus propias declaraciones pues la fe de bautismo no se ha encontrado) en Alcalá de Henares en 1532. Sus padres, Bartolomé Sarmiento y María de Gamboa eran oriundos de Pontevedra y de Vizcaya, respectivamente.

Ernesto Morales, en la biografía de este personaje, ha evocado sus primeros años vividos en Alcalá, ciudad universitaria y revoltosa en la que acababa de fundarse el célebre colegio trilingüe de San Jerónimo, donde se enseñaba latín, griego y hebreo.

Pedro no se educó allí aunque a lo largo de su historia daría amplias pruebas de su dominio de las humanidades. Pasó a Pontevedra, el hogar paterno y en las

rías gallegas aprendió las nociones del arte de navegar que lo haría famoso.

Poco se sabe de sus años juveniles. Suponemos que la suya fue una adolescencia como tantas, mecida por historias de gloria y riquezas ganadas en las guerras de Europa y en empresas fabulosas en tierra americana, en pos de la Fuente de Juvencia o del reino del Dorado.

La opción era Flandes o América. A los 18 años Pedro deja definitivamente su hogar para entrar al servicio real en las guerras de Europa. Entre 1550 y 1555 el futuro navegante peleó de acuerdo a las necesidades de la política militar de los Austrias, empeñados en defender su difícil hegemonía. Sarmiento tal vez luchó en el Milanesado y el Rin —escribe Ernesto Morales— o asistió al asedio de la plaza fuerte de Metz donde el ejército del Emperador Carlos V casi fue aniquilado.

En esos combates fortalecía ese orgullo de **mancebo español** que le permitió afrontar penurias increíbles a lo largo de la vida. Pero las guerras europeas, el escenario donde se lucía la nobleza peninsular; no eran suficientes para el inquieto temperamento de Pedro. En 1555 definirá su destino embarcándose para el Nuevo Mundo. Será uno de los miles de españoles que cruzan el Océano con la ilusión de acrecentar la honra y ganar riquezas, salvar almas de infieles y agrandar los dominios del Rey.

Pasaría 26 años en América, en lucha contra la naturaleza indomable, las mezquindades y traiciones de los hombres, el hambre y toda suerte de adversidades. Porque a su llegada, el territorio indiano accesible, el de los grandes imperios sedentarios o de las sonrientes islas caribeñas, ya estaba ganado. Quedaban por conquistar las regiones

Diego Homem, en un mapa compuesto en 1568, llamó "Tierra argentea" a nuestro territorio.

más pobres e inhóspitas, habitadas por tribus indomables: el Gran Chaco, la gran chichimeca novohispana, las pampas y las selvas, los estrechos del sur.

Sarmiento de Gamboa recaló primero en México. No quedan testimonios de sus dos años de residencia allí, salvo un curioso episodio ocurrido en Puebla de los Angeles; la próspera ciudad del trigo, posta en el camino de México a Veracruz. Sarmiento fue públicamente azotado en la plaza de Puebla por orden de la Inquisición. Se lo juzgó culpable de fabricar un sambenito infamante con la efigie de un tal Diego Rodríguez, vecino del lugar, de urdir una falsa sentencia inquisitorial y de quemar la efigie.

Las apariencias indicaban que el reo había procedido como agente de la venganza personal de los sobrinos del obispo de Tlaxcala contra Rodríguez. ¿Por qué aceptó participar en la peligrosa farsa? Como tantos aspectos privados de la vida del navegante sus motivaciones han permanecido ocultas. Sólo sabemos que éste fue el primero de los tres procesos que sufrió a manos del Santo Oficio.

Otros datos tomados de sus propios relatos, dicen que estuvo en Guatemala y Chiapas en tiempos del obispo Bartolomé de las Casas. Luego pasó al Perú donde viviría más de veinte años.

Capítulo limeño

25 años después de la Conquista de Pizarro, la Ciudad de los Reyes disfrutaba de una etapa de expansión. Habían concluido las sangrientas guerras civiles entre peninsulares y el gobierno virreinal empezaba a organizarse sobre bases más firmes.

Sarmiento encontró mayores oportunidades de lucimiento en Lima que en México. Gracias al marqués de Cañete, segundo virrey del Perú, obtuvo la cátedra de Gramática con un salario anual de 400 pesos. Pedro empezaba a dar pruebas de su vasta cultura clásica que se enriqueció durante esos años mediante largos recorridos por el interior del país donde dialogó con los ancianos indígenas e indagó los secretos de su antigua sabiduría.

En 1561 Diego López de Zúñiga y Velazco, conde de Nieva, sucedía a Cañete. Tolerante, dadivoso y afable, "trujo

buena casa y música", inigualada por ningún otro virrey. De acuerdo al testimonio de fray Reginaldo de Lizárraga en su **Descripción colonial**, Nieva, apenas acababa de comer, se arrimaba a la ventana de su casa y escuchaba a pedigüeños y **pretensesores**, además de los muchos agraviados por su predecesor a quien tocó solucionar asuntos vinculados a las guerras civiles.

Un alegre séquito rodeaba al conde, siempre dispuesto a las aventuras amorosas. Pedro Sarmiento se incorporó al círculo íntimo de Nieva. Quien más tarde sería consejero respetado en sedudas cuestiones de historia, navegación y estrategia, cumplía la función de asesor sentimental del frívolo virrey...

Esta situación le costó cara debido a la súbita y misteriosa muerte del conde, cuyo cadáver fue encontrado al amanecer del 20 de febrero de 1564 tirado en una calle de Lima. ¿Apoplejía o asesinato? Versiones de toda índole obligaron al licenciado Lope García de Castro, el sucesor, a entablar proceso judicial por la muerte de Nieva. La indagación no avanzó mucho y fue preciso interrumpirla cuando se advirtió que podía empañar la memoria del difunto. Lizárraga, bastante prudente en sus afirmaciones, dice que la muerte repentina se debió a la manía del conde de beber agua helada en lugar de vino. Ya su médico lo había prevenido contra semejantes excesos... Otro rumor insistía en que un astrólogo predijo a Nieva su muerte inminente, que reiteró el presagio la misma mañana del deceso en el Jardín de los Franciscanos, el paseo más amable de Lima, y que el conde, sin hacer caso, salió para la escapada nocturna de la que no volvería.

Hay motivo para suponer que Pedro Sarmiento fue el agorero. Su contemporáneo, el padre Acosta, en la **Historia Natural**, lo llama "**hombre docto en astrología**". Lo cierto es que a fines de 1564, meses después de la muerte del Virrey, el arzobispo de Lima, fray Jerónimo de Loayza, en calidad de inquisidor ordinario, inicia causa de fe en contra suya.

De anillos y filtros mágicos

Sarmiento mereció dos car-

gos concretos, originados en personas del círculo íntimo del extinto Nieva. Una acusación, formulada por la Paiba, criada del conde, afirmaba que Pedro se había jactado de saber hacer "**cierta tinta que si escribían con ella a alguna mujer querría mucho a la persona o personas que escribiese la carta, aunque antes la quisiese mal**".

El segundo cargo consistía en haber mandado fabricar unos misteriosos anillos de oro, con letras en lengua caldea y caracteres astronómicos. Esos anillos, según declaró el testigo Francisco de Lima, secretario del ex virrey, servían para múltiples usos, uno para "**tener bien con personas principales**", otro "**para los que entrasen en batallas o rencillas**" y el último para asuntos de mujeres.

Ningún tema grave para la fe se ventilaba en el proceso. Sarmiento se defendió con energía. Aseguró que lo de la Paiba era sólo una broma inocente. En cuanto a los anillos, el modelo lo había sacado de unos cuadernillos en pergamino que sus confesores de España y México lo autorizaron a guardar. Como palabra de autoridad el acusado mencionó a su confesor limeño, fray Francisco de la Cruz, que entonces tenía fama de teólogo y santo: catorce años después y tras un complicado juicio sería quemado por hereje y demoníaco.

Hasta sus amigos más íntimos declararon en contra de Sarmiento. Uno de ellos, Lozada, respondió cuando Pedro lo increpó por su falta de solidaridad: "**Vos mi amigo sois, mas más quiero a Dios que a vos, a mi madre y a mi linaje**".

En mayo de 1565 una junta de teólogos y jesuitas —el Tribunal de la Inquisición aún no estaba oficialmente creado en Lima— condenó a Sarmiento a escuchar misa en la Iglesia Mayor, "**en cuerpo y con su candelá, en forma de penitente y en destierro de todas las Indias**". Mientras no se concretara la expulsión, debía **abjurar de levi**, recluirse en un monasterio, ayunar y abstenerse de guardar cuadernos y objetos peligrosos.

La **abjuración de levi** se reservaba para los casos leves como éste que relatamos, y el convento elegido para el castigo, el de San Francisco, era precisa-



Felipe II.

mente la morada de fray Francisco de la Cruz, consejero del penitente. En cuanto a la expatriación, no llegó a concretarse: Sarmiento logró autorización para pasar al Cuzco donde tenía importantes intereses y luego participó sin más inconvenientes en el descubrimiento de las islas Salomón.

No abundaban los hombres valerosos e inteligentes en esta segunda etapa de la Conquista como para desperdiciarlos por vagas acusaciones de magia y astrología. Y Pedro Sarmiento se quedó en el Perú.

Las islas de Topa Inca

Entretanto el virreinato del Perú tenía un nuevo gobernante, Lope García de Castro, siempre de acuerdo a la opinión de Lizárraga, quien dio cinco años de

tranquilidad al país y se distinguió por su trato generoso con los descendientes de conquistadores a los que favoreció con repartimientos de indios y correjimientos.

En ese clima de prosperidad se inscribe el proyecto de descubrir islas en el Océano Pacífico. En setiembre de 1565 Lope de Castro informó al Rey que dos ricos mercaderes se ofrecían para hacer la jornada a su costa; casi simultáneamente —recuerda Cesáreo Fernández Duro en **Armada española**— Sarmiento de Gamboa proponía para la misma empresa su persona, industria, hacienda y amigos.

Apenas se instalaron en el Perú, los españoles supieron de la existencia de importantes islas en el Océano. Se decía que estaban bien pobladas y abastecidas de oro y plata. Una tradición in-

caica afirmaba que Topa Inca Yupanqui armó una expedición para descubrirla y que luego de nueve meses de navegación, en las grandes balsas utilizadas por los aborígenes peruanos, llegó a las islas de Avachumbi y Ninachumbi.

La **Historia Indica** (1572), escrita por Sarmiento de Gamboa, es una de las dos crónicas castellanas que narran con lujo de detalles el acontecimiento. Dice: "**Volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo, los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los Españoles**".

En el prólogo de la **Historia** el navegante se jactaría de haber redescubierto esas islas ubicadas 200 leguas al poniente de Lima y bautizadas archipiélago Nombre de Jesús, "**vulgarmente llamadas Salomón**".

Pero la gloria del descubrimiento, realizado en 1567, no se adjudicó a Pedro Sarmiento sino al joven sobrino del virrey Lope de Castro, Alvaro de Mendaña, jefe de la expedición en la que Pedro figuraba como capitán de la nao capitana, descubridor y cosmógrafo. Este retaceo de honores será constante a lo largo de su vida.

Los dos navios al mando de Mendaña tomaron rumbo sudoeste y progresivamente avistaron islas pobladas por gente de color oscuro, similar a la mencionada en las antiguas crónicas. Los metales preciosos en cambio no aparecían. Los navegantes recorrieron prolijamente el archipiélago de Salomón (Melanesia). A veces bajaban a tierra, visitaban bohíos pobrísimos y los naturales les obsequiaban con agua y cocos o les ofrecían sus mujeres, que los españoles desdeñaban. Infructuosamente mostraban especies, perlas y oro a los indígenas. No hallaban nada semejante.

Otras veces ocurrían hechos sangrientos como el que narra Armando Landín Carrasco en **Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa**. Escribe que fue su biografiado quien vengó bárbaramente la muerte de 9 españoles en Guadalcanal y quemó todos los poblados donde encontró restos de los jubones de los muertos, probablemente víctimas de ritos antropofágicos.

Se planteaba a los expedi-

cionarios la opción de volver al Perú o de profundizar el descubrimiento. Sarmiento quería continuar viaje inclinando el rumbo hacia el sur. Pero primó la opinión de los timoratos, cansados de las incomodidades, de beber agua hedionda y comer bizcocho podrido. El joven capitán Mendaña dio orden de poner rumbo hacia el norte para emprender desde allí el regreso al Callao.

¿Se habría descubierto la Australia si se hubiera escuchado el criterio de Sarmiento? Ernesto Morales supone que sí e incluso que el objetivo del navegante fue siempre encontrar algo más lejano que las islas del Inca, las que, por otra parte, no han podido situarse con precisión (muchos consideran que se trataba simplemente de las Galápagos). En cuanto a las Salomón, les quedó el nombre dado por Mendaña y no el de Nombre de Jesús, preferido por Gamboa.

Finalmente la expedición, afectada por el escorbuto, arribó a la costa mexicana, cerca de Colima. Sus barcos maltratados y sin mástiles demostraban las penurias vividas. Una vez en tierra estallaron los conflictos entre Mendaña y Sarmiento: éste fue apresado y le quemaron las cartas y papeles que pensaba enviar al rey con sus observaciones personales.

Luego de su fracaso Pedro se trasladó a Realejo (Nicaragua) y se disponía a regresar a España cuando supo que un nuevo virrey, Francisco de Toledo, se dirigía al Perú. Entonces optó por volver a probar suerte en Lima. Llegaba pobre y derrotado a la Ciudad de los Reyes, a fines de 1569.

Reliquias del incario

Una vez en Lima, Mendaña y Sarmiento comparecieron ante la audiencia virreinal. El navegante quedó justificado y Toledo lo invitó a acompañarlo en su **visita general** iniciada en 1570.

Toledo, once años virrey del Perú, fue un gobernante memorable por las ordenanzas que reglamentaron la mitad del Potosí, por sus guerras contra los incas de Vilcabamba y los chiriguano, por su empeño en la fundación de ciudades: —entre ellas varias del territorio argentino— por su afán en reprimir abusos de encomenderos y funcionarios. Su labor corresponde a una etapa en

que la Corona procuró estabilizar la conquista más que extenderla. Su gestión marca un giro en la historia del Perú colonial, según afirma Nathan Wachtel en **Los vencidos**.

Había concluido la época de las **entradas** fabulosas en territorios ignotos y era necesario hacer un recuento exacto de los recursos humanos y económicos del virreinato. A esa inquietud pertenece la memorable visita de cinco años de duración que llevó a cabo Toledo.

Lo acompañaban Pedro Sarmiento de Gamboa, José de Acosta, Reginaldo de Lizárraga, Polo de Ondegardo, Loarte y el oidor Matienzo, brillante grupo de asesores del virrey en su notable obra política y legislativa.

Sarmiento cumpliría una doble función de militar e historiador a las órdenes de Toledo. Como soldado tomó parte en la guerra de Vilcabamba que concluyó con el estado neoinca fundado por Manco Inca en territorio agreste, a orillas del sagrado río Urubamba hacia 1.537.

En carta al rey, fechada en 1581, Sarmiento dio cuenta de su participación como alférez general en la guerra contra Titu Cusi Yupanqui y afirma que él en persona prendió al Inca con grandísimos trabajos, gastos y riesgos.

El estado neoinca de Vilcabamba, gobernado sucesivamente por Manco Inca, Sayri Tupac, Titu Cusi y Tupac Amaru comprendía la ciudad sagrada de Macchu Picchu y se prolongaba hasta las regiones selváticas, habitadas por salvajes comedores de carne humana. Su presencia amenazaba al reino del Perú pues estaba latente la amenaza de una insurrección general de los indígenas sometidos impulsados por el ejemplo de Vilcabamba.

Un pretexto, la muerte de uno de los dos misioneros que procuraban adoctrinar a Titu Cusi, sirvió al virrey Toledo para iniciar la campaña definitiva contra los incas. Cierta epidemia de viruela que diezmo a los indígenas preparó el camino de los españoles.

Sarmiento tomó parte, según vimos, en el episodio más saliente de esa guerra, la captura del joven Tupac Amaru, sucesor de Titu Cusi, un muchacho apenas salido de la adolescencia que fue apresado cuando intentaba huir por la vía fluvial hacia el país de

los **manaris** en plena selva tropical.

Con el **llautu real** ciñendo su cabeza, el prisionero fue llevado al Cuzco, junto con la imagen dorada del sol que se veneraba en su capital y las momias de sus antepasados. Se le inició proceso y a pesar de aceptar el bautismo fue ajusticiado. Hasta los mismos españoles se conmovieron por la muerte del "pobre muchacho", como lo llama Lizárraga que antes de subir al patíbulo había exclamado: "**¿Pues para matarme me persuadieron me bautizase y me hiciese cristiano?**".

Pero Toledo estaba empuñado en arrancar de raíz hasta el recuerdo de la pasada grandeza inca. Nada más apropiado entonces que recurrir al veredicto de la historia, una musa que suele venir en auxilio de los vencedores en su afán por denigrar a los vencidos de cualquier época...

Sarmiento de Gamboa, docto en astrología y antigüedades, resultaba el personaje ideal para cumplir el objetivo político que alentaba el virrey. El navegante se hallaba identificado con los ideales de la monarquía peninsular, conocía al dedillo los argumentos de Francisco de Vitoria, desdeñaba las opiniones del padre Las Casas, y sus siete años de recorridos por la sierra peruana lo habían hecho experto en las **antiguallas** incas. En mérito a sus trabajos Toledo le haría merced de los tributos de 800 indios, aunque no esté clara la fecha de tal donación.

La obra historiográfica del virreinato de Toledo comprende dos libros. Uno de ellos, las **Informaciones** sobre el origen y descendencia de la tiranía de los incas, es el resultado de la encuesta realizada entre los indios de los ayllus reales. El segundo libro, la **Historia Indica**, enviada junto con las **Informaciones** al Rey en 1572, fue escrito por Sarmiento de Gamboa y formaba parte de un vasto proyecto que incluía una minuciosa descripción geográfica del nuevo mundo con mapas y cartografía que no llegó a realizarse.

La **Historia Indica** ha sido muy criticada por su contenido ultraespañolista, opuesto a las tesis del otro historiador peruano, el mestizo Garcilaso de la Vega. Es cierto que el libro se inspira en propósitos más políticos que



Francisco de Toledo.

científicos. El tema de la legitimidad del gobierno español en América resulta el problema dominante. Pero esa preocupación, más que a los indios vencidos y rematados con la muerte de Tupac Amarú, procura enfrentar las pretensiones de otras potencias europeas que hacia 1572 multiplicaban sus esfuerzos por ubicarse de hecho sino de derecho en el continente americano.

Sarmiento considera que sólo la acción diabólica pudo inspirar a algunos predicadores y misioneros católicos el cuestionamiento del derecho de los reyes de Castilla al dominio de las Indias, libremente concedido por el Papa. Esto daría pie a católicos, herejes e infieles para cuestionar a su vez tales derechos. Para colmo de males, los propios gober-

nantes americanos, por incuriosidad, no averiguaron la verdad de los hechos que la **Historia Indica** procura establecer. Después de este planteo inicial, Sarmiento destaca la violencia como elemento constitutivo del estado inca. Ellos no consultaron la voluntad de los demás naturales para imponerse, afirma. Fueron tiranos para los otros pueblos que antes vivían en libertad con sus casas y sementeras y tiranos entre sí, con sus propios hijos y parientes.

Pese a su evidente mala voluntad hacia los incas, el libro introduce un concepto fundamental que la arqueología moderna se ha encargado de verificar: los incas no fueron los fundadores de las altas culturas precolombinas como afirmaba Garcilaso, siempre dispuesto a realzar a sus antepa-

sados maternos. Constituyeron la última capa de las sucesivas culturas peruanas anteriores a Pizarro.

Otros temas favoritos de la Historia son menos originales, por ejemplo, la constante alusión a las influencias diabólicas que inspiraban los sacrificios de niños, la antropofagia, el **"pecado nefando, los concúbitos indiferentes con hermanas y madres, el uso de bestias y las nefarias y malditas costumbres suyas"**. Los españoles, por el sólo hecho de suprimir tales perversidades, habrían justificado su conquista.

Una probanza incluida al final de la **Historia** certifica que concluido el libro se reunieron delante del virrey y del escribano público 37 indios varones, descendientes de los ayllus reales, para escuchar la lectura traducida de los sesenta breves capítulos. La discutieron, hicieron leves modificaciones y opinaron que **"estaba buena y verdadera"** conforme a sus conocimientos tradicionales pues, según ellos mismos reconocieron, carecían de escritura y se confiaban a la trasmisión oral.

Signada por el fracaso, como tantas empresas de Pedro Sarmiento, la **Historia Indica**, enviada a Felipe II en 1572, pasó de los archivos peninsulares a manos de un bibliotecario holandés y luego, en el siglo XIX, fue comprada por la Universidad alemana de Göttingen. La editó R. Pietschmann en Berlín en 1906 y desde entonces ocupa lugar relevante entre las crónicas de Indias.

Sarmiento que en ciertos aspectos, de acuerdo a la opinión de Morales, parece compartir la postura ideológica del consejero real Ginés de Sepúlveda, enemigo acérrimo de los indios y de su protector, el padre Las Casas, humanizó progresivamente su pensamiento. Una carta suya al Rey, fechada en 1584, en Río de Janeiro, anoticia de los abusos que se ha hecho con los indios **horros**. Dice así:

"Afirmo a V.M. lo que otras veces, que esto de la esclavitud de esta tierra es desordenada y se hace con mala conciencia y con muchos daños y abominaciones y que de esta manera brevemente quedará la tierra sin naturales como fue lo de Santo Domingo y Cuba y Jamaica y Puerto Rico".

En la dedicatoria al Rey de su



Sir Walter Raleigh.

Historia. Pedro Sarmiento recordaba su descubrimiento de las Salomón y se ofrecía para realizar otras empresas audaces. “A mucho me ofrezco —escribe—, bien lo veo; más confío en Dios todopoderoso, en cuya virtud pienso hacer lo que digo en vuestro real servicio. Y porque del talento que Dios me comuni-

có no se me demande del cuenta estrecha”.

Otra vez el santo oficio

El navegante desafortunado podía estar lleno de ímpetu para acometer nuevas hazañas, gozar de la protección y de los honores

que le dispensaba a manos llenas el virrey, demostrar a cada paso sus convicciones católicas. Pero nada de eso tranquilizaba al Tribunal de la Inquisición, solemnemente instalado en Lima desde 1569 y muy dispuesto a destacarse iniciando procesos a diestra y siniestra.

Pedro Sarmiento era de por



si un sospechoso. Había abjurado de levi en Lima, luego fue denunciado por el castigo recibido en Puebla de los Angeles y por último su confesor, el piadoso Francisco de la Cruz, fue encausado en uno de los casos más resonantes de la década.

"Hoy están llenas las cárceles y no tenemos donde poner los reos", escribe jactancioso un

inquisidor en 1575. La cita, que pertenece a la monumental **Historia del Tribunal de la Inquisición en Lima** de José Toribio Medina, muestra el clima de persecución que se vivía en la Ciudad de los Reyes. El proceso a fray Cruz resultó particularmente escandaloso pues se trataba de un respetadísimo teólogo y doctrinero de indios con fama de santo.

Se lo acusó de llevar un grueso anillo de oro, obsequio de los demonios, y de sostener que el hijo que tuvo con una feligresa sería el nuevo Job. El caso, vinculado al de una mujer endemoniada, terminó con la muerte en la hoguera del pobre fraile, a quien algunos consideraban simplemente un loco.

A fines de 1575 cuando el llamativo proceso estaba en su apogeo, el Tribunal reclamó la presencia de Sarmiento. Este se hallaba junto al virrey en guerra con los salvajes chiriguano que amenazaban las espaldas del Potosí. Infructuosamente Toledo procuró retener a su eficaz colaborador pero era mejor que Pedro prestase declaración por sí mismo y en noviembre de 1575 ya había vuelto a Lima.

Debía enfrentar tres acusaciones, muy similares a las de once años atrás: tener en su poder anillos astronómicos, haberle dicho a una mujer al leerle las líneas de la mano que por su causa dos hombres morirían en el Reino y afirmar que el Evangelio no estaba suficientemente promulgado en España.

Este último cargo tenía carácter ideológico e implicancias políticas pues la Inquisición era muy celosa en todo aquello que socavase las bases del estado español. Considerar a España poco cristianizada era negar su derecho al liderazgo católico de pretensiones universales.

La peligrosa afirmación de Sarmiento había surgido en medio de una conversación en que se discutía si el Evangelio estaba o no suficientemente predicado en el Perú a los indios, dado que faltaban predicadores en su lengua. Pedro opinó entonces sobre España: "Y reprendiéndolo dello cierta persona de letras, respondió que él entendía bien lo que decía, mejor que la dicha persona, y que los entendimientos tan toscos como el suyo habían menester maestros y escuelas; que él, con su entendimiento y felicidad de memoria, sabía eso y mucho más y lo había estudiado".

Tanto orgullo intelectual expresa en parte por qué recaía Sarmiento en manos del Santo Oficio... En esa oportunidad negó su culpa, pese a lo cual en 1578 se lo condenaba a ser sacado a la vergüenza pública en procesión, descalzo y con sambenito. La

sentencia, que incluía el destierro, fue apelada para evitar tanta humillación. Pero el Estado indiano demostró una vez más habilidad para resguardar a sus más fieles servidores, y en febrero de 1579 Pedro Sarmiento salía en persecución del corsario Francis Drake que había atacado sorpresivamente los puertos peruanos.

Se cerraba definitivamente el capítulo limeño de la vida del navegante. Las cárceles de la Inquisición quedaban atrás y se daba principio a la magna aventura austral.

Tras las huellas de Drake

El raid de Francis Drake, iniciado en 1577 y concluido exitosamente en noviembre de 1580, constituye un capítulo apasionante en la historia de la navegación europea del siglo XVI cuando el Atlántico se convirtió en un océano transitado, con rutas comerciales bien definidas, planos y cartas de marear cada vez más correctas.

Las potencias europeas disputaban entre sí tanto la posesión de las tierras ultramarinas con sus riquezas humanas y minerales, como el conocimiento de los secretos del arte de navegar (en esos tiempos de oro de la piratería, tener como rehén al piloto del país enemigo, sobre todo si era español o portugués, las naciones más adelantadas en la materia, representaba todo un éxito).

Inglaterra se hallaba entonces en su etapa de despegue. Aspiraba a recorrer las rutas del comercio mundial del mismo modo que las potencias ibéricas y para lograrlo recurría a corsarios y piratas. Estos eligieron como primer escenario el mar de las Antillas. En las islas pequeñas, en los lugares reparados, tenían sus escondrijos, almacenaban el producto de sus rapiñas, se amancebaban con indias y negras y carenaban sus barcos. Eran los tiempos de John Hawkins (**Juan Aquines**), de Walter Raleigh (**Guate Rale**), de los súbditos del príncipe de Orange y de los hugonotes franceses, pioneros en este género de aventuras.

Francis Drake (**el Draque**) rompió la monotonía de la piratería tradicional con su notable periplo de 1577. Se había enriquecido primero gracias al asalto a Nombre de Dios, asociado con

un grupo de negros cimarrones. Luego logró socios de más categoría, la mismísima Isabel I Tudor, soberana de Inglaterra. Este marino de barba rubia, baja estatura, amigo del confort y de los gestos señoriales tuvo la idea audaz de cruzar el Atlántico, atravesar el Estrecho de Magallanes —ruta que los españoles habían abandonado por intransitable— y penetrar en el Pacífico para saquear los reinos del Perú.

Llevaba prisionero al piloto portugués Nuño de Silva, que lo ayudó en la difícil navegación. Después de un año de viaje, de invernarse en San Julián y de reconocer el Río de la Plata, de soportar motines y abandonos, los cinco barcos de la armada de Drake quedaron reducidos a uno, **el Pelikan**, de gran fortaleza. Este solo navío, con sus 90 hombres de tripulación, bastó para sembrar el terror en el Pacífico que hasta entonces gozaba de una **paz octaviana**, feliz expresión de Fernández Duro.

Las poblaciones costeras de Chile y el Perú no habían necesitado hasta entonces de defensas ni fortificaciones. El paso de Drake fue señalado por la captura de naos en Africa y Valparaíso, el saqueo y quema de iglesias y un desorden mayúsculo en El Callao donde los corsarios soltaron las amarras de doce buques.

Apenas supo la estremecedora noticia y sin conocer aún el origen de los piratas, Toledo hizo repicar las campanas, abrió los arsenales y repartió armas a los vecinos limeños. Pero fue inútil porque el **Pelikan** rumboaba al norte donde su máxima proeza sería la captura de la nave **San Juan de Antón** con 450.000 pesos a bordo.

Los españoles se aprestaron a contraatacar al pirata. Chile envió un barco con cien hombres armados pero sin artillería, mientras el Perú cargaba 300 hombres en dos navíos. Entre ellos figuraba el sargento mayor Pedro Sarmiento.

La cuestión era averiguar cuál ruta de regreso emplearía Drake. ¿Osaría volver por Magallanes ahora que se conocía su presencia? Sarmiento supuso que iría a la costa de Nicaragua, que el piloto Nuño de Silva conocía muy bien. Tal vez el corsario se inclinara luego por el camino del polo ártico pues no le faltaba ánimo para acometer semejante ru-

ta, por entonces completamente desconocida.

Entretanto "el Draque" proseguía su periplo triunfal. La captura casual de dos pilotos de la carrera de la China —Filipinas— aumentó el abanico de sus posibilidades. Les secuestró sus cartas de marear, instrucciones y derroteros. Por las noches, mientras se hacía servir en la cámara del **Pelikan** con vajilla de plata y música de violines, dialogaba con sus rehenes acerca del regreso: ¿Magallanes, Noruega, la India o un cuarto derrotero que decía conocer? Por último se inclinó por repetir la hazaña de Sebastián Elcano y sesenta años después de los españoles dio la segunda vuelta al mundo.

Como inesperado corolario del estruendoso paso del pirata inglés, Pedro Sarmiento orientó definitivamente su vida hacia la población de la región austral.

En aguas del Estrecho

Relata Fernández Duro que cuando se advirtió que Drake no volvería por el sur, Francisco de Toledo decidió enviar a Pedro Sarmiento a reconocer el Estrecho y ver la manera de fortificarlo.

Comandaba la expedición el almirante Villalobos, un timorato que se volvió a Lima apenas pudo zafarse de sus responsabilidades. 112 hombres, reclutados penosamente pues la jornada no ofrecía mayores atractivos, tripulaban los dos mejores barcos que el virrey encontró para la empresa.

Llevaban instrucciones precisas: si hallaban corsarios, pelear hasta matarlos o apresarlos, registrar todos los accidentes y ensenadas del Estrecho, sondearlo, formar derrotero, trazar cartas geográficas y redactar un diario de los sucesos.

Este **Diario** de navegación, escrito por Gamboa y publicado con prólogo de Armando Braun Menéndez y notas eruditas de Angel Rosenblat, ha cimentado la fama náutica de su autor. Narra paso a paso las vicisitudes de la primera navegación que se hizo del Mar del Sur (Pacífico) al del Norte (Atlántico) felizmente realizada en febrero de 1580.

La travesía permitió a Sarmiento demostrar conocimientos náuticos poco comunes y la exactitud de sus cálculos, más acertados que los de los pilotos profe-



Sir Francis Drake.

sionales. Avanzaba de puerto en puerto —escribe Fernández Duro— situándolos en la carta, dándoles nombre, señalando los arrecifes y objetos notables, describiendo la fauna y la flora local. Sus lecturas, su sabiduría, le eran de gran utilidad, por ejemplo, cuando observó el iris blanco de la luna.

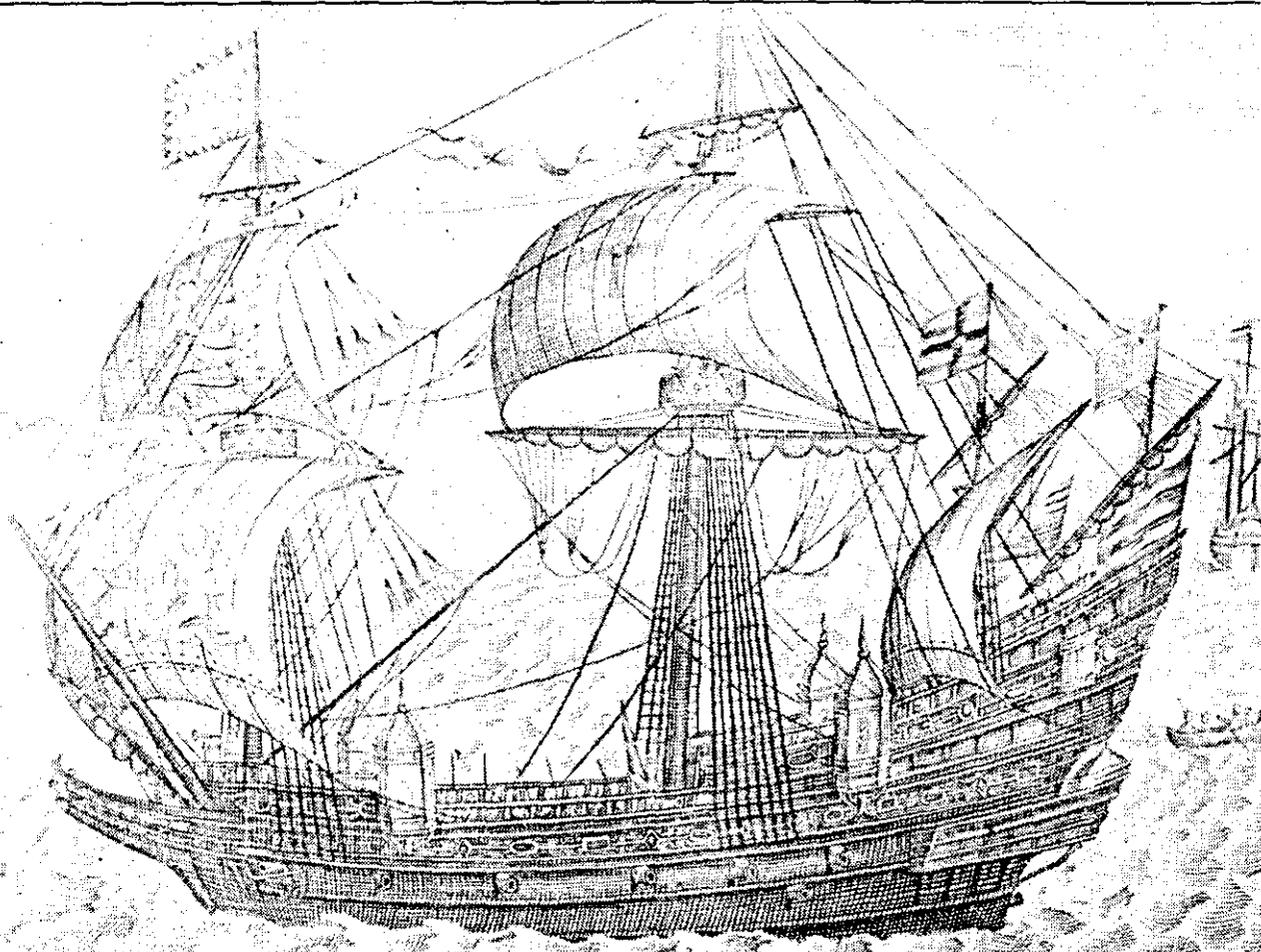
“Cosa tan rara —dice— que no la he visto otra vez, ni oído, ni leído que otra persona la haya visto tal como éste, sino en la relación de Américo Vespucio, que dice haber visto otro como éste en el año 1501”.

Fernández Duro agrega “que el Diario del capitán muestra que desde el principio procuró corregir las prácticas rutinarias de la navegación por el ‘punto de fantasía’, haciendo atinadas observaciones sobre la variación de la aguja y la costumbre, que también condenaba, de corregirla como si fuera constante, fijando la rosa sobre el acero imantado. En el Estrecho, surgiendo en los puertos, extendía la exploración con los bateles, dominando el campo de observación desde las alturas de la costa, bojeando luego las islas con el astrolabio y la sonda en la mano; haciendo, en una palabra, el primer trabajo hidrográfico de importancia en aquellos temidos lugares”.

La expedición, reducida a un solo barco, pues el almirante ya se había vuelto a Lima, desembarcó en el Atlántico el 24 de febrero. Cumplía una excepcional hazaña marinera en la que Pedro encontró para siempre su destino.

Se había enamorado del Estrecho. Mientras realizaba su medulosa labor hidrográfica se sintió atrapado por la extraña y majestuosa belleza del lugar, las montañas nevadas próximas al mar y la aureola de misterio suficiente para fascinar al navegante astrólogo que fue castigado por fabricar anillos y filtros mágicos. Sarmiento no volverá a ser encausado por el Santo Oficio y pondrá su indomable energía “en servicio de su patria y de su Rey”. Intentará convertir en realidad un sueño impracticable para la época, con los escasos recursos humanos y técnicos disponibles y una España abrumada por su imperio universal.

El viaje de regreso a la Península fue fácil por una única vez. La nave recaló en la costa



africana y pasó por Cabo Verde, el gran emporio negrero que dejaba a la corona portuguesa miles de ducados por año.

En Badajoz, donde momentáneamente residía el Rey Felipe, Sarmiento lo informó de palabra y por escrito. Quiso convencerlo de la factibilidad de poblar y fortificar el Estrecho. Dos ciudades — explicaba— podrán prosperar por sí solas pues la tierra es rica y no se encuentra lejos la Ciudad de los Césares... Un par de fortalezas bastarán para cerrar el paso e impedir que transiten por ese vital nudo de comunicaciones los enemigos de Su Majestad Católica.

El Consejo de Indias discutió largamente el proyecto. Mientras el duque de Alba lo consideraba impracticable porque los estrechos no se cierran fácilmente con fortalezas y el general Cristóbal de Eraso se mostraba partidario de mantener una escuadra de guerra en el Pacífico, el marqués de Santa Cruz, tal vez

el más notable marino español, dio su voto favorable.

Felipe II aprobó finalmente la propuesta y encargó a los célebres ingenieros Juan Bautista Antonelli y el Fratin calcular las proporciones de los fuertes que se complementarían con media docena de barcas chatas, armadas con gruesos cañones. Erró en cambio el monarca al designar capitán general de la armada del Estrecho a Diego Flores Valdés, nombramiento desdichado que influiría en el fracaso de la jornada.

La magna empresa pobladora

Sarmiento estuvo a punto de renunciar al proyecto cuando supo que Flores Valdés iba de capitán general. Finalmente se conformó con el cargo de gobernador y capitán general de las poblaciones del Estrecho, con total independencia de Flores a partir de su arribo al lugar.

Dos capitanes generales casi

con atribuciones idénticas y dos conceptos opuestos respecto al alcance de la jornada: ¡Mala combinación para iniciar una empresa en los mares más peligrosos del planeta! La Corona reiteraba su error habitual de recurrir al doble comando, que le aseguraba cierto control último sobre los capitanes pero dejaba a éstos librados a una destructiva competencia.

Las desinteligencias entre Flores y Sarmiento salieron a luz desde el principio. Hubo marchas y contramarchas para alistar las 23 naves que integraron la expedición, que recién estuvo pronta en noviembre de 1581. Viajaban unas 3.000 personas; 670, gente de mar; 1.332, gente de guerra; 670 soldados destinados a Chile que formaban parte del séquito del nuevo gobernador, Alonso de Sotomayor; 206 pobladores, buena parte de ellos con sus mujeres e hijos.

La orden de zarpada se impartió descuidadamente cuando amenaza una tormenta en la que se pierden cuatro naves. Es pre-

ciso volver a partir y emprender una penosa navegación hasta Río de Janeiro —que forma parte de los dominios de Felipe II desde el año anterior, en que se unieron las Coronas de Castilla y Portugal. Al llegar al Brasil se cuentan 123 muertos y 200 enfermos, desembarcados de inmediato.

Flores Valdés ha recibido instrucciones precisas para la jornada: además de acercarse a Sotomayor a Chile, donde su misión es pacificar el territorio, debe castigar a los piratas que encuentre a su paso; en Magallanes tendrá que ayudar a construir los fuertes artillados con cañones y culebrinas.

¡Cuánto se odiaron Flores y Sarmiento a lo largo de la travesía! Con la saña infatigable del escritor —tan temible para la posteridad— Pedro consignó minuciosamente las pequeñeces y las miserias de su enemigo. Desde niñerías, como negarle el saludo hasta graves murmuraciones de carácter político, decir por ejemplo: **“Por cierto, yo no sé para qué quiere el Rey poblar las Indias, que para mí yo creo que no las tiene en buena conciencia”**.

Otros rasgos del capitán general son más repugnantes. Se negaba a auxiliar a los enfermos durante la travesía; no cedía una triste gallina para un caldo (el alimento fresco es el mejor remedio contra el escorbuto). Y no faltó quien lo escuchara reír al enterarse de algún deceso y exclamar con perversidad ante cualquier reclamo: **“No me da un cuarto que se mueran todos y todas”**.

Había mujeres y niños entre los pobladores. Los artesanos y labradores casados, cuyos nombres se consignan en los documentos de la época, viajaban, acompañados por sus familias que a menudo incluían la suegra o una cuñada. ¿Quiénes eran los que se animaban a embarcarse para poblar la tierra más austral y remota del Imperio? Solo sabemos que se trataba de albañiles, carpinteros, herreros, gallegos, andaluces, extremeños y que muchos de ellos resistirían hasta el final.

El gran caos se desató cuando la armada llegó a Río de Janeiro. Sarmiento enumera en sus relatos los increíbles abusos e inmundicias que se cometieron a costa del erario real. Víveres y pertrechos destinados a las futu-

ras poblaciones se dilapidaron, vendidos a vil precio a cambio del valioso palo brasil con que se atiborraron las bodegas de algunos barcos. Se trataba del negocio particular de los capitanes pues muy pocos creían en la factibilidad de la jornada. Flores Valdés hablaba públicamente contra ella y hasta los mismos sacerdotes que venían a bordo invitaban a volver a España.

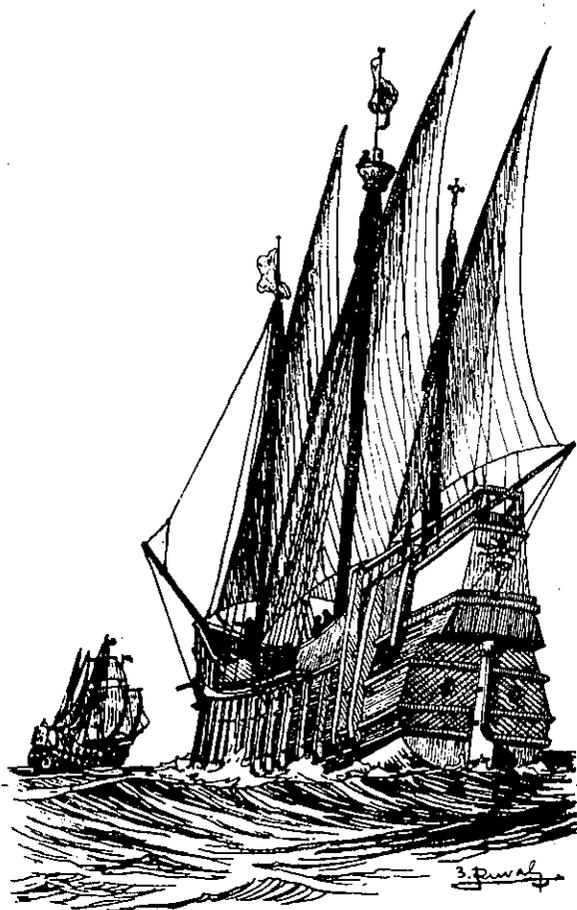
A regañadientes se dio la orden de zarpada, en noviembre de 1582. La **broma** —un gusano que corroía la madera de los barcos— había hecho estragos en la armada y a poco de partir se perdió una nao con 300 personas a bordo sin que Flores hiciera nada por socorrerlas. Otras naves se perdieron frente a Santa Catalina e incluso el barco almacén de provisiones se hizo pedazos contra la costa.

A esa altura aproximada se avista a la **San Cristóbal de la Buena Ventura**, enviada por Juan de Garay en junio de 1580 para dar aviso de la fundación de

Buenos Aires y reclutar nuevos pobladores. Las empresas de Garay y de Sarmiento, que responden a un idéntico propósito de profundización de la Conquista y resguardo de sus lugares estratégicos se entrecruzan por un momento. Objetivos similares, podría decirse, pero resultados opuestos: el éxito de la Trinidad de Buenos Aires y el fracaso de la colonización del Estrecho. Los objetivos prudentes del vasco Juan de Garay y la desmesura del navegante genial, imbuido de magia y de literatura...

La **Buena Ventura**, donde viajan Alonso de Vera el Tupí y fray Juan de Rivadeneyra, de regreso a España, da informes alarmantes: han encontrado corsarios ingleses quienes los han interrogado prolijamente acerca de los objetivos de la armada de Valdés y el proyecto de fortificar el Estrecho. Esto último les pareció a los piratas un disparate irrealizable.

Tales novedades, en lugar de inquietar a Flores Valdés le brin-



dan la oportunidad ansiada: manda a Sotomayor en unas naves al Río de la Plata para que desde allí emprenda viaje por tierra a Chile, da de baja otras tres naves y está a punto de impartir orden de retorno, cuando la protesta indignada de Sarmiento lo obliga a rectificarse.

De mala gana se zarpaba por fin rumbo al Estrecho adonde la armada llegó el 17 de febrero de 1583. Los argumentos del navegante astrólogo han sido contundentes: mientras tuviera una tabla en que ir cumpliría las órdenes reales, "mientras gozara de vida y salud y un barco en que poder navegar, con el favor de Dios no dejaría de proseguir adelante la jornada".

Otra frase suya lo retrata física y moralmente: "Yo, con el favor de Dios, aunque más flaco que todos, tengo más filos que nunca, y cada hora la voluntad más pronta y la determinación más acerada para perseverar en la conclusión de esta jornada, porque ejemplo tomarán los miembros viendo la cabeza blandear, y todos tendrán justa excusa diciendo: mi caudillo volvió el rostro, yo hice mi oficio en seguille".

Quien volvió el rostro apenas pudo fue Flores Valdés. Tocó el Estrecho y sin fondear siquiera dio orden de retorno, para ignominia y afrenta de España según le espetó Sarmiento, rabioso e impotente.

Es evidente que Flores, hombre de elevada posición, no quería afrontar riesgos excesivos, pero tampoco podía desobedecer abiertamente las reales órdenes. Por eso se alarmó cuando al llegar a Santos, de regreso del Estrecho, halló cuatro naos enviadas expresamente por Felipe con víveres para los pobladores del sur y recomendaciones a los capitanes generales de que reinase entre ellos la armonía.

El capitán general optó por tomar un camino intermedio: dejó en reemplazo suyo al almirante Diego Ribera con cinco naves y 500 hombres que volverían al Estrecho, y él se dirigió al norte del Brasil, a Parayva, donde se había denunciado la presencia de corsarios franceses. Logró eliminar a los piratas, quitarles un importante botín de palo brasil y volver a la Península cargado con la gloria de esa hazaña, que los

franceses mismos se encargarían de magnificar para reclamar indemnizaciones.

Años más tarde, cuando la Armada Invencible, Flores, a cargo del Escuadrón de Castilla, daría prueba de una cobardía e ineptitud tales que le valdrían ser destituido y encarcelado.

Contra la adversidad

"Quedamos sin pellejo, pero no desnudos de coraje para consumir los que restaban con la vida en efectuar su real mandato y voluntad". Con estas palabras Sarmiento describe su situación en junio de 1583, fecha de la definitiva partida del capitán Flores. Y agrega sarcástico: "Se volvió el general muy alegre a España, como si fuera a triunfar de una gran victoria".

En diciembre, luego de improbos esfuerzos para reactivar la empresa, la armada, reducida a cinco naves, se hacía a la mar. Posteriormente Sarmiento recordaría los "muchos y muchos millares de pesos oro que he gastado por su servicio (del rey) juntamente con la vida". Compró municiones, pólvora, plomo, arcabuces, espadas, ropa, cables, estopa, brea, cueros de suela, vestidos para los soldados, socorros para los marineros y pilotos, aderezos para los navios, harina y carne salada, te y otras mil cosas pues todo había sido saqueado.

Llegaron al Estrecho en febrero, pero esta vez los esperaban terribles vendavales y tormentas que abrumaron a las tripulaciones. En cuatro oportunidades la fuerza del huracán desamarró las naves y las llevó mar adentro. Siempre era necesario volver a empezar.

Sin desanimarse Pedro tomó solemne posesión del lugar, cuyos accidentes geográficos enumeró con precisión científica. Eran las tierras dependientes de su capitania general, hasta los confines no poblados hasta la fecha. Plantó en tierra una gran cruz y dio comienzo al asiento provisorio de la Purificación de Nuestra Señora.

El mar embravecido dificultaba el acarreo de víveres. La harina, la pólvora y el bizcocho se perdían. Faltaban anclas y amarras suficientes para sujetar los navios. Sarmiento, indiferente a la adversidad, se ocupaba de todo. Sabía que se murmuraba detrás suyo,

que lo apodaban el **desesperado y enemigo de la vida**, que crecía un estado de insatisfacción, próximo al motín.

A muchos les disgustaba no sólo su empecinamiento sino también su carácter rudo. ¿Qué importaba? El despreciaba a los que habían huido "**como negros bozales**", sobre todo si eran gente conspicua, como el ingeniero Antonelli que se quedó en Brasil.

Poco a poco aparecen los primeros indígenas, gigantes o **agigantados** según los describen las crónicas. Van cubiertos de mantas de piel de guanaco o de fina lana de vicuña. Los padres franciscanos que acompañan la armada les ofrecen sombreros y rosarios a cambio de plumas de avestruz y mantas de pellejos. Ante el asombro de un fraile un indio exclama en español. "**Antojos, Jesús María, Paz, paz, capitán**". ¿Dónde han aprendido esos vocablos?

El **Desesperado** se multiplica. Compra de su propio peculio provisiones a los capitanes de los barcos—cuyo negocio particular parece productivo—cajones de vela para decir misa, hachas de cortar madera, balones de papel. Debe repartir a los soldados y pobladores que bajan a tierra armas y frazadas, sombreros, camisas y alpargatas porque están prácticamente desnudos, hilo y agujas de coser. La gente le agradece esos donativos y muchos tripulantes empiezan a solicitar certificados de su buena actuación en la jornada para ser presentados en España.

Como falta agua y leña en la Purificación se elige un punto más adecuado en el Valle de las Fuentes y se funda con mucha ceremonia la ciudad de Nombre de Jesús (cerca del Cabo Virgenes). El gobernador cava "**las primeras azadonadas**" en el sitio destinado a altar mayor de la Iglesia, designa cabildo y regidores, escribano y alguacil mayor, manda sembrar nabos, habas y otras hortalizas, parras y membrillos traídos de Brasil.

El lugar no es pródigo en alimentos. Se sacan raíces similares a los nabos que tienen buen sabor una vez asadas, abundan las uvas negras de espino, ciertos alverjones dulces y por supuesto en las ensenadas se puede mariscar. Mejillones y lapas completan la magra dieta pues poco se ha saca-



Salvajes Onas

do de los navios. salvo un vinagre pestilencial, pipas de atún pasado, media docena de tocinos y dos de quesos.

Los marineros están hartos de

su lucha constante contra la naturaleza y sólo sueñan con volver. Por fin el almirante Diego Ribera decide dar por concluida su misión. No puede más. Regresa a Es-

paña. Y una sola nave, la **María** queda a las órdenes de Sarmiento.

Este decide marchar hacia la segunda angostura del Estrecho donde piensa instalar la segunda población. Selecciona los 90 hombres más robustos; manda que la **María** los siga por vía marítima.

La marcha es penosísima. En Nombre de Jesús permanecen unas ciento ochenta personas, entre ellas niños, mujeres hombres de trabajo, de mar y guerra. Están empeñados en labores agrícolas y en buscar elementos para fabricar edificios de tapia, teja y ladrillo antes de la llegada del invierno.

La marcha hacia la segunda angostura es penosa. No faltan los encuentros con los indígenas que ahora muestran su hostilidad Acaudillados por un **valentazo hombre de cuerpo y miembros** se presentan. El caudillo asombra a los españoles pues hace alarde de tragarse una flecha, "**cosa ciertamente horrenda y de grande espanto y bestialidad**" que permite suponer que tiene un gáznate anchísimo. Sarmiento imagina que se trata de un sacrificio al demonio.

El cacique vuelve en plan de guerra. El saldo del encuentro es de doce españoles heridos y uno muerto. Los expedicionarios sufren por el pésimo calzado, temen haber equivocado el rumbo, enflaquecen por la dieta obligada de frutillas y mariscos. El invierno se aproxima con agua y frío.

Sarmiento los exhorta a perseverar. El suyo es un discurso histórico pero un alimento para el espíritu solamente. Evoca los padecimientos de tantos mancebos españoles en Indias. No olvida a nadie. Ni las desdichas de Pizarro que siendo viejo pasó ocho años en los manglares de la costa ecuatoriana antes de entrar al Perú. Los trabajos inauditos que sufrió Cortés en la jornada de Honduras "**para su hazaña de inmortal memoria. ¿Qué os diré de Montejo en Chiapa, Don Pedro de Alvarado en Guatemala, Cabeza de Vaca en la Florida, Domingo de Irala en el Río de la Plata, Valdivia en Chile, Benalcázar en Popayán y otros muchos, que con sólo sufrir y perseverar ganaron las Indias con que el Rey nuestro señor es tan rico y temido y nuestra España tan honrada y esclarecida?**"

Sólo que a él le tocaba ser el

S. C. R. A.

Handwritten text in Spanish, likely a letter or report, mentioning dates and locations like 'Rio de Janeiro' and 'Estrecho de Magallanes'.

S. C. R. M.

Handwritten signature or name, possibly 'Sarmiento de Gamboa'.

Large handwritten signature or name.



Patronato 33

Carta de Sarmiento de Gamboa enviada desde Rio de Janeiro al rey Felipe II avisándole su partida al Estrecho de Magallanes (Archivo general de Indias).

Decapitación de Túpac Amaru, según el cronista y dibujante aborigen Huaman Poma (Siglo XVI).

navegante desafortunado. Entonces en el momento de mayor desánimo, luego de caminar casi 70 leguas, avistaron a la María, se reanimaron, y buscaron el sitio más apropiado para realizar la segunda fundación.

Bahía Buena, un lugar bello y apacible a cubierto de los vientos, donde en verano florecen las margaritas silvestres, fue el lugar elegido para erigir la ciudad del Rey Don Felipe fundada el 25 de marzo de 1584.

Otra vez se cumplieron los antiguos ritos en la parte más austral del imperio (a pocos kilómetros de la actual Punta Arenas); la alta cruz, los gritos de desafío, las ramas cortadas con el filo de la espada. Se dijo dónde estaría el cabildo y la iglesia, el hospital, las casas reales, las calles y las casas de los vecinos.

Con rapidez empezaron a desmontarse los terrenos para ganarle de mano al invierno y se trabajó aunque faltaran herramientas imprescindibles. Sarmiento quemó las chozas precarias armadas por los pobladores a fin de forzarlos a construir viviendas de material. La ciudad gozaba de buena vista sobre mar y tierra, se hallaba en el mejor sitio de la costa, tenía cerca madera de construcción. Sólo le faltaban alimentos, pues con moluscos no sobrevivirían gentes oriundas de Europa, habituadas al trigo y a la carne.

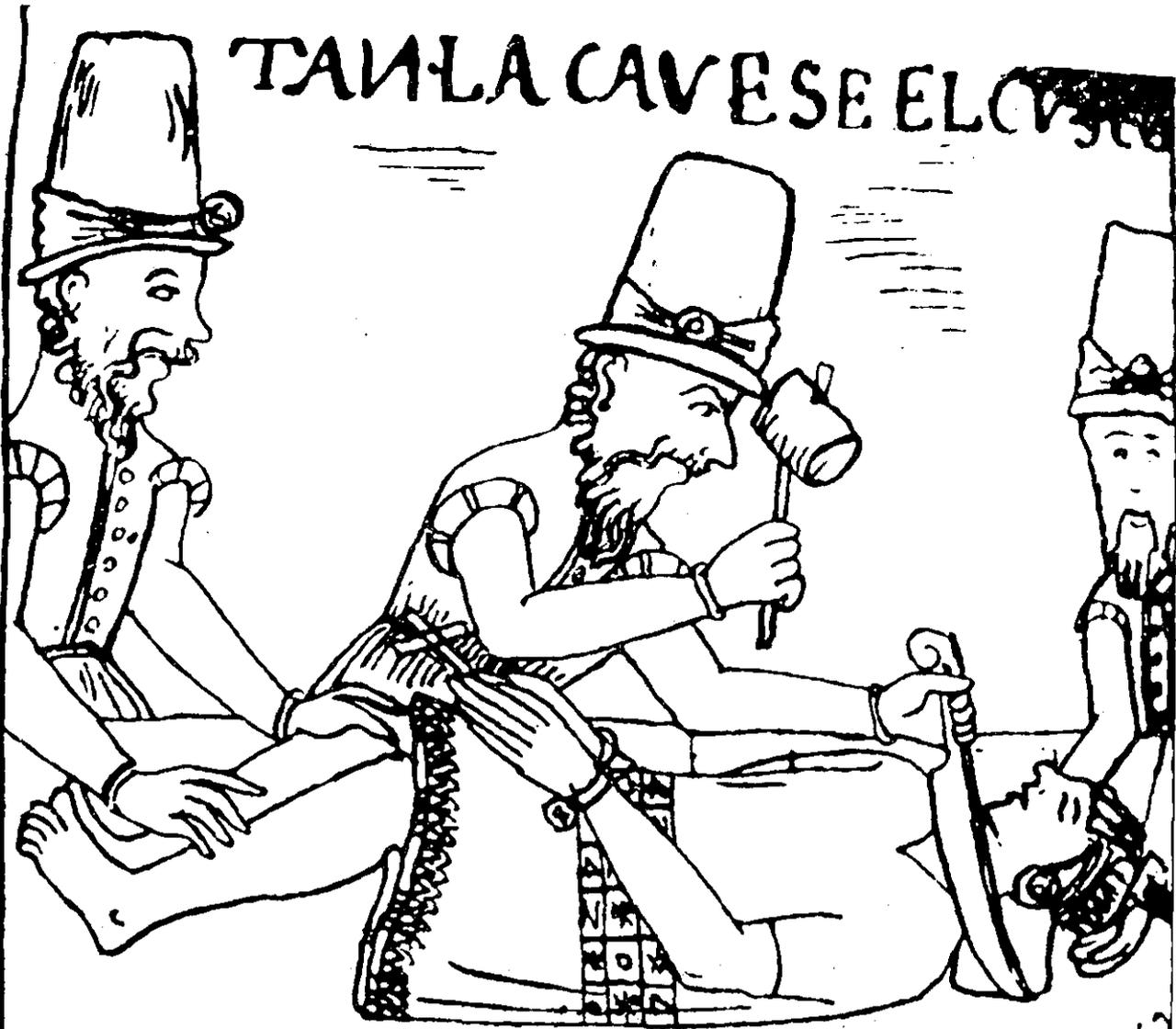
El miedo al futuro incubó conspiraciones y un grupo planeó asaltar la única nave y abandonar la colonia a su incierto destino. Sarmiento, que tenía cuidado en dormir a bordo, fue informado de la conjura y los cabecillas detenidos y castigados, uno de ellos con la muerte.

Pero el invierno se presentaba durísimo. Nevaba durante días enteros. En sólo dos noches los árboles perdieron sus hojas. Por fin Sarmiento, aprovechando unos días de bonanza, decidió cumplir su promesa de visitar a los pobladores de Nombre de Jesús y se embarcó en esa dirección.

Sin saberlo había concluido su etapa americana. Nuevos vientos castigaron la nave cuya tripulación juzgó inútiles los esfuerzos por desviar el rumbo. Un temporal que provocó la ceguera de varios marineros los llevó hacia el norte y 34 días más tarde la María arribaba a la cálida costa brasilera.

Pedro puso todo su empeño en volver. Vendió hasta sus vestidos para comprar alimentos y en-

TAMLA CAVESE EL C...



enel siglo

viar dos naves de socorro que fracasaron nuevamente. Esta vez el empeño era vano. Sin recursos materiales nada podía intentarse. Escribió al Rey una prolija relación de lo sucedido y en Pernambuco emprendió el regreso a España.

Pero sus vicisitudes no habían acabado.

Cautivo de los herejes

Lo aguardaba otro género de desventuras. El ex penitenciado de la Inquisición pasaría a ser cautivo de los herejes.

Entretanto las potencias enemigas de España se hallaban preocupadas por el auge de la Corona española que acababa de incorporar a Portugal. El Consejo de Estado inglés temía una eventual victoria de Felipe sobre los flamencos y ponía toda su esperanza en el prior de Crato, el principal opositor lusitano de los Habsburgo. También planeaba destruir la marina española, ocupar el Estrecho e impedir el comercio del Mar del Sur.

Mientras se forjaban tales planes, Sarmiento viajaba como pasajero de una carabela portuguesa que a la altura de las Azores fue interceptada por dos corsarios ingleses, lugartenientes del célebre Walter Raleigh.

Pedro hubiera preservado su libertad haciéndose pasar por simple mercader, pero el piloto de la nave denunció su presencia. Se supuso que había arrojado al mar importantes documentos y cartas de marear, el botín más precioso.

La captura de una figura clave en la navegación interoceánica envenenció a los corsarios. Lo maltrataron y lo depositaron en Plymouth en setiembre de 1586. Pedro conoció entonces a nuevos personajes: a Raleigh gran favorito de la soberana inglesa. El corsario lo trató cortésmente, reconoció sus méritos y lo presentó a Isabel con la que dialogó dos horas y media en latín, la lengua común de la gente culta europea.

Sarmiento salió bien parado de su estadía forzosa en Inglaterra pues se le encomendó un mensaje verbal a Felipe II para iniciar negociaciones de paz, se le dio pasaporte y crédito para volver a España. Se dice asimismo que trató temas delicadísimos con Raleigh y que éste se habría comprometido a no colaborar en la posible instauración del prior de Crato en la Corona de Portugal.

Pero sus infortunios no lo abandonaron.

En el camino de regreso, vía Francia, lo esperaban nuevas desgracias. Cerca de Burdeos cayó en manos de un capitán hugonote, súbdito de Enrique de Navarra (futuro Enrique IV de Borbón) que lo llevó preso a Mont-Marsan, un lúgubre castillo en el que pasó casi tres años más, antes de regresar a la Península.

“Los hugonotes con ningún católico tienen paz”, repetía el señor de Marsan cuando el rey de Francia, tímidamente, le hacía ver que el reino estaba en buenas relaciones con España. De hecho, poca o ninguna autoridad tenía el monarca de Valois sobre sus súbditos herejes.

Lo que preocupaba a Marsan era cobrar un elevado rescate por Sarmiento pero ignoraba que el navegante por más que ostentara el pomposo título de capitán general de Estrecho, estaba pobre y sin recursos. Lo que había ganado en el Perú pertenecía sólo al recuerdo. Y el Rey, muy ocupado en otros gastos y en diversas empresas, demoraba en enviar el dinero necesario para el rescate: 15.000 escudos y cuatro buenos caballos de España.

Entretanto Pedro soportaba padecimientos increíbles en el **castillo infernal** como denominaba al sitio de su encierro, **“sin luz, ni día, ni claridad final, tinieblas infernales donde yo me vi muchos días esperando cada hora la última y guarda, que si hubiese de contar las cosas que allí pasé pondría horror; mas comparado con lo que por mis pecados merecen todo aquello y millones de veces más es nada”**.

En dos oportunidades el prisionero escribía a Su Majestad exponiendo su triste situación, agravada por el hecho de que sus captores creen **“que yo soy un príncipe”** Las cartas enumeraban al rey sus servicios, el monto de sus rentas, las deudas en sueldos que tenía con él la Corona y solicitaba modestamente se le adelantase dinero preciso. **“Yo no quiero bienes en este mundo sino para salir de aquí, aclara y agrega con cierto matiz irónico. “Siendo Su Majestad tan buen pagador, tengo por muy cierto me hará merced de mandarme pagar. “Si mis trabajos no valen esa suma, cierto yo soy poco necesario vivir sobre la faz de la tierra que mucho más he gastado yo en un día y perdido en**

un momento por su servicio. y destos momentos con la vida e el anzuelo han sido millones””.

Finalmente, luego de casi tres años, el rey dio orden de pagar los maravedíes necesarios para el rescate de su fiel servidor y en 1590 Pedro está de regreso en la Península. Es ahora un verdadero personaje que se aloja en el convento del Escorial, cerca del monarca, y escribe interminables relaciones y memoriales.

Su pensamiento vuelve siempre al Estrecho. Quiere hacer auxiliar a aquellos leales vasallos que han permanecido en tan remotas regiones. Tiene esperanzas de encontrarlos vivos y propone el envío urgente de una armada de rescate que llevará negros para las tareas más rudas, harina de mandioca del Janeiro y carne salada de Cabo Verde donde es más barata...

Proyectos vanos pues a Magallanes sólo lo habitan los fantasmas de los hombres blancos.

Port-Famine

Dos curiosos documentos relatan las últimas etapas de las ciudades del Estrecho. Uno de ellos, **El admirable y próspero viaje del venerable maestro Thomas Candish, de Trinley, condado de Suffolk, al Mar del Sur, y desde allí alrededor del mundo, 1586/1588**, escrito por el maestre Francis Pretty. El otro, la declaración ante escribano público realizada en Lima en 1620 por Tomé Hernández, único sobreviviente de la expedición de Sarmiento.

Ambos relatos se entrecruzan para dejar una idea de horror y padecimientos inauditos, de abandono y desesperanza, mezclados con una increíble voluntad de sobrevivir.

La historia británica, narra cómo una armada inglesa compuesta por tres barcos llegó al Estrecho el 6 de enero de 1587. Cerca de la angostura apresaron a un español, llamado Hernando, que se encontraba allí junto a 23 compañeros, restos de las expedición española de tres años atrás. Los demás habían muerto de hambre.

El día 9 los ingleses desembarcaron en Rey Felipe, desenterraron algunas piezas de artillería y anotaron que los castellanos, **“Habían planeado muy bien su ciudad, y la habían asentado en el mejor lugar del Estrecho, por la madera y el agua, habían construido ellos mismos sus igle-**

sias; tenían leyes muy severas, pues habían levantado una horca en la que habían colgado algunos de sus compañeros. Nos pareció que el único medio de vida que habían tenido por mucho tiempo había sido moluscos y lapas, porque no había ninguna otra cosa que pudiera conseguirse, excepto algún venado que descendía de las montañas hacia las frescas riberas para beber. Dice. (Hernando) que en los dos años del establecimiento nunca se logró que algo prosperara, se morían como perros en sus casas hasta que para escapar al hedor, enterraron sus bienes, abandonaron el pueblo y con su arcabuz los que lo tenían vivían sobre la costa un año, con raíces y hojas o algún ave; querían ir al Río de la Plata, quedaban 23 personas, dos de ellas mujeres”.

Thomas Candish se limitó a rebautizar al lugar con el trágico nombre de Port-Famine (Puerto Hambre) que ha pasado a la historia y proseguir rumbo al sur de Chile donde continuó su campaña. En un descuido se les escapó Tomé Hernández, el autor del segundo relato.

Este resulta no menos dramático en su asombrosa parquedad. Tomé, natural de Badajoz, contó desde el punto de vista de un modesto poblador las mismas historias que describió Sarmiento. Habla del barco con 300 personas a bordo que se fue a pique cerca del Janeiro, del indio agigantado que tragaba flechas y escupía sangre, de los maderos fortísimos con que se cercó Rey Felipe, de la conjura en que se planeó matar al gobernador y que éste, Pedro Sarmiento, se embarcó en cierta oportunidad “Y nunca más volvió”.

Pasaban los meses sin noticias del exterior. El capitán Viedma había quedado a cargo de la población. Un invierno y otro verano, cada vez con mayor número de muertos. Hubo un intento fallido de fabricar dos barcas y marchar a pedir auxilio. Los sobrevivientes de Rey Felipe —de Nombre de Jesús no había noticias— eran sólo 30 varones y cinco mujeres. Se agrupaban por las noches en bohíos de a cuatro. Debían formar grupos minúsculos para mariscar mejor en la costa pues sin saberlo habían regresado a la vida primitiva de las poblaciones onas y yámanas comedoras de moluscos.

Cuando intentan ir hacia Cabo Virgenes encuentran el camino ja-



Otro retrato de Sir Francis Drake.

lonado de los cadáveres de sus compañeros que partieron un año atrás en idéntica dirección. Por fin, ya quedan sólo 15 hombres y tres mujeres, avistan tres barcos. Les hacen **candeladas** pues creen que son españoles. Tomé, acompañado por Juan Fernández de Pontevedra y el extremeño Juan Martín Chiquillo sube a bordo. No son compatriotas sino herejes ingleses que les ofrecen dar aviso a los demás sobrevivientes y embarcarlos. Tomé se queda a bordo. Los otros bajan a tierra en su misión caritativa. Repentinamente sopla un viento favorable y Candish da orden de zarpar. Tomé implora vanamente. Debe optar por hacerse amigo de sus huéspedes y espera la hora propicia para escapar.

Aquí termina la historia escrita y oral de las poblaciones del Estrecho. No habrá más noticias pero podemos imaginar el trágico final de los últimos sobrevivientes. Excavaciones recientes, practicadas por especialistas desde Punta Arenas, han permitido rescatar en el sitio identificado como Puerto Hambre varios esqueletos: un decapitado, un fusilado, una mujer grávida y otros hallados en diversos lugares, la iglesia, el hos-

pital, las viviendas privadas. Una tumba monumental guarda sus restos.

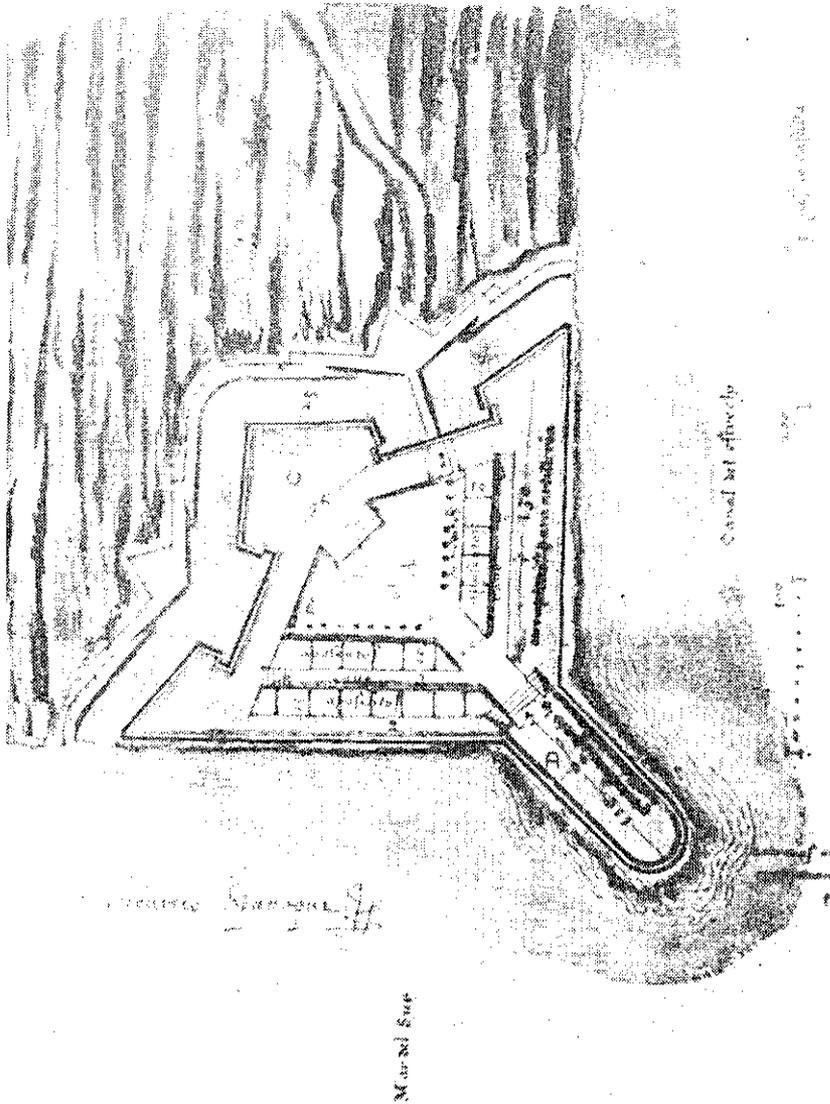
Los otros, que cayeron dispersos en su empeño por sobrevivir no tienen tumba. No se han hecho esfuerzos en el sector argentino, donde estuvo Nombre de Jesús, por rescatar sus reliquias.

Sarmiento pasó los dos últimos años de su vida en la Corte, respetado y pobre, siempre a la espera de que le pagasen los sueldos adeudados. Carecemos de noticias acerca de su vida privada y no parece haber formado una familia. No sabemos que tuviera mujer o hijos. Sí en cambio hay rastros de que el sabio navegante retomó sus aficiones literarias pues una traducción de los sonetos de Petrarca, publicada en Madrid, obra del indiano Enrique Garcés. Llevan tres sonetos encomiásticos suyos, en los que Pedro reconoce “ser más descubridor que cortesano”.

Pero no permanecía ajeno a su vocación marinera. Su última misión al servicio real fue la de almirante de la flota de galeones que hacía la carrera de Indias. Murió a bordo, no lejos de Lisboa, en julio de 1592.

Fue un hombre de indomable energía, de un temple similar al de Cortés y Pizarro, Alvarado y los Montejó, Benalcázar e Irala, los conquistadores cuyas estimulantes hazañas solía evocar. Pero su coraje, su empeño, fueron inútiles ante su mala suerte: aquel fiel infortunio que lo hizo tropezar varias veces con la Inquisición, que le arrebató la gloria del descubrimiento de las islas Salomón, y le privó el honor de revelar la existencia de Australia: la “mala pata” que le impidió un encuentro con Drake —marino tan formidable y avezado como el propio Sarmiento— y que llevó al desastre, más por disensiones con su jefe nominal que por impericia, el gran proyecto de su vida, el poblamiento del estrecho de Magallanes.

Y además, su mala suerte se reveló en los años finales de su vida, en la posición secundaria a que lo relegó Felipe II. Aunque en esto no hay que hablar tanto de mala suerte como de ingratitud: el “rey prudente” era mezquino con sus mejores servidores, y en el caso de Pedro Sarmiento de Gamboa lo fue en grado máximo: no le con-



Frente a la entrada del Estrecho de Magallanes. Proyecto de Tiburcio Spanoqui, 1580, Colección Navarrete, vol. XX. De Monumenta Chartographica Indiana, por el capitán de fragata Julio F. Guillén y Tato, Madrid, 1942.

fió el mando de la expedición que iba a realizar su gran proyecto poblador, dejó que se pudiera durante años en el calabozo de un bandido hugonote y no utilizó, después, la ingente experiencia de quien fue uno de los más grandes navegantes del Siglo XVI. Su mala suerte se proyectó también a su vida póstuma, como hemos señalado, retrasando por siglos la

publicación de algunas de sus obras. Por lo que Sarmiento de Gamboa, antes de ser conocido a través de sus libros y los documentos relacionados con su trayectoria, se revistió de un prestigio legendario, fundado más en la memoria colectiva de sus hazañas que en un conocimiento exacto de las mismas. Así, nuestro Domingo Faustino Sarmiento habla de su

gesta magallánica y deja entrever que podría venir de su linaje; Vicente Fidel López relata sus andanzas por Lima y la persecución de Drake.

Quedaría para el siglo actual la investigación pormenorizada de Pedro Sarmiento de Gamboa y, ciertamente, ella no disminuyó su estatura histórica. Quede entonces como un precursor del poblamiento de nuestra Patagonia y, por encima de esto, como la flor de la España aventurera y conquistadora. Una flor agostada por el infortunio pero no por ello menos merecedora del respeto y admiración •

Bibliografía

Fernández Duro, Cesáreo. **Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y León.** Madrid, 1896, tomo 2.

Landín Carrasco, Amancio. **Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa.** Madrid. Instituto Histórico de la Marina. 1945.

Levillier, Roberto. **Gobernantes del Perú.** Madrid, 1921, t. III. **Cartas y papeles.**

Lizárraga, fray Reginaldo de. **Descripción colonial.** Buenos Aires, La Facultad, 1916.

Medina, José Toribio. **Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima. 1569-1820.** Santiago de Chile, Fondo de Historia y Bibliografía J.T. Medina, 1956.

Morales, Ernesto. **Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI** Barcelona. Araiuce, 1932.

Sarmiento de Gamboa, Pedro. **Historia Indica** (En Roberto Levillier, **Don Francisco de Toledo. Supremo organizador del Perú. Su vida, su obra.** Madrid, 1921, tomo 3).

Sarmiento de Gamboa, Pedro. **Viajes al Estrecho de Magallanes. 1579-1584.** Buenos Aires, Emecé 1950 (Recopilación de sus relaciones sobre los dos viajes al Estrecho y de sus cartas y memoriales. Con un apéndice documental sobre su vida y sus viajes, Edición y notas al cuidado de Angel Rosenblat. Prólogo de Armando Braun Menéndez)

Veiga Alonso, Jesús. **Sarmiento de Gamboa, colonizador del Estrecho de Magallanes,** Punta Arenas, 1975.

Wachtel, Nathan. **Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española. 1530-1570.** Madrid, Alianza editorial, 1976.

Cursos de Historia

CICLOS, Centro de Estudios Interdisciplinarios, informa sobre las actividades de su Departamento de Postgrado en Historia y Ciencias Sociales a realizarse en los meses de marzo y abril.

Curso: ARGENTINA EN EL MUNDO.
Relaciones económicas y políticas desde la Independencia hasta la 2da. Guerra Mundial.

Programa: La Revolución de Mayo, la Independencia y las relaciones con el exterior 1810-1852. Comerciantes ingleses y hacendados porteños. Clase gobernante y Gran Bretaña. Rivadavia y el empréstito Baring. Rosas y el bloqueo anglo-francés. Inserción de Argentina en el mercado mundial 1853-1913. Las relaciones argentino-británicas. Argentina en América. Los hombres de la organización nacional, la generación del 80 y el mundo de la época. El modelo agro-exportador y sus limitaciones. La declinación del modelo agro-exportador, 1914-1945. El debilitamiento de la "relación especial" con Gran Bretaña. Estados Unidos y el comercio triangular. Los radicales, los conservadores y la política exterior argentina. La crisis del 30 y sus repercusiones. El Pacto Roca-Runciman y el proceso de industrialización. La 2da. Guerra Mundial, el surgimiento del peronismo y la ubicación de Argentina en el mundo: conflictos y dilemas.

Profesores: LUIS A. ROMERO – MARIO RAPOPORT – JOSE PANETTIERI

Días de clase: Jueves. Horario: de 19.30 a 21.30 horas. Iniciación: 26 de marzo de 1981. Duración: 4 clases.

Curso: SEMINARIO SOBRE PROBLEMAS, OBJETOS
Y METODO EN LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA

Programa: Problemas metodológicos. Corrientes historiográficas en la historia argentina: el liberalismo, el revisionismo, las corrientes actuales. Las esferas de la Historia: Historia política, Historia económica y social. Historia cultural y de las costumbres. El problema de la periodificación histórica. Los periodos de transición y su importancia como bases de cambio. Los ciclos económicos, su identificación en la Historia Argentina. Las principales crisis. La Historia Cuantitativa y los peligros del economicismo. La problemática del desarrollo económico. Historia Mundial e Historia Argentina: la inserción de Argentina en el mundo, etapas y efectos.

Aspectos polémicos. La herencia colonial. La revolución de Mayo y la "línea Mayo-Caseros". Rivadavia y Rosas. ¿Hubo un proyecto distinto de país en la década de 1870? ¿era viable? El "Proyecto del 80" y sus resultados. La Historia comparativa. Argentina y Estados Unidos en el siglo XIX, similitudes y diferencias. ¿Por qué Argentina no despegó como Japón en las últimas décadas del siglo XIX? Historia Argentina del siglo XX. La "literatura de combate" y la objetividad científica. ¿Es posible una historia contemporánea?

Falencias en la investigación histórica argentina.

Durante el curso se efectuarán: análisis de textos, debates de los temas y orientaciones para la investigación.

Conductor: Dr. JOSE PANETTIERI, con la participación en ciertos temas de otros destacados historiadores.

Días de clase: Lunes. Horario: 19.30 a 21.30 horas. Iniciación: 20 de Abril de 1981. Duración: 8 clases.

Abierta la Inscripción Informes:
Mendoza 2734 (Belgrano), a cuatro cuadras de Cabildo y Juramento. Horario de atención: de 9.30 a 13 horas y de 15.30 a 20.30 horas.



El minué en el salón de los Escalada, según un cuadro de C.E. Pellegrini.

Actividades musicales en el viejo Buenos Aires

por Nora Malamud

Los relatos de los viajeros que llegaron a América en las primeras décadas del S. XIX son un valioso aporte para el conocimiento de muchos detalles sobre la actividad musical de entonces en nuestro país.

Aunque la mayor parte de ellos llegaron animados de propósitos científicos, comerciales o diplomáticos y les faltaban conocimientos musicales profesionales,

la sorpresa que sintieron frente a este tipo de manifestaciones fue suficiente para que apuntaran, en sus notas de viaje, las impresiones recibidas.

Citaremos, a modo de ejemplo, algunas de ellas:

—1801: "Las mujeres de Buenos Aires gustaban de la música y en muchos hogares había el forte-piano con el que se acompañaban en cantares y canciones.

Utilizaban el repertorio que procedía de la península, que alternaban con el de la tierra, todas son canciones de amor con algunos tristes (nativos del Alto Perú) que a más de lo dulce, patético y suave de su música, la letra que componen suele ser algún paso de historia trágica que ha sucedido realmente, o que figura que fue en la alternativa de amor en celos, en ausencia o desprecio, que con-



El minué.

mueve el corazón más duro aún cuando los oyentes no tengan interés alguno en este asunto. Las mujeres gustaban mucho del baile y lo hacían con destreza, destacándose principalmente las de color..." (Diario de José María Cabrer, ingeniero cartógrafo español que residió en Buenos Aires en los últimos años del S. XVIII y principios del XIX).

—1807: "Era invierno cuando nos adueñamos de Buenos Aires, durante esta estación se daban tertulias o bailes todas las noches en una u otra casa. Allí acudían todas las niñas del barrio, sin ceremonia, envueltas en sus largos mantos... Los valsos estaban en boga y la música era de piano acompañado con guitarra, que todos los rangos tocaban... La Música era tenida como una perfección preeminente, y no se ahorraban gastos con ese fin, sea en instrumentos o composición. Estos artículos tendrían venta fácil en Buenos Aires, pues tienen una debilidad por ambos, cuando son de manufactura inglesa". (Alejandro Gillespie, Mayor del Ejército Britá-

nico que tomó Buenos Aires durante la 1ª Invasión Inglesa).

—1811: "La Música es muy cultivada. Siempre hay una dama en todas las casas que puede ejecutar muy bien todos los tonos requeridos para el minué, el vals y la contradanza. Y cuando las porteñas bailan, es con una graciosa compostura y suelta elegancia, mucho mejores que el término medio obtenido en Inglaterra, en cuanto yo sepa, de cualquier sistema de educación en escuelas de baile". (Juan Parish y Guillermo P. Robertson, hermanos ingleses, comerciantes, que por asuntos de negocios viajaron al Río de la Plata de 1811 a 1815).

—1821: "Cada familia de respetabilidad tiene su tertulia propia, o reunión de la noche, que congrega a las amistades de la casa y donde son recibidos los extranjeros con las mayores muestras de benevolencia y cordialidad. La diversión principal consiste en bailar la contradanza española muy superior a la que se conoce en Inglaterra bajo el mismo nombre, y también valsos y minuets lo mismo

que un baile que se acompaña con cantos y en el cual la mujer avanza la primera cantando: "Cielito, mi cielito", de donde proviene su nombre. La Música también forma parte de estas diversiones y muchas de las señoras son muy buenas ejecutantes...". (Alexander Caldcleugh, diplomático que en 1819 viajó desde Plymouth a Río de Janeiro. Estuvo en Buenos Aires como turista).

Sabemos, gracias a los documentos de esos viajeros, que entre 1810 y 1830 Buenos Aires era una de las ciudades que dentro del marco de América del Sur, se destacaba por lo selecto de su sociedad. Su crédito y renombre en el exterior fueron notorios, ya que sus habitantes, caracterizados por una gran hospitalidad, se prodigaban de manera muy espontánea y cálida a los visitantes.

En aquellos años figuraban familias destacadas, entre las cuales era costumbre muy generalizada dar TERTULIAS, por lo menos una vez por semana.

Entre otras varias familias distinguidas en cuyas casas se ce-

lebraban este tipo de reuniones estaban las de Rondeau, Rubio, Sarratea, Alvear, Escalada, y muchas más.

Estas TERTULIAS eran verdaderas reuniones de familia. En ellas el baile comenzaba a las 9 de la noche y se bailaba, generalmente, hasta las 12. La música requería, como único acompañamiento instrumental, de alguien que pudiese tocar al piano las piezas de baile. El piano era a veces acompañado de violín, flauta o guitarra.

Durante muchos años estas reuniones solían terminar con un CIELO pedido por los jóvenes. Los bailes eran el MINUE, con el que siempre se daba comienzo a la reunión, y cuyos intérpretes eran por lo general la dueña de casa acompañada de alguna otra señora y dos "formales" caballeros; el MONTONERO o NACIONAL, el VALS, la CONTRADANZA y la COLOMBIANA. Raramente era bailado por algún joven el SOLO INGLÉS; ésto se hacía para halagar a los concurrentes ingleses o inglesados.

En estas TERTULIAS reinaba siempre gran alegría, unida a un profundo respeto, por parte de los jóvenes, hacia la casa y la concurrencia.

Había varios maestros de baile, pero el de más fama era ES-

PINOSA, hijo de Manuel, el viejecito que tocaba el violoncello en la orquesta del Teatro Argentino y que actuaba al frente de una orquesta de 10 músicos en las funciones de la Catedral, y padre del conocido maestro de piano de entonces. Tenía en su casa una Academia de baile, a la que concurrían, noche tras noche, numerosos jóvenes.

En 1817 fue fundada la SOCIEDAD DEL BUEN GUSTO DEL TEATRO por iniciativa del progresista Pueyrredón. Fue su presidente Juan Manuel de Luca y la integraban Manuel Belgrano, Ambrosio Morante, Estéban de Luca, Vicente López y Planes, Santiago Wilde, el sacerdote chileno Camilo Henríquez, Floro Zamudio, Juan Manuel Pacheco, Domingo Olivera, José Olaguer Feliú, y otros más, todos ellos conocidos por su inclinación por las letras.

La función inaugural, según las publicaciones periodísticas de la época, se realizó en el Teatro Coliseo el día 30 de Agosto, comenzando el espectáculo con una Sinfonía de Romberg a la que siguió una alocución en verso heroico dirigida al pueblo de Buenos Aires por Andrés Morante. Luego se representó CORNELIA BORORQUIA, obra de autor americano, que presenta los horrores del Tribunal de la Inquisición. Continuó

el programa con la interpretación de un ARIA de CIMAROSA, acompañado al piano por REMIGIO NAVARRO, al cual le siguió la ejecución de un GRAN DUO en que intervino la orquesta. Esto último constituyó una gran novedad para el público porteño. Finalmente, después de un SAINETE CRIOLLO, una dama, PEPITA MARTINEZ, cantó varias TONADILLAS nacionales, acompañada también por la orquesta.

Los fines de la SOCIEDAD DEL BUEN GUSTO eran promover mejoras para dar mayor realce a las representaciones teatrales y censurar, cuando fuera necesario, las obras y canciones que se representaban, para evitar espectáculos de mal gusto. Con su propósito de mejorar los espectáculos, trataban de inculcar también sentimientos patrióticos ya que ésta fue una institución que, bajo apariencias literarias, tendía a introducir reformas de carácter social al servicio de la Revolución.

Fueron muchos los cambios materiales que introdujeron en el local del Coliseo, entre ellos el agregado de varias filas de bancos en la platea y el aumento del número de luces del teatro.

La Comisión Constitutiva de la SOCIEDAD encargó a autores locales la composición de música para varios melodramas.

El cielito.





▲ Anverso y reverso del disco de cobre que servía de entrada al antiguo Coliseo o Teatro Argentino.

◀ Juan Antonio Picazarri.

La SOCIEDAD realizó grandes esfuerzos por sacar al teatro de su antigua decadencia, y es así como entre los años 1817 y 1821 fueron en ella representadas, entre otras, obras como LA JORNADA DE MARTHON, traducida del francés en verso libre español por el Dr. BERNARDO VELEZ; LA CAMILA O LA PATRIOTA DE SUD AMERICA, comedia original de HENRIQUEZ; LA QUINCALLERIA, sátira dramática imitada del inglés por SANTIAGO WILDE; LA REVOLUCION DE TUPAC AMARU, versos con intervalos musicales de AMBROSIO MORANTE, etc.

A partir de las representaciones de esta SOCIEDAD, fueron definitivamente suprimidas las guitarras del escenario, y se las incluyó dentro de los instrumentos de la orquesta.

Hasta ese momento la guitarra, instrumento predilecto,

por poseer poca sonoridad y por tanto, no tapar las vibraciones de la voz, fue aceptada en la Europa Latina para acompañamiento de cantores. Sobre el escenario, fueron los primeros instrumentos que constituyeron las orquestas de los teatros de Buenos Aires. Si bien no desaparecieron por completo, en épocas de la SOCIEDAD DEL BUEN GUSTO el acompañamiento vocal fue compartido por el encanto de más variados instrumentos. Las guitarras, entonces, fueron utilizadas solas o acompañadas de violines, pero en la gran mayoría de los casos, el acompañamiento era hecho por toda la orquesta, compuesta por entonces de forte-piano, violines, violoncello, flauta, guitarras y trombón. Once eran los ejecutantes, constanding únicamente, en detalle, el de 4 guitarreros y se supone que un pianista que era, a su vez, el Director.

Ya anteriormente a este tipo de representaciones, durante lo que actualmente toma el nombre de "entre-acto", el canto en el teatro de nuestro país estaba representado por las TONADILLAS ESPANOLAS, que eran canciones que, reemplazando a los entremeses o formando parte de ellos, cantaban algunos actores o actrices, acompañados por 2 o más guitarristas, que se colocaban detrás de los telones o contra las primeras cajas de los bastidores, a un costado de las tablas.

Las TONADILLAS eran canciones alegres cuya música, siempre con ritmo de danza, se acentuaba en los estribillos finales. La mayor parte de ellas concluían en baile, aún cuando su principal atractivo consistía únicamente en la letra.

La TONADILLA fue el número predilecto del grueso público bo-

naerense hasta que, después de 1820, su éxito fue compartido con otros tipos musicales. Y desapareció recién en tiempos de Rosas, en que ya había muchos estilos criollos que, si bien no se cantaban en el teatro, se practicaban fuera de él.

A pesar de estar incluidos en un período bastante difícil de investigar por la falta casi absoluta de documentos fehacientes, sabemos que tanto los SAINETES como las TONADILLAS representados en esos años fueron muy criticados.

En los diarios de la época encontramos frecuentemente notas enviadas por los espectadores. En "El Americano" del 18 de Junio de 1819 apareció lo siguiente: "En la función del día 10 del corriente se cantó una tonadilla titulada de las MUSICAS, que con justicia debiera llamarse del ESCANDALO y de la INSOLENCIA; y lo más gracioso es, que el escuchar estas obras de inmoralidad y de corrupción nos cuesta nuestro dinero..."

A fines de 1817 se pudo formar una orquesta con 16 intérpretes. PICAZARRI, que fue quien introdujo la primera música original de algunas óperas en nuestro país, comprendiendo que la mayor dificultad que se tenía era la falta de ejecutantes, emprendió la tarea de enseñar la música, el canto, y el manejo de los instrumentos más conocidos, a un cierto número de discípulos. Al mismo tiempo, solicitó instrumentistas y cantantes a Brasil e Italia, algunos de los cuales pudieron ya en la época de la SOCIEDAD DEL BUEN GUSTO lucir sus habilidades.

En Italia había encargado a parientes y amigos suyos que procuraran convencer a los maestros de violín, fagot, clarinete, viola y flageolet, de que en Buenos Aires podrían instalarse con grandes ventajas.

Y fue con la base de esta orquesta, así formada, que desde entonces y hasta 1821, el Teatro Coliseo pudo ofrecer temporadas de canto cuya música era, en su mayoría, propiedad de PICAZARRI, y debida a la pluma de CIMAROSA, PERGOLESI, PAER, PUCCITA, SPONTINI, ZINGARELLI y TRITTO.

Esta fue, precisamente, la primera orquesta de 16 profesores en nuestro país, que el 30 de Agosto de 1817 debutara en el festival realizado con motivo de la inauguración de la SOCIEDAD DEL BUEN GUSTO en el Teatro Coliseo.



Virgilio Rabaglio, retrato publicado en Historia de los Italianos en la Argentina, de F. Sergi.

Pero si bien PICAZARRI logró dar a la SOCIEDAD los elementos necesarios para formar una orquesta importante en su época, no consiguió obtener los cantantes para dar las óperas, sino hasta un tiempo después.

El gusto y la difusión por la música fueron haciéndose cada vez más grandes.

En el mes de Abril de 1818, en ocasión de las grandes fiestas que, con motivo del triunfo de San Martín en Maipo, se celebraron en la ciudad, se formó nuevamente la orquesta del año anterior. Durante dos noches consecutivas se cantó el Himno Nacional y se representó LA JORNADA DE MARTHON, que ya había sido puesta en escena con motivo de la batalla de Chacabuco, y cuyos incidentes en algo se asemejan.

En el escenario fue colocado el retrato de San Martín, a quien se le rindió un cálido homenaje.

Un mes después, para celebrar las fiestas mayas, el Teatro dio funciones, durante 4 noches seguidas, con llenos completos.

Durante los 4 primeros años, PICAZARRI hizo conocer, en los salones distinguidos de la ciudad,

la música melodramática italiana, en torno de la cual se había creado un gran número de adeptos. No es entonces de extrañar que gran cantidad de jóvenes de ambos sexos se dedicasen con entusiasmo a su estudio.

Al mismo tiempo que PICAZARRI formaba el gusto del público, continuaba en su trata de formar músicos y cantantes. Y es así como en 1821 el público había entrado ya de lleno en la afición musical.

Se produjo una violenta reacción contra la TONADILLA pueril y en el Teatro Coliseo una orquesta, formada ya por mejores instrumentistas, ejecutaba más asiduamente petipiezas, zarzuelas y operetas con canto.

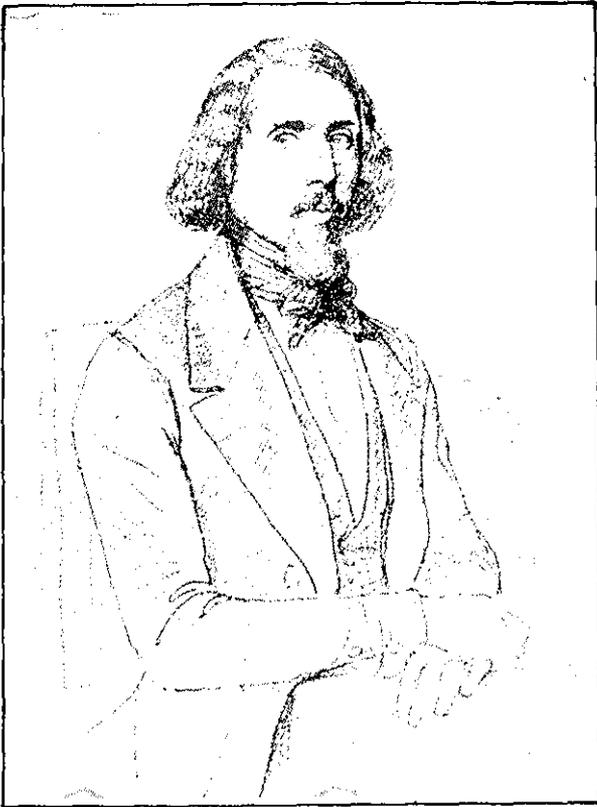
Por otra parte, el 19 de Julio de 1821, Bernardino Rivadavia fue nombrado Ministro de Gobierno por Martín Rodríguez, Gobernador de Buenos Aires. A través de la obra por él realizada, la actividad musical recibió un impulso de inigualada importancia.

A fines de ese mismo año, PICAZARRI trató de fundar una SOCIEDAD FILARMÓNICA, pero este proyecto no pudo prosperar.

Durante la Cuaresma de 1822 los artistas del Coliseo Viejo — nombre que se le daba al Teatro — solicitaron permiso del Gobierno para dar una serie de funciones que tuvieran cierta apariencia religiosa, eligiendo para ello las piezas menos profanas del repertorio. No obtuvieron una respuesta satisfactoria por el momento del año en que lo solicitaron. Si se les permitió dar conciertos de música sacra y de ópera, y ante una no muy numerosa concurrencia, y todos bajo la dirección de PICAZARRI, efectuaron funciones con música de ROSSINI, CIMAROSA, PAER, SACHINI, y alguna otra del país.

Al empezar la temporada regular, pasadas las Pascuas, se habían establecido dos corrientes entre el público asistente a las representaciones: unos, que estaban a favor de la música, y otros, que aún gustaban de los dramas. El primero de estos dos grupos era el más numeroso, razón por la cual se transformaron los salones de la SOCIEDAD FILARMÓNICA — que ya había comenzado a funcionar — en sala de conciertos. A éste se le dio el nombre de TEATRO DE "EL COLEGIO", por estar ubicado en la calle Potosí — hoy Alsina —, casi frente a la Iglesia de San Ignacio.

En esa misma época llegó al



Santiago Massoni.



Juan Pedro Esnaola adolescente.

país un italiano, VIRGILIO RABAGLIO que, dotado de condiciones musicales y pictóricas, desarrolló, con la protección de Rivadavia, a quien había conocido en España, una intensa actividad artística en Buenos Aires durante muchos años.

RABAGLIO, que se autotitulaba "Profesor de Bellas Artes", muy posiblemente pasara, por su condición de extranjero, a los ojos de muchos, como mejor preparado que PICAZARRI. El hecho fue que pudo llenar el vacío que éste había dejado, por falta de apoyo, y con la ayuda del Gobierno pudo fundar una ACADEMIA DE MUSICA, la misma que PICAZARRI había propuesto varias veces sin conseguirlo.

Su apertura tuvo lugar el 27 de Julio de 1822, inaugurándose con un Concierto instrumental en el que se incluían varias obras. El comentario periodístico de esta función, tal como apareció en el "Argos de Buenos Aires" del 12 de Junio de 1822 es el siguiente:

"Virgilio Rabaglio, de nacionalidad italiana, hará apertura a la brillante Academia de Música, bajo la protección de un aficionado inteligente, natural de esta ciudad.

Los señores que gusten suscribirse a ella podrán concurrir a la casa destinada a este objeto, inmediata a la de D. Ambrocio Lezisa, donde se informará de sus circunstancias. Convencidos ambos individuos de la falta de diversiones públicas en una población numerosa como la de Buenos Aires, esperamos encontrar la más benigna acogida en el carácter dulce y apacible de sus habitantes. Sabemos por observación que ellos en general aman lo bello, haciendo grandes progresos en cualquiera de las artes de imitación a que se dedican... ¿Y quién puede dudar que la música es un arte de imitación?... La música, hermana de la pintura y la poesía, mueve blandamente nuestras pasiones, y arrebató nuestros sentidos con el poder de sus acentos melódicos y harmónicos (sic), proporcionándonos una diversión inocente y pura. Así esperamos que reuniéndose los aficionados nos ayuden a formar una SOCIEDAD FILARMÓNICA, que sirva a dar impulso y propagar en el país un arte que en el día hace las delicias de todas las naciones cultas".

Parece ser que a los primeros conciertos de la Academia sólo concurrían hombres. El 31 de Julio

el periodista del "Argos" observó acerca de esto en un artículo: "...Nosotros sentimos que se priva de esta inocente diversión a las damas, que son tan aptas para participar de ella como los mismos hombres".

Esta observación surtió efecto, ya que en los siguientes conciertos que se realizaron, se contó con gran asistencia de damas de la sociedad porteña.

Simultáneamente se incrementaron de manera notable los conciertos, cuya práctica había comenzado a insinuarse en los años posteriores a 1810, notándose una marcada elevación en el gusto y en la calidad de la música incluida en los programas. Estos conciertos, tanto vocales como instrumentales, contaron con el concurso y la participación de aficionados y profesionales. Tuvieron lugar en diversos salones y permitieron un mayor conocimiento y difusión de las melodías de ROSSINI, máximo ídolo de aquellos días, y de obras de compositores tales como Haydn, Mozart, Carulli, Dussek y Gluck.

Buenos Aires, en esa época, vivía un clima de progreso muy notable. Se trataba de una ciudad cul-

ta y refinada en la que surgieron nuestros primeros compositores.

Este clima culminaría en 1832, con el espléndido concierto dirigido por ROSQUELLAS en la Iglesia Británica, en el que se escucharon selecciones de los Oratorios "La Creación" de Haydn y "Judas Macabeo" y "El Mesías" de Haendel.

Ese año de 1822 fue particularmente fecundo para la práctica musical en nuestra ciudad. Durante su transcurso se inauguró la ACADEMIA DE MUSICA Y CANTO, es-

ta en formación la SOCIEDAD FILARMÓNICA, que tanta trascendencia tuviera en el orden musical y social, y llegaron varios instrumentistas, entre ellos el violinista MASSONI, y el flautista y guitarrista ESTEBAN MASSINI.

Poco tiempo después arribaron al país LORENZO SALVINI y su esposa, profesores de canto, piano y composición, quienes en 1824 instalaron una Escuela de Música; JOSE TRONCARELLI, profesor de canto y fagot; AMADEO GRAS, violoncelista francés que

en 1827 ofreció conciertos en el Teatro, MADAME LIERRECLAN y otros más. Todos estos intérpretes fueron formando aficionados porteños al canto y a la música.

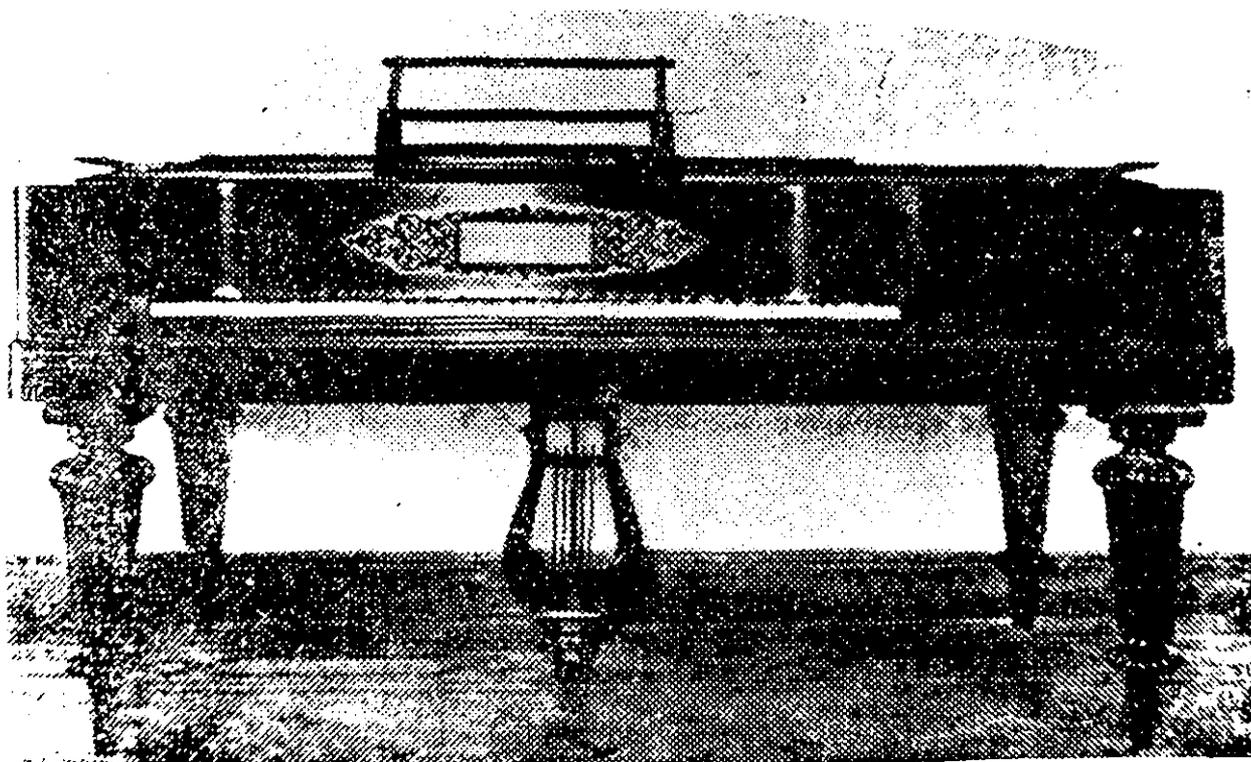
La reunión de todos estos elementos ayudó a robustecer la natural inclinación de los dilettanti del Buenos Aires de las primeras décadas del siglo pasado hacia las manifestaciones musicales.

El 1° de Octubre de 1822, con la asistencia de Bernardino Rivadavia y otras personalidades, JOSE ANTONIO PICAZARRI inauguró,

El consulado de Buenos Aires. En los altos de este edificio, en 1822, funcionó la Escuela de Música y Canto.



El piano de Juan Pedro Esnaola.



junto con su sobrino JUAN PEDRO ESNAOLA, que por entonces contaba sólo 14 años de edad, la ACADEMIA DE MUSICA Y CANTO.

Esta ACADEMIA funcionaba en los altos del edificio del Consulado —donde actualmente está el Banco de la Provincia de Buenos Aires—, en la calle San Martín.

La fiesta de inauguración se abrió y se cerró con LA GLORIA DE BUENOS AIRES, con letra de JUAN CRUZ VARELA y música de PICAZARRI. En su transcurso hubo números de música vocal e instrumental.

Contaban con la ayuda del Gobierno que, además de cederles el local para su instalación, se había propuesto costear la enseñanza a jóvenes de ambos sexos.

Por las crónicas periodísticas del momento, se sabe que la señoritas asistían a la clases a partir de las 11 de la mañana y los jóvenes desde las 5 de la tarde.

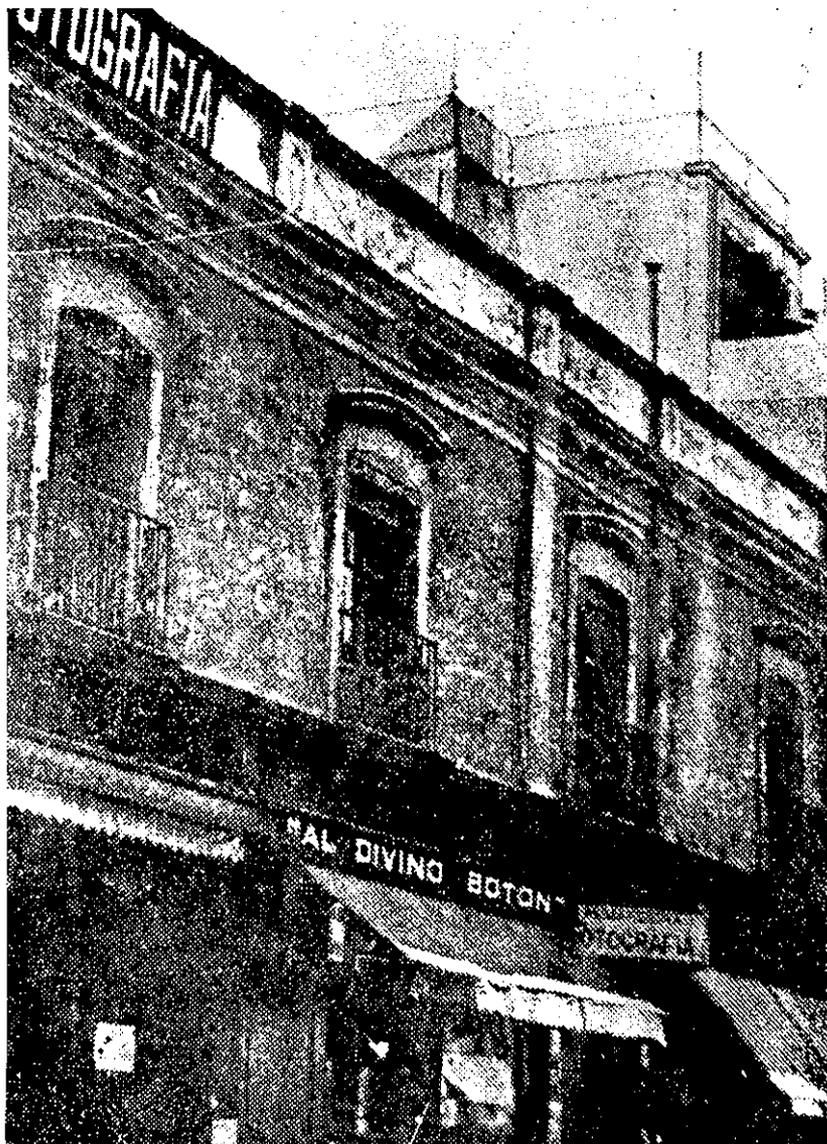
La enseñanza de la música hasta ese momento había estado limitada a las pocas personas que se dedicaban a ella. ESNAOLA había estudiado en Europa, y podía acá enseñar dos cosas, hasta entonces prácticamente desconocidas: las reglas de posición de los instrumentos y las del mecanismo de la voz en materia de canto.

Al mes siguiente a su inauguración, el 11 de Noviembre, la ESCUELA dio su primera función mensual dispuesta por su Director. A ella asistieron además de las madres de las niñas y los niños que allí estudiaban, numerosas personas más y los Ministros de Gobierno y Hacienda.

Las obras ejecutadas en esta oportunidad fueron en su totalidad vocales, fundamentalmente piezas de canto italiano y español ejecutadas por las alumnas, que fueron acompañadas por coros formados por sus compañeras, acompañados todos al piano por ESNAOLA.

La obra realizada por PICAZARRI y ESNAOLA en favor de la enseñanza fue realmente extraordinaria. Gracias a ella, gran cantidad de niñas y jóvenes aprendieron el canto y el piano.

En 1823 el presbítero PICAZARRI retomó sus funciones como maestro de capilla de la Catedral de Buenos Aires donde, además de asistir diariamente en el coro a todos los oficios que se celebraban, tenía que dar una hora de lección de canto llano y órgano.



La casa donde habitó Juan Antonio Picazarri.

Anuncio de una función extraordinaria con "El Barbero de Sevilla" de Rossini.

AVISOS NUEVOS.

TEATRO.

Funcion Extraordinaria.
HOY VIERNES 7 A LAS 7½.

La Gran Opera titulada
El Barbero de Sevilla.

Música del célebre maestro Rossini.

Precio de los Palcos y Asientos—Doble
Entradas 2 reales.

Y el 31 de Mayo de ese mismo año inauguró el nuevo salón de la SOCIEDAD FILARMÓNICA DE BUENOS AIRES, como Director de dicha institución.

Esta Sociedad, que contaba también con los auspicios del Gobierno, funcionó en la calle Potosí, y en su sede se celebraron gran cantidad de funciones, con el concurso de numerosos intérpretes de música vocal e instrumental, tanto del país como del exterior.

Los músicos y cantantes del Teatro enseñaban, además, sus respectivas artes.

La SOCIEDAD FILARMÓNICA desapareció después de varios años de actividad, para reaparecer en Agosto de 1852. 7 años después, en Mayo de 1859, se acordó su liquidación en Asamblea General.

Fueron también muy aplaudidos en nuestros escenarios cantantes y bailarines.

El 13 de Junio de 1822 se cantó por primera vez en nuestro teatro música de ópera italiana. Esta función estuvo a cargo del barítono italiano VICENTE ZAPUCCI y su esposa, la contralto TERESA NADINI. La novedad para el público porteño fue el haber visto reemplazada la TONADILLA con guitarra y violín por arias y dúos de óperas en italiano, acompañados por orquesta.

Todo Buenos Aires asistió al Teatro durante la segunda mitad del mes de Julio. Todo Buenos Aires quería escuchar a los cantantes italianos.

Ambos eran, al mismo tiempo, profesores de Música y Canto, y en tal carácter se establecieron en nuestra ciudad.

A partir de ellos, fueron muchas las figuras importantes que desfilaron por nuestro medio. No haremos una detallada enumeración de todas. Nos referiremos sólo a algunas. De entre ellas, MARIANO PABLO ROSQUELLAS, violinista, cantante y compositor español, radicado en Buenos Aires entre los años 1823 y 1833.

Gracias a sus esfuerzos, pudo el público porteño escuchar las primeras funciones de ópera en forma completa, no ya en fragmentos, como hasta entonces.

Desde su llegada a Buenos Aires, ROSQUELLAS se dedicó a formar una pequeña troupe con el objeto de instituir la ópera en el Teatro Coliseo. Con ese fin, había escrito a Italia y a Portugal para obtener actores. Aquí contrató a MASSONI, afamado violinista ita-



Texto musical de la canción "al 25 de Mayo", de Massini.



Mariano Pablo Rosquellas.



Miguel Vaccani, baritono que actuó en Buenos Aires en 1822.

liano que había llegado a Buenos Aires a fines de 1822, a la joven CAROLINA ANSELMI, al baritono VICENTE ZAPUCCI y a JUAN ANTONIO VIERA.

A MASSONI, que ya tenía por entonces una actuación destacada en nuestro medio, le confió la dirección de la orquesta del Coliseo en las primeras representaciones líricas. ROSQUELLAS lo contrató a sueldo y porcentaje, no sólo como Director y Primer Violín, sino también para formar la primer orquesta, enseñando convenientemente a sus músicos. MASSONI se trajo consigo a TRONCARELLI para completar la orquesta con el fagot que faltaba, y para que este Maestro, que hasta proveyó al conjunto del instrumento con que debía tocar, formara nuevos fagotistas.

CAROLINA ANSELMI, de 12 años de edad, fue traída del Brasil por ROSQUELLAS para reemplazar a TERESA NADINI.

JUAN ANTONIO VIERA, orgulloso de verse elevado a la categoría de 1° Baritono, de la Compañía, dedicó todo su tiempo al estudio de su papel, dejando de lado sus actuaciones como comediante. El había estrenado las primeras comedias con música escuchadas en Buenos Aires.

Fue con estos intérpretes con quienes se ofreció la primera función, el 28 de Marzo de 1823, con un teatro lleno y un público que festejó sumamente complacido tan fausto acontecimiento artístico.

Las obras interpretadas en esa oportunidad fueron, en primer término, una piecita de comedia en un acto; luego al tenor ROSQUELLAS, en traje de carácter — lo cual agradó notoriamente al público asistente— y en italiano, cantó la Serenata del Conde Almaviva del BARBERO DE SEVILLA, de ROSSINI, y toda la escena, hecha con VIERA, también en traje de carácter.

MASSONI presentó una irreprochable orquesta formada por 24 músicos. Pidióse dos veces el bis, que con gusto concedieron los artistas. ROSQUELLAS y MASSONI fueron varias veces aclamados durante la función y al terminar ésta.

El segundo número de ópera, con la joven ANSELMI haciendo de Rosina en la escena de la lección, en la misma obra, junto a ZAPUCCI y a ROSQUELLAS, provocó tal vez mayor entusiasmo en el público.

Se realizaron dos funciones

OTELLO

OSSIA

EL MORO DE VENECIA,
DRAMMA PER MUSICA IN TRE ATTI.
126305

OTELLO

O

EL MORO DE VENECIA,
TRAGEDIA LIRICA EN TRES ACTOS.

BUENOS - AIRES.

IMPRESA ARGENTINA,
Calle de Potosí, núm. 135.

1827.

PERSONAGES.

OTELLO, africano, general de las tropas Venecianas..... Sr. Rosquellas.
DESDEMONA, amante y esposa de Oteló, hija de Elmíro..... Sra. Angela T...
ELMIRO, patriota Veneciano... Sr. Ferra.
RODRIGO, amante despreciado de Desdemona hijo del Dux... Sr. Vacani.
YAGO, enemigo oculto de Oteló, amigo aparente de Rodrigo... Sr. Ricciolini.
EMILIA, confidenta de Desdemona Sra. M. Cándida.
EL DUX..... Sr. J. Cándido.
Senadores.
Amigos de Oteló.
Damas de Desdemona.
Pueblo.
Soldados.

La escena es en Venecia.

Música del Sr. Maestro ROSSINI.

Programa de Oteló o El Moro de Venecia (1827)

AVISOS NUEVOS.

TEATRO.

Funcion 3 de la 7.ª Temporada.

HOY VIERNES.—A las 3½.

EL CALIFA DE BAGDAD.

Opera en dos actos;

Música del Señor Rosquellas.

Anuncio del estreno de la ópera El Califa de Bagdad, de Rosquellas.

AVISOS NUEVOS.

TEATRO.

GRAN FUNCION EXTRAORDINARIA.

—(Precio Doble)—

El Jueves 8 de Febrero a las 8 en punto, se exhibirá por la primera vez la célebre Opera del Inmortal *MOZART*, titulada:—

DON JUAN.

EN DOS ACTOS.

En la cual (en el 2.º acto) se estrenará una decoracion del *Infierno*.

Los Sres. abonados por temporada serán preferidos hasta las oraciones de la víspera de la funcion, la que por ser bastante larga *dará principio á la hora indicada.*

NOTA.—*La traduccion de esta Opera en castellano, se hallará de venta en el despacho de los boletos.*

Estreno de la ópera Don Juan, de Mozart, en Buenos Aires, en febrero de 1827.

posteriores con este mismo elenco, formadas por un potpourri de arias, cavatinas, dúos y tercetos de óperas más o menos conocidas. Como era costumbre, una sinfonía al empezar y otra al concluir la función. En ambas oportunidades, predominaron números del BARBERO.

La primera ópera que se cantó en forma completa en Buenos Aires fue EL BARBERO DE SE-

VILLA, de ROSSINI, el 27 de Setiembre de 1825. La compañía lírica a cuyo cargo estuvo la representación estaba integrada por LOS HERMANOS TANNI (ANGELA, MARIA, PASCUAL, MARCELO y FRANCISCO), MIGUEL VACCANI, CAYETANO RICCIOLINI y JUAN ANTONIO VIERA. Todos ellos habían sido contratados por ROSQUELLAS para actuar en el Coliseo.

Fue muy ovacionada por el

público, que ya estaba familiarizado con trozos de varias óperas de ROSSINI, a los que escuchaban frecuentemente en conciertos de piano, de guitarra, y hasta en bandas militares.

La orquesta estaba, en ese entonces, formada por 28 músicos. En los intervalos ejecutaban Sinfonías de Haydn y Mozart, como en los teatros ingleses. Las funciones comenzaban con una Obertura,

Programa para la función de 31 de Mayo en la
SOCIEDAD FILARMÓNICA.

INTRODUCCION.

CANCION NACIONAL.

Primera parte.

Grande obertura de la ópera de Ifigenia—por Gluck.
Concierto de piano—por el Sr. Esnaola.
Aria cantada—por el Sr. Picazarri.
Duo cantado—por los Sres. Moreno y Luca.
Aria cantada—por un Socio aficionado.
**Duo de Pavessi—cantado por la Señorita Micaela Darro
 gueira y el Sr. Maundeville.**

Segunda parte.

Obertura de Mozart.
Solo de violín—compuesto por el Sr. Masoni.
**Aria de la ópera la Flauta encantada de Mozart—cantada
 por el Sr. Moreno.**
Cuarteto de la ópera el Moises en Egipto—por Rossini.
Coro—canto final.



Programa de la Sociedad Filarmónica.

Anverso y reverso del disco de cobre que servía de entrada al Parque Argentino o Vauxhall (1828).

por lo general muy bien elegida.

Esa misma compañía estrenó en Buenos Aires varias óperas más. En 1826 fueron representadas: "LA CENERENTOLA", "EL ENGAÑO FELIZ" y "LA ITALIANA EN ARGEL", de ROSSINI; "JULIETA Y ROMEO" de ZINGARELLI; "ENSAYO DE UNA OPERA NUEVA", de VACCANI; "LA CASA EN VENTA", de D'Alayrac; y "EL CALIFA DE BAGDAD", de ROSQUELLAS.

En 1827 estrenaron "DON JUAN", de MOZART; "OTELLO", de ROSSINI; y "ADOLFO Y CLARA", de D'Alayrac.

Al año siguiente, 1828, "LA GAZZA LADRA", "ARMIDA Y REINALDO" y "TANCREDI", de ROSSINI; y "LA VESTAL", de PUCCITA.

Y en 1829 estrenaron "AURELIANO EN PALMIRA", de ROSSINI.

Durante todos estos años, además, fueron varias las veces que se representaron, en los escenarios porteños y siempre por la misma compañía lírica, las óperas estrenadas durante el comienzo de sus actuaciones.

Hacia esa fecha, la compañía pasó a ser dirigida por el Maestro MIGUEL BORGALDI, quien creó en Buenos Aires la costumbre de representar las óperas suprimiéndoles algunas partes, como por ejemplo los recitativos y los coros.

En Octubre de 1829 llegó a nuestra ciudad la compañía lírica italiana integrada por la contralto TERESA SCHIERONI, MARIA CARAVAGLIA, DOMINGO PIZZONI, JOAQUIN VITALI, AGUSTIN MIRO y MIGUEL VACCARI, que actuaron en el Coliseo hasta el 31 de Enero de 1830.

Bajo la dirección de JOSE PINA, ofrecieron "TANCREDO", que ya había sido interpretada por la compañía anterior, al igual que "LA CENERENTOLA", "EL BARBERO", "LA ITALIANA EN ARGEL" y otras.

El 21 de Noviembre de 1830 debutó en el TEATRO DEL PARQUE ARGENTINO, —donde se encuentra actualmente la Plaza Lavalle— la primera compañía operística francesa llegada a Buenos Aires. Estaba compuesta por Mme. LOUISE FRANCOIS, pri-

mera cantante de opereta y ópera cómica; MR. MARTINIER, barítono y Director de la Compañía; Mr. ALPHONSE BANCES, bajo cantante; Mme. MELANIE; Mr. N. NOIRCIER, tenor bufo; y ZOZO BONIFACE, bufo y pruebista.

Representaron en nuestro medio vodeviles franceses, entre ellos "LA MERE CAMUS", el 8 de Diciembre.

Con LUIS SMOLZI y su esposa TERESA, ROSQUELLAS organizó, en el año 1831, una compañía que debutó en nuestro teatro el 5 de Julio de ese año con la ópera de MERCADANTE, "ELISA Y CLAUDIO".

En el año 1832 se ofrecieron las últimas representaciones de óperas completas. A partir de entonces, sólo alguno que otro cantante ofreció arias o romanzas de óperas en los entreactos o en algún concierto.

Si bien la actividad operística fue la más categorizada dentro de la vida musical argentina, la actividad musical del viejo Buenos Aires ofrecía otras facetas muy interesantes y no menos dignas de ser conocidas. ●

Personajes, hechos, anécdotas, curiosidades de la Historia

por León Benarós

**"El judío errante del arte":
don Luis Sabedotti, un curioso viajero ferroviario**

Bufones de Rosas, como "Don Eusebio de la Santa Federación" o Biguá, charlatanes de feria o pedigüños pintorescos, a veces, discursadores insólitos, como Candelario y Tartabul; pregoneros de original vocear y modesta mercancía; insólitos comerciantes como Don Juan del Aujero —que vendían sedas y otras telas no poco lujosas a altas damas de la sociedad porteña, a través de un boquete cavado en el muro de su negocio—, han hallado sus regocijados cronistas. De *El Judío Errante del Arte*, en cambio, no conocemos más que la crónica que le dedicó la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, en su número 142, del 22 de junio de 1901. Con verdadero sentido periodístico de lo que es nota, la breve pero jugosa crónica nos describe al personaje, del que ofrece una foto, rodeado de sus chirimbolos: una antigua máquina fotográfica, con su tripode; un letreiro en el que se pregona "arquitecto" y otras cosas; una silla, en la que se apoya el letrado, de extenso y delirante texto; todo, mientras Sabedotti —que así se llama este pintoresco napolitano— mira al observador, con su bastón en mano, la galera puesta y sus gruesos y categóricos bigotes lacios.

La sabrosa crónica de *Caras y Caretas* no lleva firma. Está acompañada por la de otro pintoresco personaje: "El Dr. Tomás Aragón de San Luis", grave señor de galera de cilindro, de relu-



ciente felpa, que recita versos en trastiendas y boticas. Las dos notas se hallan encabezadas por un epígrafe que dice "Tipos populares de provincias". La de Sabedotti se titula: **Un artista enciclopédico**". El texto expresa: "Es conocidísimo en todas las líneas del ferrocarril que arranca de Maipú, hacia el Sur, el enciclopédico personaje que se titula "El Judío errante del arte" y que viaja constantemente con todos los chirimbolos con que lo presenta nuestro grabado, haciendo la delicia de las gentes con su conversación animada y su lenguaje pintoresco. Se llama don Luis C. Sabedotti, es napolitano, y escribe "óleo" con h, teniendo una marcada predilección por los errores de ortografía, tanto en español, su lengua adoptiva como en italiano, su lengua nativa, de donde infieren algunos espíritus reflexivos que Sabedotti no sabe la gramática de uno ni de otro idioma.

Sabedotti viaja constantemente en busca de trabajo y nunca se le ve detenerse en punto alguno más de dos días, y aún cuando él asegura que es escultor, retratista, músico, fotógrafo, literato y fabricante de toda clase de vehículos, los vecindarios dudan de su universalidad artística, pues no tiene pruebas fehacientes de ella. En las líneas ferroviarias que van a Tres Arroyos, Mar del Plata, Necochea y Bahía Blanca, es popularísimo, pues él visita vagón por vagón, dando informes y noticias a los pasajeros sobre todas las peculiaridades del paisaje, detalles encantadores de las guerras con los indios y pormenores de la vida en los toldos que según él le fueron suministrados por un tío, napolitano como él, que tocando el órgano llegó a ser cacique en los campos de Luro, Pradere y Díaz Vélez. Se enorgullece contando las aventuras estu-

pendas de su pariente y lamenta que la vida del arte no se haya despertado aún en el lejano sur. Como compañero de viaje es un sujeto impagable y los pasajeros se apresuran a monopolizarlo para matar las largas horas del tren, oyéndole sus curiosísimas informaciones. Sabedotti reparte prospectos de sus habilidades y entre ellas hay una originalísima: levanta monumentos sin necesidad de planos y retrata "personas muertas por las señas que le dan los parientes".

El ayunador que se alimentaba de agua mineral y humo de tabaco

Ya no se da en Buenos Aires —y creemos que tampoco en el mundo— la especie de los espectaculares ayunadores, que, encerrados en una caja de vidrio, a la vista del público, hacían del prolongado ayuno un espectáculo rentable. Salvo los impresionantes ayunadores de la India, o los que lo hacen para protestar por una u otra cosa (en especial, los presos), esta especie ha ido desapareciendo, por lo menos, como espectáculo.

En Buenos Aires, la revista *Caras y Caretas*, del 6 de octubre de 1900 (número 105), da cuenta de un curioso representante del género: "el ayunador Magno".

La nota —que se adorna con una foto del personaje, hombre joven, correctamente vestido, de riguroso cuello palomita peinado con jopo finisecular—, informa prolijamente que: "En la Avenida de Mayo, número 719, en los sótanos de un gran edificio, se ha instalado un joven italiano que pro-

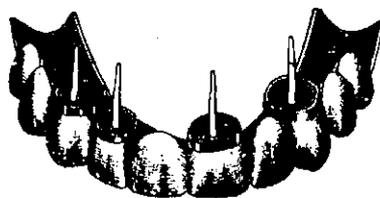
mete ayunar durante veinte días encerrado en una caxilla de cristal. Hace ensayo bajo la vigilancia de una comisión de estudiantes de medicina, presidida por el doctor Guillermo Mati, y formada por los jóvenes D. Spinetto, R. Rocatagliatta, M. Sabelli, F. F. Arriol, D. Fernández, N. Bataglia, A. Keller, C. Comotti, A. L. Zavala, J. M. Peracea, G. Garbini, D. Pomina y E. Spinelli.

"Durante el tiempo que permanezca recluido el ayunador Alberto Magno —que así se llama este émulo de Succi— se alimentará exclusivamente con agua mineral de Nocera Umbra (la sospecha publicitaria aparece en puerta) y humo de cigarrillo, y se someterá a ensayos que harán en él los estudiantes que le vigilan, a objeto de apreciar los fenómenos que sucesivamente se vayan presentando y también de constatar que él no ha ingerido alimento alguno.

"El ayunador Magno es la primera vez que se presenta al público, pero afirma haber hecho experimentos diversos hasta cerciorarse de que es capaz de resistir victoriosamente a la difícil y penosa prueba, que le pondrá en aptitud de presentarse en un teatro exhibiendo su fenómeno.

"Este rival de Tanner afirma que ha llegado a pasar largos días sin probar bocado, no solamente por la fuerza de las circunstancias, sino avergonzado de que el *homo sapiens* se hallase por bajo del oso polar.

—¿No se pasa tan enorme plantigrado semanas enteras entregado al ayuno? ¿Por qué, pues, nosotros, bípedos implumes, no podemos hacer lo propio? —decíase Magno.



CLINICA ODONTOLÓGICA

DEL

DOCTOR JOSE BLITZ

MEDICO DENTISTA

Y SU HIJA

SEÑORITA FANY BLITZ

Primera dentista recibida en la Facultad de Medicina de Buenos Aires

ESPECIALIDAD

DIENTES ARTIFICIALES FIJOS SIN PALADAR, PARA LA MASTICACIÓN PERFECTA

Todas las operaciones de la boca sin dolor, por medio de un nuevo anestésico.

33, Calle Buen Orden, 33

¿La primera dentista argentina? Aviso publicado en Caras y Caretas, el 6 de abril de 1901.

"Y con una fuerza de voluntad propia sólo de dos fakires y de algunos empleados públicos del interior, que ven agotados su paciencia y su crédito, por causa del retraso con que les abonan los sueldos, el joven italiano que nos ocupa se puso a ensayar su resistencia contra el hambre.

"¿De dónde es Ud. le interrogaban el otro día.

"De las orillas del Lago de Como.

"De "lago de no como", querrá usted decir".

Con este chiste —tal vez producto de la imaginación

del cronista, termina la nota de *Caras y Caretas* sobre este esforzado ayunador italiano.

La primera dentista: Fany Blitz

Todos saben que la primera médica recibida en el país fue la doctora Cecilia Grierson, que, conmovidamente, se inclinó al estudio de la medicina para poder curar a una amiga que había contraído la tuberculosis. Pero, en otra profesión del arte de curar, ¿cuál ha sido la primera dentista

graduada en nuestros claustros?

Por un aviso profesional publicado en la revista *Caras y Caretas*, del 6 de abril de 1901 (número 131 de la mencionada revista), parece que esa primera graduada —a estar a su publicitada declaración— fue la señorita Fany Blitz, que dice ser la "primera dentista recibida en la Facultad de Medicina de Buenos Aires", según el aviso cuya reproducción ofrecemos. El padre, doctor José Blitz, era también dentista, según surge del mencionado aviso. El consultorio de ambos estaba en la calle Buen Orden (hoy, Bernardo de Irigoyen) número 88. Ambos profesionales prometen "todas las operaciones de la boca sin dolor, por medio de un nuevo anestésico". ¿Será el éter? Entendemos que no podrían promocionar el cloroformo, de uso bastante anterior.

El aviso deja a los dubitativos algunas cuestiones por determinar: 1) Que la señorita Fany Blitz haya sido, efectivamente, la primera dentista recibida, cosa que no parece dudoso, pues es difícil que alguien invoque esa condición públicamente, lo que sería fácilmente refutable, si hubiera una antecesora; 2) Que haya habido instituida la carrera de odontología con anterioridad en otras facultades, con graduadas que pudieran haber precedido a la invocante. No lo creemos.

Todo, pues, parece salvo demostración en contrario hacer mérito de la condición que Fany Blitz invoca la de ser la primera dentista graduada en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, y, casi con seguridad, en el país.



Lonardi y la Revolución del 55

En la edición N° 163, correspondiente al mes de diciembre, TODO ES HISTORIA publicó una selección del libro "Mi padre y la Revolución del 55" de Marta Lonardi. Como era de esperar, y expresamos en esa oportunidad, el contenido del libro despertaría voces polémicas. El general (R) Dalmiro Videla Balaguer hizo conocer una síntesis de las memorias que tenía dispuesto publicar después de su muerte, y en donde se refiere a su participación en el movimiento militar de 1955 que derrocó al Presidente Juan Domingo Perón. TODO ES HISTORIA siempre tiene abiertas sus páginas para la polémica

constructiva, porque es una tribuna libre. A continuación damos a conocer el texto del general (R) Dalmiro Videla Balaguer, la respuesta de Marta y Eduardo Lonardi y la aclaración del coronel (R) Carlos A. Godoy. También se incluye, a pedido del general de brigada (R) Luis Leguizamón Martínez, la explicación que los altos mandos del Ejército dieron a los jefes y oficiales sobre las causas del proceso del 12 y 13 de noviembre de 1955. La explicación aludida se produjo a través del diálogo que registra el diario de guerra del comandante de la D.I.2, general de brigada (R) Leguizamón Martínez.

La posición del general (R) Dalmiro Videla Balaguer

"Me veo obligado —dice el Gral. Videla Balaguer— a romper el silencio que me había impuesto y procedo a adelantar una síntesis de mis memorias, suspendiendo las providencias que había tomado en 1959 en el sentido de que dichas memorias sólo se publicarían después de mi muerte."

En efecto, hasta hoy, nadie habrá visto o leído jamás una publicación mía reivindicando méritos o hechos personales.

Por el contrario, ya en 1956 mis camaradas de lucha —militares y civiles— me pidieron autorización, en su carácter de protagonistas y testigos, para desmentir y decir toda la verdad histórica sobre las actividades conspirativas y revolucionarias desde la rebelión de Río Cuarto hasta la culminación en Córdoba con el Défile de la Victoria.

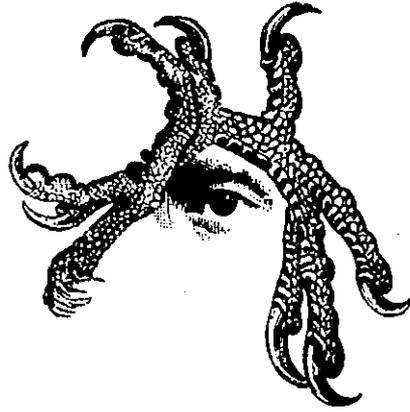
Agradecí tales gestos de caballeros bien nacidos, y prohibí en forma terminante publicar ninguna aclaración o desmentido hasta después de mi muerte. Consideré al respecto, serenamente, que en esa "época posrevolucionaria" la República tenía demasiados problemas, para reivindicar méritos personales. Agregando que lo fundamental era unir cada vez más, como hoy en día, a las Fuerzas Armadas entre sí y a la civilidad con ellas para bien de la Patria.

Asumo esta actitud, en homenaje a la verdad histórica y en resguardo del prestigio de mi jerarquía y el honor de mi nombre, que llevan también con dignidad mi esposa, mis hijos y mis nietos y que por generaciones nadie lo ha manchado:

"Antes de entrar en materia, me hago un deber como jefe revolucionario rendir ferviente homenaje a los doscientos muertos que con patriótico heroísmo ofrendaron sus vidas en aquellas épicas jornadas de 1955, que hago también extensivo con todo mi respeto a los protagonistas civiles y queridos camaradas de las tres Fuerzas Armadas fallecidos posteriormente".

Aclaración previa

"Falta a la verdad quien diga que he recibido la "medalla peronista" en los balcones de la Casa Rosada el 17 de octubre de 1951. No la recibí nunca ni allí, ni en ninguna parte. Ello puede probarlo quien quiera, ya que en cada oportunidad que se otorgaba la "medalla peronista" se publicaba indefectiblemente la nómina completa en todos los diarios; o bien, pi-



diendo información de la investigación que hizo el gobierno de la Revolución Libertadora sobre la "Orden de la Medalla Peronista" de los libros de actas y de su canciller el mayor Aloé.

"Dejo expresa constancia que en tal oportunidad (17-10-51) no me ascendieron ni condecoraron; como se puede comprobar en el Boletín Militar respectivo, ascendiendo al grado de general de brigada en diciembre de 1953".

La rebelión de Río Cuarto

Una revolución no se organiza ni se hace con posibilidades de éxito ni en tres días ni en tres meses.

Fui nombrado comandante de la 4a. Región Militar con asiento en Río Cuarto, asumiendo el 24 de febrero de 1954. La región tenía jurisdicción sobre cinco provincias (Córdoba, La Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis) lo que me permitió conocer en forma más completa el aspecto político y social del pueblo junto con la posibilidad de realizar con éxito la revolución.

Me empeñé asimismo en la reestructuración del Comando y de los distritos militares subordinados. Tomé contacto con todos los gobiernos de provincia y sus autoridades civiles, eclesíásticas y militares, sin comprometer la misión específica que me correspondía, de preparar la movilización general en caso de guerra. Traté de pulsar los verdaderos sentimientos de las autoridades y su fidelidad al régimen así como su patriotismo y fe cristiana.

Realicé siempre con vistas a la revolución, muchos ejercicios de movilización y seguridad territorial en las diversas provincias, hasta llegar al más importante de todos que efectué en la ciudad de Mendoza en julio de 1955. Participaron en él 13 generales, todos los comandos de tropa del 2º Ejército y demás organismos militares establecidos en jurisdicción de las cinco provincias nombradas y los delegados del Ministerio de Ejército y del Comando en Jefe y Estado Mayor General.

Mi segunda intención era comprobar personalmente en forma práctica y efectiva, con qué personal y elementos podía contar el día de la revolución, cuántos obstáculos se podrían interponer a mi decisión y la planificación para anularlos en un eventual avance de las tropas leales al Gobierno.

Seguí pues, en Río Cuarto, preparando con la mayor reserva el movimiento revolucionario. Se trabajó organizando células en todas las ciudades y pueblos, nombrando los respectivos jefes civiles, con los siguientes cometidos para cuando estallase la revolución: ocupar la Jefatura de Policía, radios, correos y comunicaciones y demás servicios públicos; proteger los bancos, petróleo y nafta, estaciones de ferrocarril, defender las iglesias y neutralizar a la CGT y todos los focos activistas peronistas existentes en cada zona.

Los grupos civiles de la Capital Federal y Gran Buenos Aires tomaron contacto conmigo en Río Cuarto y se dispuso que las unidades comprometidas de Ejército, Marina y Aeronáutica junto con los grupos civiles iniciarían la lucha inmediatamente que Córdoba se levantase en armas.

La revolución debía hacerse inmediatamente antes del 30 de septiembre de 1955, fecha fijada por el gobierno para la ratificación del convenio con la Compañía California Argentina de Petróleo del Estado de Delaware, que enajenaba gran parte de la Patagonia y concedía también bases, aeródromos y puerto libre a un consorcio extranjero.

El 31 de agosto de 1955 después de los graves acontecimientos

tos ocurridos en Buenos Aires por la renuncia del Presidente, huelga general, su posterior retiro y el discurso en el cual expresó las más graves amenazas, consideré que era "el hecho desencadenante" que esperábamos.

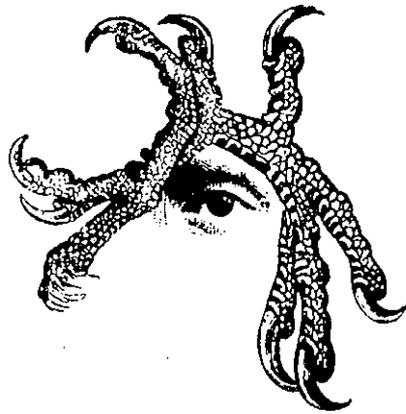
Terminado el mismo, reuni en mi despacho del Comando de Río Cuarto a todos los oficiales superiores, jefes, oficiales y suboficiales y les pregunté: ¿Alguno de ustedes no ha escuchado el discurso del Presidente? Me respondieron que sí, les hablé diciendo: "Los he reunido para comunicarles que no estoy de acuerdo con los conceptos vertidos en el mismo, por cuanto el Dictador ha asumido la suma del Poder Público, conculcando todas las libertades, ha permitido la quema de la Bandera y de los templos, violando la Constitución y las leyes y nos amenaza cinco por uno.

A mí me hicieron jurar la Constitución y el juramento decía 'cumplirla y hacerla cumplir'. Yo les pregunto quién la ha dejado de cumplir, ¿él o yo?.

Por lo tanto, desde este momento, me declaro en rebeldía. "El que no esté de acuerdo, dé un paso al frente". Solamente un teniente coronel retirado, jefe del Distrito Militar, y un suboficial mayor no estuvieron de acuerdo y por lo tanto ordené ponerlos presos de inmediato con centinela de vista.

Los delegados de mi Comando que en la mañana había mandado a Córdoba para coordinar la salida, no pudieron tomar contacto con las unidades comprometidas hasta altas horas de la noche, debido a las medidas de seguridad que se habían ordenado con motivo de los sucesos de Buenos Aires; por cuya razón dejamos la iniciación de la revolución para la noche del 2 al 3 de septiembre e hice llamar al señor coronel Arturo Ossorio Arana quien requerido por mí y no enviado por nadie, llegó a mi casa a la ciudad de Río Cuarto el día 2 de septiembre de 1955 a las 05.00 hs. en compañía del escribano don Héctor Carabba con quien había hablado personalmente la semana anterior, juntamente con el escribano don Juan Carlos Soldano Deheza.

Luego de intercambiar in-



formaciones sobre la situación general y la particular de Córdoba y Cuyo, le dije a Ossorio Arana que los oficiales comprometidos de la Escuela de Artillería me habían hecho llegar la sugestión de que querían que él fuera quien asumiera la Dirección de dicha Escuela, dado el alto prestigio de que gozaba este digno y valiente militar, quien siendo director de la misma, la dictadura lo había pasado a retiro.

Dado que ya no podía viajar hasta la noche, para no despertar mayores sospechas, di las instrucciones correspondientes, quedando con Ossorio Arana en que nos reuniríamos en Córdoba esa misma noche, viajando ellos de inmediato.

En la tarde recibí al emisario de San Luis, del General Arandía (2º Ejército) quien noble y valientemente se había comprometido con el movimiento.

A las 20 hs. de ese mismo día (2-9-55) el coronel Ossorio Arana me hizo comunicar a Río Cuarto desde Córdoba en forma cifrada, por intermedio del señor Fernández, de que la Revolución no se podía hacer hasta doce días después, por cuanto las unidades estaban acuarteladas para completar las maniobras interrumpidas.

Poco después recibí un llamado de mi cuñada la señorita Nidia Sánchez Ruiz, quien por una oportuna información del capitán Jorge A. Maradona, me anunciaba en clave que cinco generales venían a detenerme. Por cuya razón decidí abandonar Río Cuarto con mi Jefe

de Estado Mayor y los principales colaboradores, coronel Juan Bautista Picca, los tenientes coroneles Pablo Picasso y Carlos Alberto Carabba y el mayor Jorge Manuel Fernández Funes.

Debo decir, que gracias a la magnífica organización de los comandos civiles pudimos abandonar Río Cuarto sin dificultad alguna, pese a las medidas de la Policía.

Cabe destacar la inteligente, activa, eficaz y patriótica colaboración en la conspiración de Carabba y Fernández Funes, quienes permanentemente mantuvieron los contactos y nuevos enlaces, como del Dr. Guillermo Torres Fotheringham en la organización de los comandos civiles de Río Cuarto, Córdoba y Cuyo.

Fuimos a diversos lugares en la Provincia de Córdoba y luego pasamos a una estancia en La Toma en San Luis.

Primero envié con instrucciones al Sr. Iglesias y al Dr. Subirach a San Luis y luego al mayor Fernández Funes con una proclama a Córdoba indicándoles que debían esperar mi llegada porque la Revolución se realizaría entre el 15 y el 20 de ese mes de septiembre, agregando que era menester propalar en forma metódica y escalonada, que se nos había visto en la Patagonia o cruzando la cordillera por Mendoza o en Salta o que había pedido asilo en la Embajada del Perú o del Ecuador en Buenos Aires.

En la mañana del 5 hicimos una especie de Consejo de Guerra, hablé de la necesidad de separarnos y conseguí que aceptaran mi plan de que ellos se fueran a las Sierras de Córdoba y yo quedar solo para realizar una acción psicológica. Cambié varias veces de alojamiento. Hice propalar una nueva proclama en la cual decía que los días del tirano estaban contados y que mi Comando sólo había hecho un cambio de puesto, e inclusive conseguimos que las radios El Espectador y Carve de Montevideo propalaran parte de nuestra proclama, costándoles un castigo por pedido del Gobierno Argentino y la salida del embajador del Uruguay, Márquez Castro, declarado persona no grata por el dictador.

Otra proclama la envié con el padre Juan, de la Iglesia de La Toma, al obispo de San Luis monseñor Di Pasquo, quien la difundió manteniendo alerta el espíritu de todos los revolucionarios. No fue, pues, un fracaso, sino simplemente una espera activa de doce días para iniciar la revolución.

La noche del 11 al 12 entré a la ciudad de Córdoba con el señor Alejandro V. Iglesias, sorteando toda clase de peligros.

A las 14 hs. del día 12 tomé juramento a los comandos civiles en casa del Dr. Tristán Castellano.

A las 15 atravesé la ciudad de Córdoba para ir a la sierra, en donde estaban los jefes de mi Comando en una mina en desuso de los hermanos García Montaña, regresando todos a Córdoba el día 13 a la noche en dos automóviles, para realizar las reuniones que teníamos previstas para el día siguiente.

Primera entrevista con Lonardi

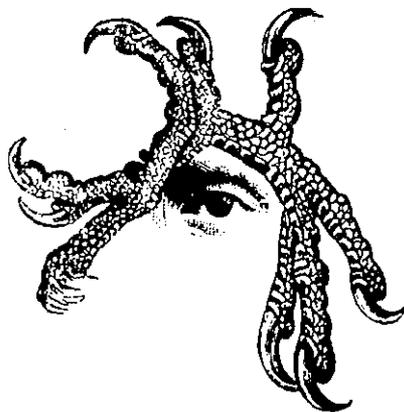
A las 08.00 hs. del día 14 de septiembre de 1955 en un tercer piso de la Avda. Olmos, de Córdoba, el comandante Landaburu, que debía presentarme al comodoro Krause, llevó a mi presencia en lugar de éste, al señor general Lonardi. Allí estaban conmigo el coronel Juan B. Picca, jefe de mi Estado Mayor Revolucionario y mi ayudante el mayor Jorge M. Fernández Funes.

Se entabló el siguiente diálogo: 'No salgo de mi sorpresa mi general, a qué debemos su inesperada visita'.

Respondió, 'Vengo a levantar Córdoba' y expuso su conocido plan de marchar sobre Rosario, donde se reunirían con Aramburu del N.E., Lagos de Cuyo y Uranga de Buenos Aires para marchar unidos sobre la Capital Federal.

Explicó a Lonardi que tal plan era utópico en su realización, dado que no iba a contar con las fuerzas necesarias. Que tanto Rosario, como Buenos Aires opondrían serias dificultades.

Continué diciéndole: "Sr. general Lonardi, aquí no nos queda otra alternativa que unirnos, y uno deberá subordinarse al otro; ésta es la última oportunidad para terminar con la tiranía. Usted conoce bien



los fracasos anteriores, por no estar debidamente unidos sus jefes y sus fuerzas. Usted es general de división, me lleva 10 años de antigüedad, ha sido mi profesor en la Escuela Superior de Guerra; lo lógico es que yo, que soy general de brigada me subordine a usted, pero me debo a mis subordinados militares y civiles que confían en mí, por lo tanto, señor general Lonardi, solamente me subordinaré a usted si acepta y jura cumplir: 1.— "Mi plan militar en síntesis levantar Córdoba y hacerse fuerte en ella y dejar que nos vengan a atacar. Efectuar sabotajes y hostigamientos a las unidades en marcha hacia Córdoba. 2.— "Mi plan político: Declarar Capital Provisional de la República a Córdoba. Mantener la Constitución del 49 suprimiendo por decreto todo cuanto se oponga a la tradición política argentina. Establecer juntas consultivas. 3.— "Las condiciones especiales a cumplir, por quien asuma la jefatura de la Revolución si está retirado no podrá volver a la actividad ni aceptar un nuevo grado, ni condecoraciones argentinas, ni obsequios de bienes. 4.— "Disposición especial." No podrá tomar medidas de gran trascendencia sin previa consulta con mi Comando. 5.— "Exigencias extraordinarias que se impone al militar que asuma la Presidencia Provisional de la República." —Deberá evidenciar en todos sus actos la máxima austeridad y dignidad en el cargo; y —al entregar el mando al nuevo Presidente Constitucional deberá irse voluntariamente del país.

Sólo me pidió que lo relevara de la obligación de dejar el país al entregar el mando al Presidente Constitucional "por cuanto le faltarian fuerzas para morir fuera de la Patria".

Luego prestó juramento y nos confundimos en un emocionado y apretado abrazo".

Segunda entrevista con Lonardi

Estando en casa del señor Bravo, en Saldán, cerca del Colegio La Salle, el día 15 de septiembre de 1955 a las 17.00 horas tuve la visita del general Lonardi con quien, y junto con todo mi Estado Mayor Revolucionario, tuvimos una prolongada reunión de más de dos horas. Además de ultimar todos los aspectos de la acción militar que se iniciaría a lo largo del día 16-9-55 en la Escuela de Artillería conforme habíamos convenido el día anterior. Le informamos que ya se había iniciado el llamado secreto para movilizar, de acuerdo con providencias tomadas con anterioridad en el Comando de nuestra Región Militar con mis colaboradores. Luego tocamos aspectos civiles de gobierno, coordinado todo el plan de la República".

La acción y toma de Córdoba

Esa noche del 15 al 16 de septiembre nos trasladamos a nuestro Primer Puesto de Comando en la ciudad de Córdoba en la casa del Dr. Guillermo Saravia; luego, según las previsiones tomadas, nos trasladamos al consultorio del Dr. Tello y finalmente, de madrugada, a la casa del Dr. Tristán Castellano. El valiente entusiasmo de los grupos civiles era tan grande, que les hizo descuidar elementales medidas de discreción y seguridad, que alentó a la Policía y servicios de inteligencia, delatando sin querer nuestro puesto de la calle Lavalleja en Alta Córdoba.

Estando sitiados allí por fuerzas policiales superiores y después de intenso tiroteo conseguí hablar por teléfono con el comodoro Krause quien envió de inmediato una compañía al mando del capitán Bravo quien prestamente rompió el cerco y nos llevó a todos a la Escuela de Artillería.

Allí después de hablarles por pedido de Lonardi a todos los oficiales prisioneros; presenciamos con el general Lonardi el desfile, sin armas, de la Escuela de Infantería.

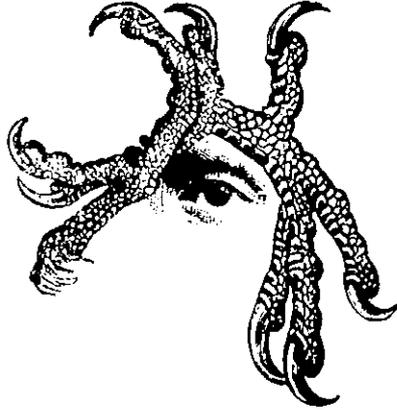
Luego reuní los pocos efectivos militares disponibles allí, y nutridos grupos de comandos civiles armados y marchamos a tomar Córdoba.

A continuación transcribo textualmente el documento oficial, cuya copia fotográfica adjunto, firmado el 15 de octubre de 1956 por el ministro de Ejército, general Don Arturo Ossorio Arana, que me releva de hacer ningún comentario sobre tal operación militar: "Destacado general, ha tenido un brillante comportamiento en los sucesos revolucionarios del 16 de septiembre de 1955 habiendo sido él, al frente de los grupos revolucionarios civiles y tropas, quien tomó la ciudad de Córdoba, poniendo en evidencia un gran patriotismo, valor individual rayano en la temeridad y una gran inteligencia y decisión en la operación que dirigía. Sabe de renunciamentos y actualmente se desempeña como embajador extraordinario y plenipotenciario en Italia".

La comunicación de abandonar Córdoba

El día 18/9/55 en la mañana visité a Lonardi en la Escuela Militar de Aviación, ante mi pedido, prometió enviarme dos baterías de artillería y munición de infantería.

A las 17 hs. de ese mismo día se me presentó a mi Comando instalado en el Palacio de Justicia, el señor coronel Don Carlos A. Godoy y en presencia del coronel Picca, teniente coronel Carabba, teniente coronel Domingo Roggero, teniente coronel Picasso, comandante De La Vega y el mayor Fernández Funes, me comunicó de parte del señor general Lonardi "que no me podía enviar ni la artillería, ni la munición prometida en la mañana. Y por el contrario deseaba que no bien obscureciera abandonara Córdoba retirando todos los efectivos que pudiera y los llevara por el único camino libre a La Calera, antes que las numerosas tropas que rodeaban a la ciudad cerraran el cerco".



Contesté rotundamente que no lo haría, pues abandonar Córdoba era perder definitivamente la Revolución".

Enterado Lonardi de mi decisión avalada por todo mi Estado Mayor, me llamó por teléfono y me dijo: "Videla, van a morir todos. Usted está rodeado por once regimientos y la munición es poca. Hágame caso, abandone al oscurecer".

Respondo: "Mi general no oye los comunicados oficiales que permanentemente dicen por radio: el ex general Videla Balaguer se ha fugado a la sierra, las tropas leales son recibidas con flores y están haciendo las últimas operaciones de limpieza en Córdoba."

"Abandonar Córdoba significa perder la Revolución y darles el gusto", añadí yo.

Además, le recuerdo, Lonardi, que a todos los jefes, oficiales, suboficiales y jefes de Comandos Civiles, personalmente les he tomado juramento de "Triunfar o morir y no hay retirada ni exilio". Por lo tanto si yo he tomado tal juramento, comprenda que no puedo ordenar la retirada".

Bueno, me dice Lonardi, si usted Videla quiere morir, que Dios lo ayude".

Le respondí: "Mi general, voy a hablar por radio a Córdoba y a todo el pueblo de la República".

Haga lo que usted quiera, ya está todo perdido. Buenas noches, fue su contestación".

De inmediato hice que la radio La Voz de la Libertad propalase cada cinco minutos que yo iba a diri-

gir un mensaje desde mi puesto de combate en la ciudad de Córdoba.

Cuando hablaron de Mendoza, Salta, Rosario, Bahía Blanca y Buenos Aires, que esperaban mi mensaje, hablé alrededor de las 20. Luego que el locutor de La Voz de la Libertad anunció que el general Videla Balaguer hablará desde su puesto de combate dentro de la ciudad de Córdoba, tomé el teléfono e improvisando dije:

"Miente el tirano, dice que yo me he fugado a la sierra, y todo el pueblo de Córdoba me ha visto durante el día y la noche recorriendo los puestos de nuestras avanzadas. Miente que las tropas están haciendo las últimas operaciones de limpieza.

"Córdoba no se entrega ni se rinde. Cada casa será como un Alcázar de Toledo".

Más adelante, pedi que donde hubiera tropas leales al régimen, pusieran las radios en los balcones para que me oyeran. Les dije: "He ordenado hacer alto el fuego porque no quiero derramar más sangre de hermanos. Estamos triunfantes porque: **Esta es la causa que Dios defiende, porque es la causa de la Patria**", como dijo San Martín en Lima".

En nombre del Comando Revolucionario cuya Jefatura ejerce el señor general de división don Eduardo Lonardi los invito a deponer las armas y mañana todos juntos celebraremos una misa de acción de gracias a la Virgen Generala por el triunfo de la Patria".

Al día siguiente 19-9-55 al mediodía, cuando nadie lo esperaba, el ministro Lucero pidió una tregua de 24 horas y ofreció la renuncia de Perón y de todo su gabinete, anunciando que se constituiría una junta con generales más antiguos".

El pueblo cuando se enteró se volcó entusiasmado a la calle".

Pero cerca de las 8 de la mañana siguiente, el Cnel. Ossorio Arana me llama urgente por teléfono y me dice: "Venga urgente, que aquí están por parlamentar con la junta de generales formada en Buenos Aires".

"Me voy inmediatamente con Picca y Fernández Funes. Al llegar al despacho de la Escuela Militar de Aviación salía en ese preciso momento con un portafolio bajo el

brazo el mayor Guevara. Al preguntarle dónde iba, respondió "que a parlamentar con la referida junta de generales de Buenos Aires". Le dije "adentro, nadie parlamentarará".

Entramos todos al despacho. Allí estaban con Lonardi, el general Lagos, Cuarenta, Beberina, el comodoro Krause y un civil que conocí posteriormente".

Dije a Lonardi: "Cómo es que se va a parlamentar sin haberme consultado". Videla me dijo: "No lo consulté porque no nos queda otra cosa que hacer en esta situación, para salvar algo". Respondí: "No salvaremos nada y lo perderemos todo. Exijo de inmediato un ultimátum". Pero Videla, dijeron todos, 'no estamos en fuerza'. Respondí, 'no se dan cuenta que esto es una treta de Perón para ganar tiempo, para reorganizar sus fuerzas y tener la noche para avanzar los tanques concentrados en Río Cuarto, ya que no cuenta con nada de aviación para poder moverlos de día".

"Por otra parte, ¿quién ha pedido la tregua, él o nosotros? Si ellos la pidieron el factor moral está de nuestro lado".

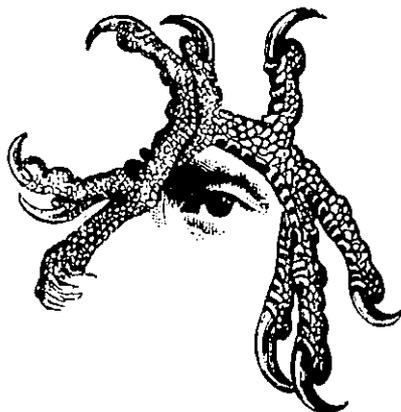
"Comodoro Krause, ¿a qué hora podría bombardear Río Cuarto? Krause me contesta luego de medir sobre la carta diciendo: 'Mi general, tenemos que ir a cargar bombas a Espora. Si se da la orden, a las 13 podemos estar sobre el objetivo señalado".

Entonces digo: ayudante escriba: 'A la Junta de Generales. Si antes de las 13 de hoy 20 de septiembre de 1955 el presidente no ha hecho renuncia efectiva de su cargo y esa Junta de Generales no se ha disuelto se reanudarán las hostilidades a las 13".

"Todos dijeron, "eso no se puede hacer". Entonces le reiteré a Lonardi y le dije, con amable firmeza, "si no lo firma usted, lo firmaré yo".

"Entonces me responde, "le pido Videla que nos conceda 10 minutos para conferenciar con todo mi Estado Mayor".

"Antes de los 8 minutos volvió y me dijo, "sí, lo voy a firmar". Lo firmó e impartió la orden a la aviación. El coronel Picca lo transmitió por teléfono, al general más



antiguo de la Junta.

"El mayor Fernández Funes, por radio, al Comando en Jefe del Ejército, y un capitán lo transmitió por radiograma al Estado Mayor General del Ejército.

A las 11.30 hs. recibimos sendos telegramas, a Lonardi, en la Escuela Militar de Aviación; al almirante Rojas, en alta mar, y a mí, en la Casa de Gobierno. El texto decía: "El Presidente ha hecho renuncia efectiva de su cargo y se ha asilado en la embajada paraguaya y esta Junta se ha disuelto.

Termino esta primera parte, que se publica hoy, dejando constancia, que por razones de espacio he tenido que sintetizar, suprimiendo nombres, testimonios y anécdotas, a la par que apreciaciones y comentarios importantes sobre aspectos militares y políticos.

Finalmente, me hago un deber manifestar la calidad humana y moral de nuestro pueblo, que destaco para ejemplo de la juventud, y digo que el éxito no habría sido posible, si no hubiéramos contado, **con un selecto grupo de patriotas** consustanciados con la libertad — militares, civiles, mujeres y jóvenes— creyentes en Dios y **en su inexorable justicia**, unido a un recto sentido del deber y de la dignidad personal y nacional, como la clara consigna impuesta de "triunfar o morir" para terminar con la corrupción y el latrocinio encaramado en el poder y restituir la dignidad de la persona humana, la libertad y los valores esenciales

de la argentinidad conculcados por la tiranía.

Por último corresponde que deje también expresa constancia:

1.— "Que lo expuesto es una escueta y objetiva narración de los hechos que me tocó vivir y que efectúo solamente por respeto a la verdad histórica.

2.— "Que no entablaré polémica y que me reservo el derecho de iniciar las pertinentes acciones legales que correspondan.

3.— "Que publicaciones como la que ha dado lugar a romper mi silencio de tantos años, menoscaban la ilustre figura indiscutible del señor teniente general don Eduardo Lonardi".

Respuesta de Eduardo y Marta Lonardi

El libro "Mi padre y la revolución del 55" ha tenido la virtud de decidir al general Dalmiro Videla Balaguer a publicar prematuramente una síntesis de sus memorias, guardadas celosamente para ser dadas a conocer después de su muerte, y, desde luego, de la de todos sus contemporáneos que pudieran contradecirlo.

En esa síntesis el señor general exalta su propio heroísmo que él juzga determinante del movimiento de septiembre y de su triunfo, y con desenfado exhibe a Lonardi como un general vacilante que le arrebató el éxito por una simple razón de jerarquía.

Pasamos a contestarle en los aspectos más importantes, pero antes señalamos que el general Videla Balaguer cuando afirma: "En efecto, hasta hoy, nadie habrá visto o leído jamás una publicación mía reivindicando méritos o hechos personales", parece ha-

ber olvidado sus declaraciones del 24-3-55, y las que le atribuyeron diarios del exterior.

“La medalla peronista”

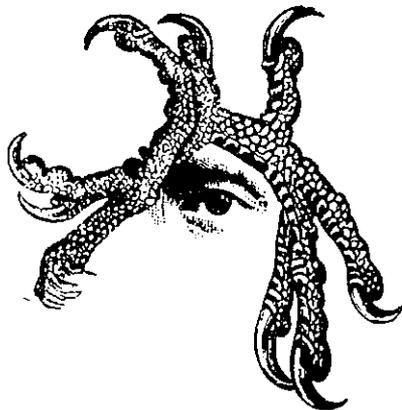
El 17 de octubre de 1951, se realizó en la plaza San Martín un acto en el que las Fuerzas Armadas rindieron homenaje al pueblo argentino, en razón del “agravio” a sus derechos soberanos inferido por el movimiento subversivo del general Menéndez. En el transcurso de este acto, de transparente significación política, el general Perón, en su carácter de comandante en jefe de todas las fuerzas militares, repartió ascensos, condecoraciones y felicitaciones a los jefes, oficiales y suboficiales que sobresalieron en la represión de los revolucionarios. Al entonces coronel Dalmiro Videla Balaguer, a la sazón director del Liceo Militar General San Martín, le tocó en el reparto de honores una expresiva felicitación por su “lealtad y decisión, y por el celo y rapidez con que cumpliera las órdenes recibidas” (ver: legajo del señor general: Orden General N° 1 del 17-851).

En ese mismo acto cívico militar, la CGT entregó medallas alusivas a todos los premiados, entre ellos, al entonces coronel don Dalmiro Videla Balaguer (Ver: diarios La Nación y Clarín del 18 de setiembre de 1951).

Este singular distintivo mereció siempre el calificativo de peronista porque exaltaba en su interversable significación política la adhesión y fidelidad al régimen de Perón. Cualquier duda la disipa el fundamento del premio, expresado en los considerandos de la resolución de la CGT, en cuanto dicen que se otorga la medalla “a los que hicieron fije a su honor y responsabilidad en la custodia de la Patria y su respeto a las instituciones constituidas y al justicialismo encarnado en las figuras del Exmo. señor presidente Juan Perón y su ilustre esposa, señora Eva Perón”.

“La rebelión de Río IV”

Es exacto que el general Dalmiro Videla Balaguer inició una conspiración por su cuenta desde el Comando de la IV Región Militar,



con sede en Río IV, como es verdad que esa conspiración terminó en una rápida fuga, como lo reconoce el señor general. Es del caso aclarar que este comando tenía jurisdicción únicamente sobre distritos militares, cuyas funciones son de carácter administrativo y no cuentan, por lo tanto, con ninguna fuerza combativa. Es cierto también que el general Videla Balaguer en un acto temerario intentó sublevar la Escuela de Artillería en la noche del 31 de agosto de 1955, pero tropezó con la negativa de los oficiales porque, aparte de estar comprometidos en la conspiración de Aramburu, y consiguientemente, con Lonardi y Ossorio Arana, no tenían mucha confianza en este general que ostentaba frondosos antecedentes peronistas (Ver: “Dios es Justo”, pág. 32; Franklin Lucero, “El precio de la lealtad”, pág. 127).

Antes de la fuga, según nos dice el general Videla Balaguer, “... se dispuso que unidades comprometidas de Ejército, Marina y Aeronáutica junto con los grupos civiles iniciarían la lucha inmediatamente que Córdoba se levantara en armas”. Esta afirmación en la que se elude cuidadosamente mencionar las unidades comprometidas, el nombre de sus jefes, y sobre todo, la fuerza militar que había aceptado su comando para levantarse en armas en Córdoba, le permite al señor general desarrollar su viciado discurso en favor de su tesis que proclama

que desde “la rebelión de Río IV hasta el desfile de la victoria” hay una continuidad de hechos entrelazados en relación causal con su férrea voluntad guerrera. Aparece irrecusable la poca seriedad científica del método utilizado.

“Primera entrevista con Lonardi”

El día 14 de setiembre el general Lonardi se entrevistó, efectivamente, con el general Videla Balaguer, a ruego del señor Fernández Astrada. En esa entrevista Videla Balaguer se subordinó a la autoridad de Lonardi, como no podía ser de otra manera, y se le dio la misión de comandar los grupos civiles que actuarían en la ciudad de Córdoba una vez estallada la revolución militar. Es posible que hayan cambiado ideas sobre los acontecimientos que se precipitaban, como es grotesco suponer que el general Lonardi se aviniera a prestar juramento de cumplir directivas de un inferior jerárquico, prófugo y desprovisto totalmente de apoyo militar, y de quien tenía referencias políticas poco recomendables. Conociendo a nuestro padre, podemos afirmar que si el general Videla Balaguer hubiera presentado la insolente exigencia del juramento, la entrevista hubiera terminado de manera poco cordial. No era nuestro padre proclive a tolerar menoscabos a su dignidad, menos de un subalterno que recibió premios mientras él enfrentaba derechamente la dictadura.

“La comunicación de abandonar Córdoba”

De este farragoso capítulo de las memorias del señor general, solamente nos interesa la afirmación de que el general Lonardi le transmitió la orden telefónica de abandonar la ciudad de Córdoba. El menos avisado se da cuenta de que es pueril hacer hablar, a solas, a quien está muerto y no puede, naturalmente, contestar el infundio. En contraposición están los numerosos testimonios recogidos en nuestros libros que muestran a Lonardi dispuesto a luchar hasta el fin; y esto que está

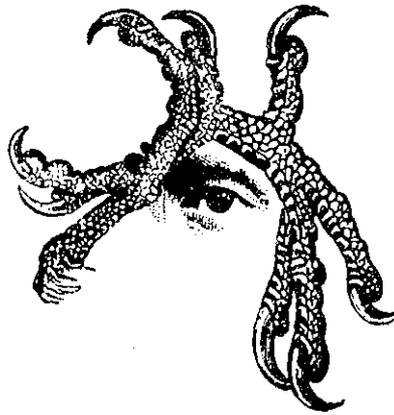
probado de modo irrecusable no se compagina con la versión solitaria del señor general. Hiere el buen sentido suponer que el general Lonardi haya aconsejado a un subordinado lo que él consideraba indigno de un soldado. "Jamás abandonaré en momentos de peligro a mis camaradas de Córdoba, aunque en ello vaya mi vida", le dijo el general Lonardi al general Lagos cuando éste lo invitó a trasladarse a Mendoza, y esa norma de conducta la transmitió a todos sus subordinados, como lo pueden atestiguar todos los que estuvieron a su lado.

"Tratativas con la Junta Militar"

El señor general reclama el mérito de la estrategia seguida en las negociaciones con la Junta Militar, que él impone con "firmeza y amabilidad" haciéndose presente en el comando de Lonardi, el día 20 de setiembre en horas de la mañana. Pero el caso es que esa estrategia estaba definida el día anterior, 19 de setiembre, como lo prueban las comunicaciones intercambiadas entre el general Lonardi y el almirante Rojas (Ver: documentación reproducida en "Dios es Justo", y la que obra en el Comando en Jefe del Ejército).

"Consideraciones finales"

Con el atendible propósito de defender su honor y prestigio de su grado —que nadie ha puesto en tela de juicio, como tampoco su contribución al éxito revolucionario, a pesar de sus errores— con verdades a medias, citando a testigos ya desaparecidos, haciendo hablar a solas a los que están muertos, con afirmaciones generales en las que se elude la precisión de personas, tiempo y lugares, ha creído enaltecer su actuación en la Revolución Libertadora menoscabando la personalidad de nuestro padre con una historia extraña, como es extraña su reacción actual, porque lo que se afirma en "Mi padre y la revolución del 55" ya se dijo con todas las letras en "Dios es Justo", hace 22 años, cuando los que tenían la obligación de hablar se callaron, entre ellos, el señor general Videla



Balaguer, tal vez esperando que el tiempo diluyera las pruebas y la memoria histórica".

Aclaración del coronel (R) Carlos A. Godoy

En razón de haber sido citado en un artículo publicado el 23 de diciembre de 1980, por el general D. Dalmiro F. Videla Balaguer, así como también en el libro 'Dios es justo', y más recientemente en 'Mi padre y la Revolución del 55', cumplo con el deber de exponer sobre los hechos de setiembre de 1955, en los que me cupo participar como 2º jefe del Regimiento Escuela de Artillería, designado en ese cargo por el general D. Eduardo Lonardi. (Ver Dios es justo, pág. 93).

Tomo esta decisión sin otro objeto que contribuir a la verdad

histórica que no puede ser fruto de rencores, que sólo generan agravios y contradicciones, sino en un simple acto de servicio a la patria, porque es con las lecciones que deja el pasado con las que se debe construir el presente.

Es por eso que quiero ratificar aquí lo expresado por el general Videla Balaguer, en lo que hace a mi intervención del 18 de setiembre de 1955. En efecto, ese día, en horas de la tarde, recibí en la Escuela de Aviación Militar, en presencia del entonces coronel D. Francisco Zerda, la orden del general D. Eduardo Lonardi, de trasladarme a Córdoba y comunicarle al general Videla Balaguer que era imposible enviarle la munición y las dos piezas de artillería requeridas por él para defender la ciudad.

Por el contrario, debía abandonar la ciudad por el único camino libre a La Calera, antes de que se cerrase el cerco que tropas leales al gobierno del general Perón estaban tendiendo sobre la ciudad. A las 17 de esa misma tarde, tomé contacto con el general Videla Balaguer en su puesto de comando, en Córdoba y le transmití la orden referida.

La contestación del general merece un párrafo especial, del cual quiero dejar expresa constancia para ejemplo de los jóvenes oficiales de nuestro querido Ejército. Fue la contestación de un hombre de honor, dispuesto a morir por su causa en pos de la victoria y que en ese momento recibía una orden que lo podía poner a salvo, en circunstancias sumamente difíciles para las armas de la Revolución. La contestación, efectuada en presencia de los entonces coronel Picca y mayor Fernández, y de otros jefes y oficiales, fue la siguiente: "Comunique al señor general Lonardi que no abandonaré la ciudad de Córdoba; hacerlo sería perder definitivamente la Revolución. El enemigo, antes de tomar la ciudad de Córdoba, tendrá que pasar sobre mi cadáver".

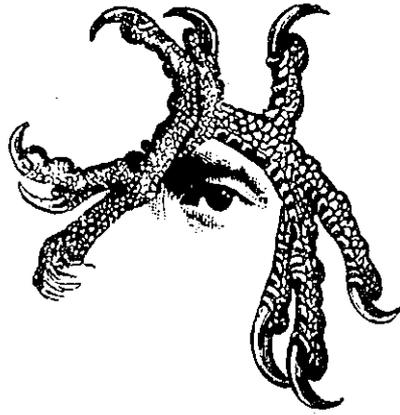
Esa firme actitud era compartida por todos los jefes y oficiales que componían el comando del general Videla Balaguer. También era el sentir de los heroicos comandos civiles cordobeses, hombres y mujeres que con tanto

sacrificio seguían resistiendo a un enemigo bien pertrechado y numéricamente superior. (11 regimientos).

Cuando regresé a la Escuela de Aviación Militar con la respuesta del general Videla Balaguer, se produjo la comunicación telefónica que narra el general en su artículo del 23 de diciembre último.

Quiero aclarar que la orden del general Lonardi respondía a un plan estratégico para continuar la lucha en Cuyo, ante la difícil situación que se presentaba en toda Córdoba.

Para finalizar, creo necesario, luego de 25 años, hacer una reflexión: no es con actitudes mezquinas, donde se ensalza a unos y se menoscaba a otros, como podremos elevar a quienes ya están en el bronce y merecen nuestra gratitud, sino, por el contrario, con actitudes generosas y justas, dignas del ejemplo que nos dejara aquel jefe y caballero sin tacha que fue el teniente general D. Eduardo Lonardi.



Al: Comandante de la 2. División de Infantería Coronel Luis Leguizamón Martínez:

General Lagos: "Aquí General Lagos Comandante en Jefe del Ejército.

Coronel Leguizamón Martínez: "Aquí Coronel Leguizamón Martínez. Comandante de la D.I.2."

General Lagos: "Coronel Leguizamón Martínez, me reconoce la voz.

Coronel Leguizamón Martínez: "Le reconozco su voz, mi General"

General Lagos: "Ha ido a su comando o alguna unidad de su comando, jefe u oficial invocando la autoridad del General Bengoa?"

Coronel Leguizamón Martínez: "Nadie, mi general".

General Lagos: "Le imparto la siguiente orden: (tome nota personal): "En estos momentos, a raíz del nombramiento del Dr. de Pablo Pardo como Ministro del Interior se ha producido un enfrentamiento entre el Señor Presidente General Lonardi y las fuerzas armadas representados por las más altas jerarquías. Esta crisis está en plena evolución. Desde este momento Ud. queda subordinado a este comando en Jefe y mantendrá contacto permanente con sus unidades. — "Necesita alguna aclaración?" —

Coronel Leguizamón Martínez: He entendido perfectamente mi General —Le solicito autorización

para trasladar un Comando adelantado en el Batallón de Comunicaciones 2 en City Bell pues allí tengo mejor comunicación con el Comando en Jefe y unidades dependientes".

General Lagos: "Concedida. Está alerta y buenas noches"

Coronel Leguizamón Martínez: "Buenas noches mi General"

Día: 13 de noviembre de 1955; **hora:** 13.00 hs. **Constancia de comunicación telefónica entre el Comandante en Jefe del Ejército General de División D. Julio A. Lagos y el Comandante de la Segunda División de Infantería Coronel Luis Leguizamón Martínez en su Comando instalado en el Batallón de Comunicaciones 2. (City Bell).**

General Lagos: "Le informo que, aproximadamente a las 10.00 horas los ministros de Ejército General Ossorio Arana; de Marina Almirante Hartung y de Aeronáutica Brigadier Abrahin le han pedido, en nombre de las fuerzas armadas, la renuncia al Presidente General Lonardi. Este acató el pedido de las fuerzas armadas prometiendo enviarla por escrito.

Reunidos los altos mandos de las tres fuerzas han elegido para su reemplazo al General de División Pedro Eugenio Aramburu, quien jurará como Presidente Provisional de la Nación a las 17.00 horas. Efectúe las comunicaciones y reuniones en el asiento de su comando hasta mañana (14-XX-1955) a las 08.00 horas en que se presentará en este comando en jefe para recibir órdenes. Ha entendido? — Alguna aclaración? —"

Coronel Leguizamón Martínez: "He entendido mi General. No necesito ninguna aclaración.

Actividades desarrolladas por el Comandante de la D.I.2 entre las 13.00 horas y las 15.00 horas.

Hora 13.05.

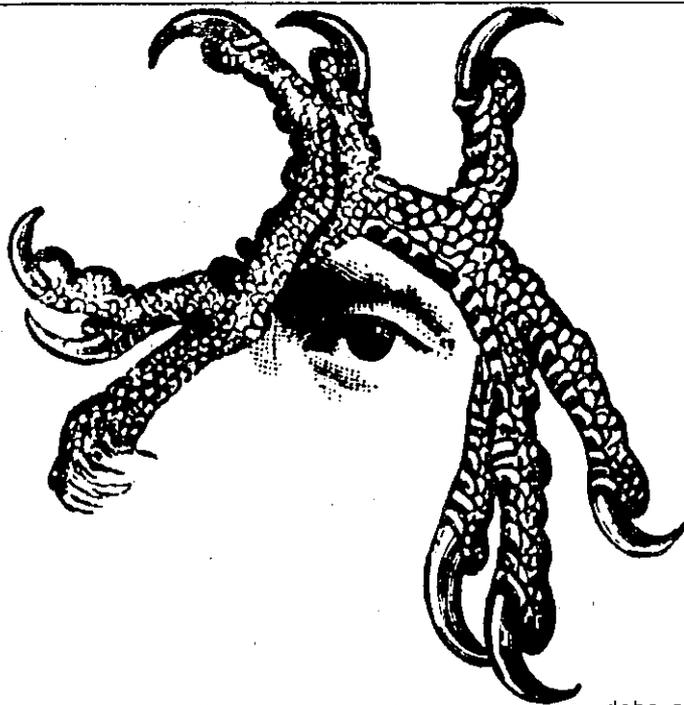
Ordena a su ayudante, el Capitán Juan Alberto Pita que trasmita la orden a todo el personal del comando de la división que a las 14.00 horas se encuentre en la sede del comando para asistir a una reunión de oficiales. Habla, telefónicamente, con el Teniente Coronel Carlos M. Berrotarán, jefe del Regimiento 2 de Artillería (Azul) trasmitiéndole el informe recibido

Un testimonio acerca de los sucesos de noviembre/55

DIARIO DE GUERRA DEL COMANDANTE DE LA D.I.2.

Día: 12 de noviembre de 1955; **hora:** 23.55. **Constancia de orden verbal transmitida telefónicamente:**

Del: Comandante en Jefe del Ejército General de División Don Julio A. Lagos;



del Comandante en Jefe del Ejército; con el Teniente Coronel Oigimer Silva Ballbé, jefe del regimiento 6 de infantería (Mercedes), con igual fin; con el jefe del regimiento 5 de infantería (Bahía Blanca) Teniente Coronel Rodríguez Spuch, con igual fin; con el Teniente Coronel Raúl Olalla, jefe de la Agrupación "San Nicolás" con la misma finalidad.

Hora 14.00

Se realiza la reunión de jefes y oficiales en la sede del Comando. D.I.2. con asiento en la ciudad de La Plata y zona de influencia:

Concurren: El Jefe de E.M. de la división Coronel José Piñeiro; Jefe de Operaciones Teniente Coronel Alfonso Rodríguez; Mayor Arturo Lebrero; Mayor Juan José Palladino; Capitán Of. E.M. Luis Rosas Mendez; Capitán Of. E.M. Otto Palladino, Jefe del Regimiento 7 de infantería Tcnl. Fabbro; Jefe del Batallón de Comunicaciones 2, Mayor Enrique García Maiztegui, el capitán Juan Alberto Pita, ayudante del Comandante de la División y los oficiales del R.I.7 y del B.Com.2 que se encontraban en la ciudad de LA PLATA en esos momentos de un día domingo.

Día: 14 de noviembre de 1980;
lugar: Comando en Jefe del Ejército y **hora:** 08.00 hs.

General Lagos: "Lo he citado, Coronel, para interiorizarlo en lo fundamental. del desarrollo de los acontecimientos que determinaron el nombramiento del General Aramburu como Presidente Provisional de la Nación. Desde que el General Lonardi enfermó y fue internado en el Sanatorio Otamendi y Miroli, la actitud de éste con sus ministros fue muy esquiva. Lo que decía a la mañana, lo cambiaba cuando volvía de la quinta de Olivos. Así por ejemplo, a la mañana estaba de acuerdo con disolver las estructuras totalitarias, fundamentalmente el partido peronista y la C.G.T. con un ordenamiento facista y a la tarde consideraba que no había llegado el momento oportuno. Esta actitud traía una gran contrariedad en los altos mandos incluso en mi espíritu. Este malestar se agravó considerablemente cuando el general Lonardi le entregó al Dr. Busso, Ministro del Interior un decreto nombrándolo al Dr. Clemente Villada "Asesor-General de la Presidencia" con atribuciones totalitarias y por lo tanto contrarias a la Constitución Nacional. Al no aceptar, el General Lonardi, dejar sin efecto la designación del Dr. de Pablo Pardo y el alejamiento del Dr. Villada de toda función pública para evitar su influencia nefasta en el Gobierno, hizo insostenible su situación". Aclaró el General Lagos que me

daba esa información porque, dada la distancia de La Plata a El Palomar, era innecesaria mi presencia en la reunión que al efecto se iba a realizar en el Colegio Militar de la Nación, con lo que dio por terminada la entrevista.

Hora: 10.00 hs.

Reunión: en el asiento del Cte D.I.2

Concurren: El Coronel José E. Piñeiro, J.E.M. del Cdo., Teniente Coronel Alfonso Rodríguez, Jefe de Operaciones, el Capitán Juan A. Pita, Ayudante del Cte. D.I.2; los Jefes del R.I.7 Teniente Coronel Fabbro y el J. Com. 2 Mayor García Maiztegui.

Preside: El Comandante de la División.

Objeto: Enterarlo de la conversación tenida con el Comandante en Jefe del Ejército, Teniente General Julio A. Lagos.

Resultado: Luego de oído el Cte de la D.I.2, éste interrogó a los Jefes de Unidades si tenían que hacer alguna aclaración o si tenían alguna duda. Ninguno planteó inquietud alguna, tras lo cual recibieron la orden de comunicar, con la máxima cautela y respeto la información que habían recibido. Con lo que se dio por terminada la reunión, siendo aproximadamente las 11.00 .

Miscelánea universal

por Salvador Ferla

"Cuántas veces llega para predicar el dominico San Vicente Ferrer, salen a recibirlo cantando sus alabanzas, el pueblo, los magistrados, el clero, y hasta los obispos y preladados de todas las ciudades. Los nobles se sienten honrados en llevar de las riendas las mulas de los santos. Hombres de inmensa fortuna lo dejan todo por seguir a un predicador; y para demostrar su disposición de traducir en acto sus recomendaciones, la muchedumbre encendía piras en las que quemaba todos los objetos de lujo y vanidad." (Huizinga, "El otoño de la Edad Media").

Reflexión: actitudes impensables en nuestro tiempo. ¿Quién después de escuchar a un moralista elocuente, va a quemar el auto, la heladera y la T.V. color?... ¿Quién va a tirar a la basura por la elocuencia de un fraile los dólares, los Valores Nacionales Ajustables y los certificados de depósitos a plazo fijo?... Una muchedumbre peregrinó no hace mucho a Uruguayana, para comprar a precios módicos sofisticados objetos de lujo y vanidad. Y de encenderse hoy piras como las de entonces, sería para quemar en ellas todas las enseñanzas morales.

Sin embargo, es probable que la actual sobrevaloración del goce, el confort y el esparcimiento, tenga su raíz en aquellos arrebatados místicos con su desprecio total del mundo y los bienes materiales, en virtud del juego dialéctico de las perspectivas históricas. Entonces lo recomendable no

es retornar al otro extremo de la antítesis, perpetuándola, sino aprender a darle a los bienes materiales su justo valor, sin dejarse absorber por ellos, sin creerlos el fin de la vida. No hay que eliminar el consumo sino el consumismo. Un consumismo que en los términos de "progreso indefinido" en que está planteado, ni nuestra civilización, ni ninguna otra puede satisfacer.

Tan antiguo como el hombre

Hay historias que son antiquísimas. Como esta: "Después de la guerra civil Augusto era el hombre más rico del Imperio y no se sa-

be como adquirió su asombrosa riqueza; además nadie tuvo la imprudencia de preguntárselo. En aquellos calamitosos años ningún jefe revolucionario observaba cuidadosamente los límites entre la propiedad privada y la pública. (¡Que cosa!) La posesión de esta inmensa riqueza permitió a Augusto encontrar un nuevo medio para hacerse indispensable al Estado; más de una vez acudió en socorro de la tesorería a petición del Senado." (M. Rostovtzeff, "Roma de los orígenes a la última crisis")

La maldad natural

"La isla de Chio estaba dividida en dos facciones.



Onomademo, jefe de una de ellas venció a la otra. Entonces todos le aconsejaron que desterrara a sus enemigos. "No, —dijo Onomademo— *"Debo conservarlos para tener sobre quien ejercer la maldad natural"*. (Del periódico "El Centinela" de Buenos Aires, 1823)

La idea no es tan espantosa como parece, y hasta me animaría a proponerla. Siempre que nos garantizaran que reservando un pequeño sector social sobre quienes, los que gobiernan pudieran ejercer "su maldad natural" el resto gozáramos de todos los derechos que desde hace más de cien años nos promete la Constitución.

Deficiencia de lo importado

"En vísperas de Cepeda, al saber que Mitre estaba estudiando tácticas más o menos napoleónicas, el veterano Hornos exclamó compungido: "Si el general en jefe quiere ganarle a Urquiza a la europea, *terminará disparando a la criolla*." (Citado en "Pro y contra de Sarmiento", de Luis A. Murray)

Conmemoración festiva

Algunos argentinos suelen criticar que *ahora* todo lo festejamos y lo conmemoramos *comiendo*. El bautismo y el 9 de julio; la primera comunión y el primero de mayo. *Ahora*. ¿Y antes?... Bueno, antes parece haber sido *peor*, a juzgar por esta noticia que publicó "El Centinela" en

su edición del domingo 22 de junio de 1823, referida al aniversario de la muerte del general Belgrano: "El día 20 se reunieron en la fonda inglesa los amigos de aquel general en un *suntuoso banquete*. La sala del convite estaba adornada con el retrato del general y con la bandera de los Estados libres de América. La concurrencia fue numerosa y lucida, y algunos extranjeros concurren a celebrar con respeto la memoria de un hombre que tanto contribuyera a la libertad de esta parte del mundo. La mesa fue presidida por el Sr. Rivadavia, ministro de gobierno y especial amigo del general Belgrano; la vicepresidencia fue ocupada por el Dr. García, ministro de Hacienda. No nos ha sido posible hasta ahora obtener una colección de los brindis que se dijeron en el *banquete*, ni la redacción de la alocución que pronunció el presidente al empezarse aquéllos." (Como se ve, un homenaje sino oficial, oficioso). Esto de conmemorar comiendo me parece una manera de darle vida al ausente y de aceptar la muerte como un hecho absolutamente natural. En definitiva, es una exageración profana de la liturgia del pan, establecida por Jesucristo. En este caso al pan se le agrega el postre, la fruta, el café, etc.

Enigma sanmartiniano

Habrà observado lector, que somos aficionados a la lectura de "El Centinela", el periódico de Ignacio Nuñez y Juan Cruz Varela. En su edición número 23 del domingo 29 de diciembre de 1822, da cuenta con asombro y crítica, que el 14 de noviembre p.p.d. dos meses después de haber renunciado al gobierno del Perú y haberse alejado de su territorio, el general San Martín avaló con su firma una venta de armas de dos comerciantes extranjeros al gobernador de San Juan,



don José María Pérez de Urdininea.

El texto, reproducido por "El Centinela" dice así: "Debiendo encaminarse a la mayor brevedad en auxilio de las fuerzas del Perú una división compuesta al menos de 500 veteranos al mando del señor coronel D. José María Pérez de Urdininea y facultado el referido señor para solicitar y negociar el préstamo de 50.000 pesos aplicables a las precisas impensas de la expedición; el Sr. D. Rudencio Alvarado, general en jefe de los Ejércitos del Perú, prestará desde luego garantía a fin de responder de la satisfacción de este crédito, a cuyo efecto se hacen con esta fecha a dicho señor *los más serios encargos*, y se le comunican *las correspondientes órdenes* para que la cantidad sea invariablemente satisfecha en los plazos que se estipulen, y para que se observen religiosamente los contratos que por el indicado señor Urdininea se formalicen." Santiago de Chile, noviembre 14 de 1822. José de San Martín.

A falta de mayores precisiones, supongo que el

texto transcrito donde el Libertador recomienda seriamente primero y luego *ordena* al general Alvarado hacerse cargo del pago de las armas adquiridas por el gobernador sanjuanino, estaba adicionado al contrato, como una manera de tranquilizar a los comerciantes extranjeros sobre el cobro de su crédito. Es curioso realmente que San Martín le haya transmitido sugerencias perentorias a un ex subordinado suyo, después de haber renunciado a todos sus cargos y pasado a la condición de simple particular; y la única explicación que le encuentra es que su devoción a la causa americana estaba por encima de las formalidades, o tal vez que su rango dentro de la Logia le permitía esas atribuciones. De todos modos resulta un enigma; y el periódico rivadaviano, cuyas simpatías por el Héroe no son muchas, lo comenta con mordacidad. "El general renunció en Lima a la Protectoría; renunció también al ejercicio de generalísimo en el Perú; renunció igualmente a toda intervención en los negocios de aquel estado y protestó que en ningún otro tomaría

jamás otra parte que la de un soldado de la libertad; sin embargo, vemos ahora que transcurridos muy pocos días, desde un lugar que había elegido para un pacífico descanso, no así nomás interviene, sino que tomando el carácter de Protector y la autoridad que solo puede dar la posesión y el ejercicio legítimo de ese cargo, dicta órdenes desde Chile; autoriza la estipulación de contratos públicos; en suma, opera sobre el Perú ni más ni menos que si aún se hallase sentado en la capital de los Reyes. Ninguna expresión del documento muestra que el general ha traído facultades especiales para intervenir y garantizar el contrato de que se trata; pero aún teniéndolas, él las habría recibido, al menos así correspondería, no en la calidad de Protector, sino en la de un particular; y tampoco para dar órdenes; porque de lo contrario sería una monstruosidad original que no habría con que compararla."

Felix Luna, en su esclarecedor ensayo sobre "La misión Gutiérrez De la Fuente" ("Todo es Historia Nro. 159) hace amplias y precisas referencias a esta entusiasta actividad política de San Martín, bastante sorprendente, pues en base a las versiones tradicionales, poco pormenorizadas, lo suponíamos a partir de su entrevista con Bolívar en estado de total abatimiento. Y los mismos hechos provocan la mordacidad crítica del periódico rivadaviano, le suscitan a Luna esta elogiada ponderación: "El Libertador seguía actuando en Chile como un auténtico Protector del Perú. Y no es más que José de San Martín, militar en disponibilidad!... Apreciación que compartimos, pues esta conducta corrobora su pasión militante, al margen de formalismos, cargos y honores, y certifica, por enésima vez, su grandeza personal •



La Casa Rosada en 1878

"...Dios y la Patria me lo demanden!"

por Antonio Emilio Castello

Hubo presidentes recibidos con júbilo popular y cuyas despedidas fueron verdaderas apoteosis; otros, recibidos de igual forma, fueron despedidos de una manera totalmente opuesta; y otros que llegaron y se fueron en medio de la satisfacción de pequeños grupos de allegados pero de una total indiferencia del pueblo. En este mes de marzo de 1981, un nuevo

presidente recitará las palabras rituales y recibirá los tradicionales símbolos del poder. Y nuevamente el país renovará su esperanza. Nada mejor, entonces, que recordar algunas de las transmisiones del mando presidencial; no para formular comparaciones sino, simplemente, para evocar las ceremonias que en el pasado definieron algunos ciclos políticos diferentes.

El primer presidente constitucional (1853)

En el Cabildo de Santa Fe se reúnen por última vez los diputados constituyentes. Esta vez han sido congregados especialmente porque ante ellos va a prestar juramento el primer presidente constitucional de la Confederación Argentina.

El general Justo José de Urquiza, que ha sido elegido sin te-

ner oposición de ningún otro candidato serio, presta el solemne juramento en una fecha, 5 de marzo de 1853, que no se va a volver a repetir para este tipo de acontecimiento. Acto seguido hace leer su Mensaje, dirigido al Congreso y al pueblo argentino, ante la expectativa del numeroso público presente en esa solemne ceremonia, la primera de asunción de un presidente que llega con el respaldo de ese preciado

documento que ha costado tanta sangre a los argentinos, pero ahora todos han jurado respetar y obedecer, salvo los separatistas de Buenos Aires. La jerarquía del estadista y la seguridad de sus ideales se reflejan en algunos de los conceptos del Mensaje:

"Para dar libertad al pueblo argentino en Caseros, bastante era prestarse dócil, a ser el instrumento de la Providencia; para gobernarlo, se necesita

entrar un poco en sus designios y conocer profundamente la naturaleza de las leyes y tendencias de las sociedades. Para dar cabo al honroso programa de Mayo de 1851, suficientes eran las calidades que conducen a la adquisición de la gloria. Para acometer el que ha abierto a los pueblos de la Confederación el libro de Mayo, se necesita la virtud que da el apoyo de la gloria."

"Contando todo, tengo el ardiente patriotismo que ha guiado todas mis acciones en la carrera activa de la vida. Conservo claro y vehemente el instinto del orden que me lanzó a servir la política de Don Juan Manuel de Rosas cuando todo el país cansado de la anarquía juzgó como yo, que debía ponerle término, constituyendo el orden general bajo la base de la igualdad democrática, asentada en los pactos federales. No he perdido aún gracias a Dios, la voluntad firme de hacer prevalecer aquellas sanas opiniones, aquellos instintos y sentimientos santos, que me decidieron a castigar la tiranía y a reivindicar para las Provincias argentinas, la parte de la herencia que les cupo en la Revolución, y para el honor argentino, la constitución de su nacionalidad."

Luego proclama Urquiza su adhesión a la libertad, pero con responsabilidad:

La libertad civiliza y fecunda. La libertad sin moderación es una odiosa algazara. La libertad sin las costumbres y la religión carece de garantías. La libertad sin el trabajo y la industria, no tiene ocupación digna."

Por fin se refiere a las inmensas posibilidades que se abren al capital y al trabajo en un país pacificado y en orden:

El trabajo encontrará donde quiera el capital que lo alimenta... Dormíamos indigentes en el seno de inmensas riquezas y nos despedazábamos en las agitaciones del malestar, por no saber qué hacer con tan exuberante vitalidad, sin ocupación ni empleo. En adelante, el crédito habilitará el trabajo, despertará la industria, y estos agentes puestos en movimiento, multiplicarán la producción y realizarán las anticipaciones del crédito. El Gobierno dará el impulso primero a las mejoras materiales, y es de esperar que la gran masa de inercia que estos trabajos disloquen, ha de imprimir su acción en circunferencias céntuplas. El crédito y el

trabajo no pueden vivir sin la seguridad, sin el orden, sin la ley."

Al Mensaje del general Urquiza contestó el presidente del Congreso, el doctor Facundo Zuviria, con breves palabras, significando que esa magna asamblea concluía felizmente su cometido, dejando su obra, la Constitución Nacional, bajo la poderosa custodia de aquél, y termina diciendo: *"Dios, ante quien habéis jurado con el corazón del verdadero soldado de la libertad, ser fiel a la nación y a la ley, os ayudará, Señor, a realizar sus esperanzas"*.

Luego del solemne acto el clima de alegría se extendió por toda la ciudad litoraleña, desarrollándose un programa de fiestas populares y oficiales que se prolongan hasta la partida del presidente y los funcionarios de su gobierno rumbo a Paraná. En la ciudad entrerriana se repiten las muestras de adhesión y de júbilo popular. Desfiles militares, bailes, banquetes y fiestas populares se suceden para agasajar al nuevo mandatario y a sus colaboradores.

En los brindis que se realizan en el gran banquete oficial se pone de manifiesto el anhelo de lograr de una vez por todas la paz y la unión nacional, no sólo con la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación, bajo las disposiciones de la Constitución Nacional, sino con el olvido de los viejos enfrentamientos partidarios. Elocuente en este sentido es el discurso del vicepresidente Salvador María del Carril, viejo unitario, quien, recordando al jefe de aquella tendencia, don Bernardino Rivadavia, dice:

"Os convido, Señores, al voto que hago con confianza en vosotros, para que las cenizas del estadista argentino, que yacen hasta ahora bajo tierra extranjera, sean trasladadas al suelo de la patria. En estas cenizas está incrustado un patriotismo trascendental, que es oportuno y justo que venga a abonar un terreno esterilizado por la guerra civil y la falta de instituciones, de que él derramó la primera simiente".

Estas palabras en boca de del Carril no causan mucha extrañeza, pero sí lo que contesta Urquiza, aunque, en realidad, es coherente con su accionar desde el 1 de mayo de 1851. Expresa que el deseo manifestado por el Señor Vicepresidente es también el suyo y que tomará las medidas

necesarias para que los restos del "patriota Rivadavia" descansan para siempre en la tierra de la patria.

Este gobierno, en resumen, se inició con un anhelo general de comenzar una nueva era de paz y concordia que pudiera traer la tranquilidad soñada al país, pero que tardó bastante en llegar.

Duelo de popularidad entre Mitre y Sarmiento (1868)

Días antes de que asuma Domingo Faustino Sarmiento la Presidencia de la República, el 29 de septiembre de 1868, la masonería brinda un agasajo a los presidentes saliente y entrante pues ambos ostentan el grado 33. Se quiere demostrar que, pese al enfrentamiento exterior, ambos, por sobre todo, son masones y los intereses de la Logia son lo más importante. Pero la aparente cohesión no es tal, como se verá, pues Sarmiento romperá amarras.

El primero en hacer uso de la palabra es Mitre que dice: *"¿Qué es Sarmiento? Un pobre hombre como yo, un instrumento como éste"* —levantando el compás. Pasa luego revista a lo que él hizo en favor de los masones y recuerda que consiguió del arzobispo se los pudiera enterrar en sagrado. Concluye diciendo: *"Eso pude hacer por los masones que mueren. Mucho más podrá hacer por los que sobreviven el hermano que hoy me sucede en el gobierno."*

Le toca el turno de hablar a Sarmiento y expresa que su discurso tiene la intención de *"tranquilizar a los timoratos que ven una amenaza a sus creencias religiosas"*. Luego causa gran desconcierto cuando dice: *"Si la masonería ha sido instituida para destruir el culto católico, desde ahora declaro que yo no soy masón."* Pero luego vuelve el alma al cuerpo a todos cuando decide demostrar que la masonería no intenta destruir al culto católico y dice que si tiene esa finalidad, él, como grado 33, la desconoce, agregando: *"Si esos designios se ocultan a los más altos grados de la Masonería, ésta es la ocasión de manifestar que, o hemos sido engañados miserablemente, o no existen tales designios y tales propósitos. Declara no ignorar que el Sumo Pontífice se ha pronunciado contra la masonería, pero, con el debido respeto a las opiniones*



del jefe de la Iglesia", hace algunas salvedades. Niega la infalibilidad al expresar que las decisiones papales no son sino opiniones y, en aquellos puntos que no son del dogma, los pueblos y los gobiernos cristianos podían "diferir de opiniones con la Santa Sede", sin dejar de ser católicos, apostólicos y romanos. Promete cumplir con el requisito, señalado por la Constitución Nacional, de sostener y favorecer el culto católico y, dejando boquiabiertos a todos, termina diciendo: "Hechas estas manifestaciones para que no se crea que disimulo mis creencias tengo el deber de anunciar a mis hermanos que de hoy en adelante me considero desligado de toda práctica o sujeción a estas sociedades."

Este discurso de Sarmiento fue más trascendente que el que pronunció el día de su asunción ante la asamblea legislativa. En realidad, el discurso pronunciado ante esta última se dice que lo escribió Avellaneda, porque el suyo fue juzgado *impresentable* por sus ministros, con excepción hecha de Vélez Sársfield.

El 12 de octubre, en su Mensaje inaugural, expone su preocupación por la educación popular. "Hemos recibido en herencia masas populares ignorantes... Una mayoría dotada con la libertad de ser ignorante y miserable no constituye un privilegio envidiable para la minoría educada de una nación que se enorgullece llamándose república y demócrata." En ciertos momentos, aunque en forma no muy clara, se refiere a errores del gobierno que lo precedió y esto provoca murmuraciones en la barra mitrista que colma las galerías del Congreso. Entonces Sarmiento, interrumpiendo la lectura y como si estuviera al frente de una indisciplinada clase, grita: "¡Cállense!" Estupor general y silencio.

Terminada la ceremonia en el Congreso, Sarmiento se dirige hacia la Casa de Gobierno y los allegados que lo acompañan se afanan en vitorearlo, al grito de "¡Viva el general Sarmiento!", para compensar los vivas a Mitre que se escuchan.

"Llega a la puerta del salón en donde Mitre le entregará el

Justo José de Urquiza, primer presidente constitucional.



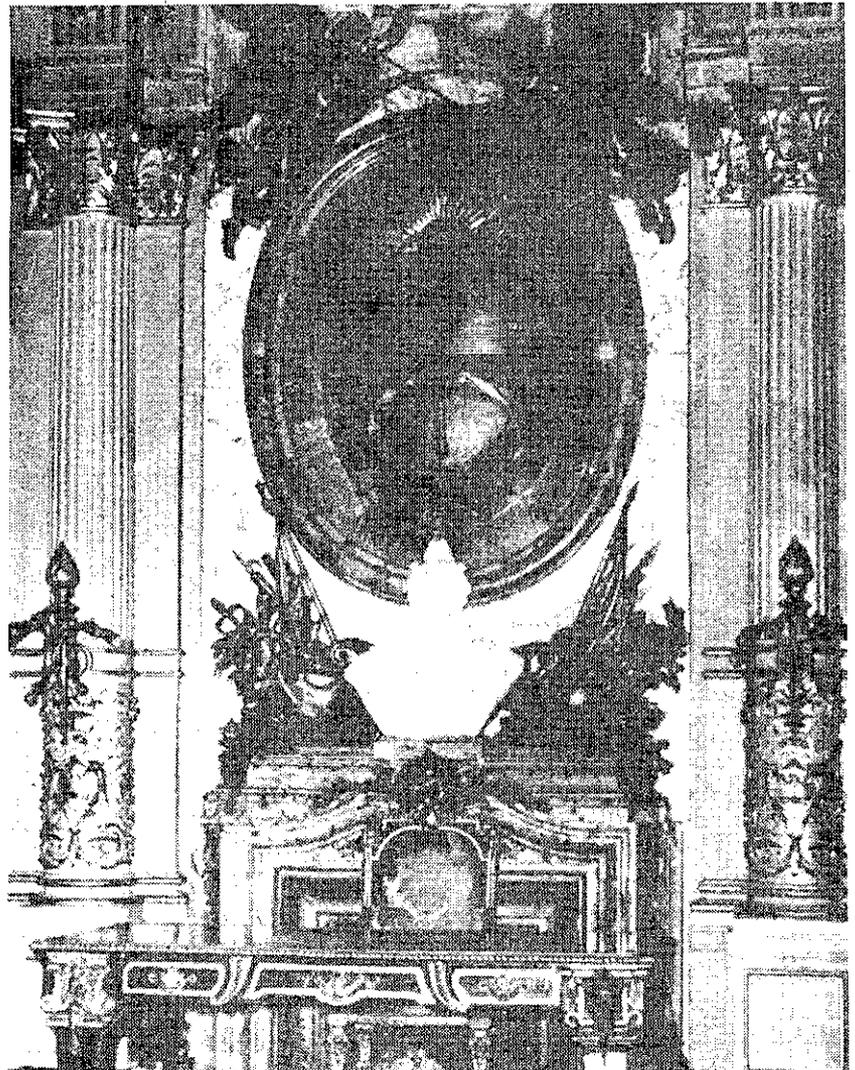
Otra vista de la Casa Rosada y de la Plaza de Mayo

Escudo Nacional y busto de la República, el Salón Blanco de la Presidencia. Fueron

mudos testigos de grandes y pequeños sucesos políticos.

bastón de mando. En ese lugar de moderado tamaño, en el que no caben más de cien personas, se ha metido un millar. Las hay de todas las clases sociales: desde los diplomáticos y los grandes señores amigos de Mitre hasta sujetos de las orillas. No faltan muchachones soeces que se han subido a los sillones, a las mesas y a las chimeneas. Hablan y gritan. A cada rato oye un estrépito de vidrios rotos, que algunos festejan con risotadas, aplausos o dicharachos. Ni guardianes ni policías. "Gálvez, Manuel: "Vida de Sarmiento", Buenos Aires, Editorial Tor, 1951, p.297).

Tremenda tarea resulta a Sarmiento llegar hasta el extremo del salón donde lo aguarda Mitre, pues la masa humana es tan compacta que ni órdenes, ni ruegos, ni amenazas, consiguen abrir paso al nuevo mandatario. Por fin, después de muchos empujones, pisotones y codazos puede llegar y se realiza la ceremonia de transmisión del mando en medio del desorden reinante. Luego escribirá Sarmiento sobre esto: "Jamás se ha presentado espectáculo más innoble y vergonzoso". Pero, lo que es más, lo creyó preparado "por el espíritu de la pasada administración (...) por la obra de seis años de populachero, de indolencia, de laxitud, de renuncia voluntaria a toda práctica, a toda forma." Finalmente dirá: "En país alguno el decoro y la dignidad del gobierno ha sido más ajado que



en aquel acto solemne, si no es durante la Revolución Francesa".

Pero, en realidad, lo que más le dolió a Sarmiento fueron los vítores a Mitre y la indiferencia popular para con él y, por fin, la manifestación de casi tres mil personas que acompañaron al mandatario saliente, dejándolo a él en el Fuerte en una casi absoluta soledad.

Avellaneda asume en medio de una revolución (1874)

Luego de proclamado el triunfo de Nicolás Avellaneda en las elecciones presidenciales de 1874, el 27 de septiembre estalla una revolución encabezada por el general Bartolomé Mitre, principal candidato opositor, que acusa al gobierno de haber prohijado la candidatura del tucumano y ha-

berla hecho triunfar empleando el más descarado fraude electoral. El movimiento se va extendiendo en una forma que parece imparable y es en medio de esta situación que llega el momento en que debe asumir el nuevo Presidente de la República.

El día antes de entregar el gobierno, Sarmiento expide un decreto contra los militares rebeldes, en el que dispone que los que no se presenten serán considerados desertores, se les borrará de la lista militar, perderán todos los derechos adquiridos y quedarán sujetos, en todo tiempo, a un consejo de guerra. No fue producto de su generosidad, queriendo eximir a Avellaneda de la odiosidad de sucumbirlo, sino producto de su temperamento autoritario y combativo. Al respecto dice Manuel Gálvez: "El

gobernante argentino que después de Rosas más ha hecho por el principio de autoridad, no podía terminar su gobierno sin una manifestación expresiva de sus ideas de orden y de jerarquía, de su odio a las revoluciones y de su enemistad hacia el sentimentalismo perdonador y romántico de la época, que es el de Mitre." ("Vida de Sarmiento", p. 368)

Tremenda tormenta se desata sobre Buenos Aires la noche del 11 al 12 de octubre y durante la mañana de este día la lluvia continúa cayendo en forma intermitente lo que, sumado a la gravedad de la situación política, hace que las ceremonias resulten frías por el escaso aporte popular.

Alrededor de las plazas 25 de Mayo y de la Victoria forman cuatro batallones de infantería, dos regimientos de caballería, la escolta del gobierno y una batería de cañones Krupp, que luego fue la encargada de efectuar la salva de ciento un cañonazos en homenaje al nuevo mandatario.

En su Mensaje al Congreso Avellaneda expresó la firme decisión de asumir el mando, cuando dice: "Acabo de prestar ese juramento en este recinto, donde hace doce años se dictan las leyes que obedece la República. Queda así demostrado que la anarquía y la tradición vaticinaron en vano, que sus esfuerzos resultan impotentes, porque a pesar de las perturbaciones que hacen doblemente solemne y grave este día, la vida constitucional no se interrumpe y la transmisión del mando se verifica, abriéndose un nuevo período presidencial bajo las formas ordenadas de la legalidad." Expresa más adelante su seguridad de que el orden constitucional triunfará sobre la Revolución: "Las instituciones triunfarán, el principio republicano de gobierno quedará asegurado, mostrándose una vez más con nuestro ejemplo que los pueblos necesitan conquistar sus derechos fundamentales, con su sudor o con su sangre." Luego, inteligentemente, se coloca en la misma corriente liberal del partido nacionalista de Mitre, reduciendo la revolución desatada por éste a una mera cuestión electoral cuando afirma: "En cuanto a la política interna, profeso las máximas siguientes y subordinaré a ellas mi conducta: Reputo, única, legítima, la tradición de los partidos liberales que lucharon contra

José Evaristo Uriburu, de acuerdo a Columba.



Rosas, derrocaron su tiranía, suprimieron la arbitrariedad en el gobierno y fundaron el régimen constitucional, reconstruyendo la unidad nacional." Por fin dice: "Señores Senadores y Diputados: Inicó mi presidencia en días difíciles, pero vengo por el camino recto, trayendo en mis manos credenciales extendidas por la gran mayoría de la Nación, que no arrojara sobre mis hombros solos, la tarea del gobierno que acaba de constituir. Fortalecido por el sentimiento de la propia conciencia, y por el apoyo de mis conciudadanos, guiado por vuestras sabias leyes, puedo afirmar que el crédito de la nación no decaerá durante mi administración, y que no mancillaré mi honor con mis actos. Todos los argentinos aprendemos desde la infancia que el pabellón de la patria debe mantenerse nítido y puro, como el sol que ostenta entre sus blancas y azuladas fajas, y al ponerse desde posición tan elevada en presencia de mis contemporáneos, no puedo olvidar que ellos saben que me encuentro yo sentado donde Rivadavia y Sarmiento se sentaron."

En esta pieza oratoria ya se ponen de manifiesto la energía, la firmeza y la habilidad del pequeño estadista. Pequeño de estatura, pero grande como hombre público. Sus palabras trataron de atenuar el tono exaltado de los discursos pronunciados en los días anteriores por Sarmiento y Adolfo Alsina, pero como éstos calificó duramente al movimiento revolucionario, aunque deja traslucir su propósito, llevado a la práctica después, de que la represión no fuera más allá de lo necesario para hacer respetar y conservar el principio de autoridad.

Al nuevo Presidente contestó el titular del Senado y vicepresidente saliente, doctor Adolfo Alsina. Este discurso es de tono mesurado y tranquilo como el de Avellaneda, contrastando con otros que ha pronunciado anteriormente. Comienza así:

"Señor Presidenté: La rebelión que ha estallado y que estáis en el deber de dominar pronto y muy pronto, para evitar a la patria mayores sacrificios de sangre y dinero, presenta dos caracteres especiales. nuevos completamente en los fastos de nuestras pasadas discordias.

No es la obra de los caudillos vulgares sostenidos por las ma-

sas ignorantes de nuestra campaña, vecina y compañera del desierto: es un motín con hordas de indios por auxiliares. No es una rebelión tampoco para derrocar un gobierno tiránico que ha suprimido todas las libertades, que ha sofocado todos los derechos; nada de eso; es un estallido escandaloso de las pasiones burladas, para derrocar un presidente que llaman de hecho y un Congreso que llaman también de hecho... Así, pues, los poderes que vinieran a ser creados por la revolución victoriosa, serían también poderes de hecho, porque habría sido la imposición del sable del caudillo victorioso.

La situación, Sr. Presidente, os impone serios deberes: restablecer el orden público, salvar la Constitución y devolver a esta patria tan agotada por la guerra, los dones inapreciables de la paz. Para conseguirlo, buscad en la Constitución y sólo en ella los elementos necesarios; ella coloca en manos del Presidente de la República cuanto se necesita para salvarse a sí misma; y recorriendo las leyes generales, trayendo a vuestra memoria vuestra experiencia, ellas os dirán también como se castiga a los rebeldes."

Terminada la ceremonia en el Congreso el doctor Avellaneda se trasladó, a pie, a la Casa de Gobierno donde lo espera Sarmiento para hacerle entrega de las insignias del mando. Como no podía esperarse otra cosa del fogoso sanjuanino, el tono exaltado va a campea en su discurso. En él pretende minimizar la revolución cuando dice:

"Encargado por la ley de mantener la tranquilidad pública, puedo asegurarnos que no hay tal pueblo revolucionario. Los partes que el Ministro de Guerra recibe, le informaron una vez más que una cañonera del Estado había cambiado, sin orden, de fondeadero; que un general Arredondo licenciado por enfermo había asesinado al jefe confiado que le dio su hospitalidad a su lado. Más tarde se supo que la cañonera y la fuerza privada de sus jefes andaban en puertos extraños la una, en los caminos públicos la otra, es de suponer, en busca del pueblo que suponían en revolución.

Un general de la Nación que no se ha presentado arrestado en el Cuartel del Retiro, por orden

de su superior, he aquí toda la revolución".

No sé si un pasquín impreso en Montevideo por un transeunte prófugo o desertor, es un acontecimiento de que el ministro de la Guerra os deba dar cuenta".

Luego menosprecia a los jefes de la revolución y, además, los compara con el propio Avellaneda:

Pero estas fuerzas desgranadas y perdidas, son señales de que una reacción se preparaba en los jefes del ejército, que aún conserva por la rapidez de los ascensos generales políticos, que aspiran a ser caudillos de reclutas que se han conservado por su educación y hábitos de cadetes, no obstante llevan las charreteras de generales, que con la prisa que marchamos, el gobierno pone sobre los hombros del que mostró sólo valor en la hora suprema del peligro; y el valor a más de calidad simple del hombre, es rasgo histórico y de raza en el pueblo argentino.

Vuestra elevación al mando supremo debía suscitar este levantamiento de los caudillejos con charreteras, pues que ya el poncho es de mal gusto entre nosotros. Sois el primer Presidente que no sabe disparar una pistola, y entonces habéis debido incurrir en el desprecio soberano de los que han manejado armas para elevarse con ellas y hacerse los árbitros del destino de su patria. Sois Presidente que no trae un partido personal organizado en el poder, por largos años, en la complicidad de su elevación, pasada, en los empleos, y rango que el patrocinio del Poder Ejecutivo dispensa. Sois el primer Presidente como Lincoln que no tiene una biografía acentuada con hechos anteriores marcados, el primer Presidente como Thiers de estatura diminuta, que deja el estudio del gabinete para mandar pueblos tirados en todos sentidos por el desorden de la idea que sus antecesores les dejaron; y los hombres que vieron imperar la violencia, que fueron sus instrumentos, querrían ver en el poder un atleta que les imponga por la fuerza física, o una casaca bordada que diga a todos, se matar, pues es mi oficio."

Por fin, Sarmiento ataca directamente a Mitre y a quienes lo siguen, especialmente los jefes orientales:

"Hoy al cambiar el personal del gobierno a pretexto de irre-



La Casa de Gobierno, a principios de siglo.

gularidades que fueron la obra de los mismos que protestan con ellos y de la falta general, de la lenta y difícil educación política de los pueblos que carecieron de ella por siglos, se alza un general que se cree prestigioso en el ejército, porque durante su administración sus coroneles y generales daban mil y dos mil azotes al soldado; o se hicieron fortunas colosales proveyendo con los tesoros públicos a las necesidades de ejércitos sin administración.

Hánle respondido un capitán de agua dulce que, por serlo, acaso no ha tomado los hábitos de orden que emanan de la tierra de su patria, cuando la remueve el trabajo. Pero le han respondido Arredondo, Rivas, Vidal Calvete y otros que no tienen el sentimiento argentino, ni se modifica su espíritu a medida que se modifica el del pueblo que los vio nacer. Se han conservado en nuestras fronteras, blancos que fueron unos de la Banda Oriental, colorados otros, discípulos de D. Frutos otros, y seides de Oribe otros; pasando de un país a otro, y buscando un patrón que los dirija y a quién servir."

¡Realmente las palabras de Sarmiento no tienen desperdicio! Claro es que en ese momento no hay nadie que lo abuchee pues esta vez los mitristas se encuentran ausentes.

Concluida la ceremonia en la Casa de Gobierno, Sarmiento y Avellaneda se retiran a sus respectivas casas, seguidos por sus partidarios, que no son muchos, a pesar de lo dicho por Alsina un tiempo antes, con respecto a Sarmiento: "Su popularidad al bajar es mayor que su popularidad al subir."

"La Tribuna", el periódico de los Varela, dice irónicamente en su edición del 14 de octubre de 1874:

"El 12 de octubre de 1874 ha pasado.

Y las campanas de las iglesias no han tocado a rebato.

Y las gentes no han corrido a refugiarse del crimen.

Y el Congreso no ha sido teatro de una espantosa tragedia.

Y los indios de Rivas no han invadido la ciudad.

Y Buenos Aires no se ha convertido en una hecatombe.

El parto de los montes no ha tenido lugar.

Los judíos esperan a su Mesías aún." (Civati Bernasconi, Edmundo H.: "Entre dos presidencias", Buenos Aires, Círculo Militar, 1965, p. 249.)

El primer presidente con casa propia (1880)

Luego de vencida la revolución encabezada por el gobernador de Buenos Aires, Dr. Carlos Tejedor, el gobierno nacional vuelve a instalarse en la ciudad porteña, pero esta vez ya como dueño de casa, pues se ha sancionado la ley de Federalización. Buenos Aires es ya capital de la República Argentina y el general Julio Argentino Roca, próximo a asumir la primera magistratura, será el primer presidente argentino que tenga casa propia.

En la noche del 10 de octubre de 1880 se realiza un banquete en honor del Presidente que se va, el doctor Avellaneda. Los asistentes representan al foro, a los militares, al comercio, a las letras. Varias bandas militares amenazan la

reunión y allí todo es júbilo, pero fuera del recinto hay quienes no se resignan a doblegarse ante esos provincianos que han tomado posesión de la orgullosa ciudad.

En la sesión del 11 de octubre de la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires, luego de una dura batalla, Leandro N. Alem consigue que no se apruebe una moción del diputado Romero, apoyada por otros diputados, para que se designe una comisión de ese cuerpo que debería concurrir a saludar al general Roca que asumiría el mando al otro día.

Lo que el patrocinante considera como un simple gesto de cortesía, Alem lo ve como un acto de obsecuencia y en determinado momento argumenta: "Esto es sencillamente ridículo, si no fuese altamente impropio ... Así se pervierten los hábitos republicanos, y es el mejor medio que podía darse para corromper a los mandatarios."

Hay cierta intranquilidad en el ambiente en los días anteriores a la transmisión del mando. En el ángulo inferior derecho de la primera plana de "La Prensa", del 12 de octubre, hay un recuadro que reza: "ULTIMA HORA"

"Conspiración política"

"Anoche se tuvo noticia de que se intentaba dar un golpe contra la persona del presidente saliente y del presidente futuro.

Nos íbamos a abstener de dar a conocer esta noticia por no creer sería la denuncia.

Sin embargo, a última hora se nos avisa que han sido presas varias personas.

Entre ellas figuran los ciudadanos Acevedo, ex-Jefe, y un Sr. Molina. No sabemos el nombre de este último, ni tenemos más detalles."

Pero por fin llega el día de la transmisión y todo se desarrolla normalmente. El Congreso está colmado, la barra, según "La Prensa", es tan numerosa como selecta; ésto último gracias a la distribución de tarjetas de invitación. Una curiosidad: al palco destinado a las señoras sólo concurren cuatro damas. Por fin llega el nuevo presidente, acompañado por el vicepresidente, Francisco B. Madero, cumpliendo ambos con el requisito del juramento. Todo se desarrolla con decoro aunque sin las muestras de entusiasmo popular de otras épocas. Es evidente que éstas están cambiando. El presidente de la asamblea legislativa, doctor Aristóbulo del Valle, pronuncia las palabras de estilo, diri-

giéndose primero al general Roca y después al doctor Madero. Todo es protocolar.

Acto seguido el general Roca lee su Mensaje. "El Congreso de 1880 ha completado el sistema del Gobierno representativo federal y puede decirse que desde hoy empieza recién a ejecutarse el régimen de la Constitución en toda su plenitud. La ley que acabáis de sancionar fijando la Capital definitiva de la República, es el punto de partida de una nueva era en que el gobierno podrá ejercer su acción con entera libertad exento de las luchas diarias y deprimentes de su autoridad que tenía que sostener para defender sus prerrogativas contra las pretensiones invasoras de funcionarios subalternos ...

En adelante, libre ya de esas preocupaciones y de conmociones internas, que a cada momento ponían en peligro todo, hasta la integridad de la República, podrá el Gobierno consagrarse a la tarea de la administración y a las labores fecundas de la paz, y cerrando de una vez para siempre el período revolucionario, que ha detenido constantemente nuestra marcha regular, en breve cosecharemos los frutos de nuestro acierto y entereza". Cuando finalizaba expresa el famoso lema de su gobierno: "Puedo así sin jactancia y con verdad deciros que la divisa de mi Gobierno será: Paz y Administración." Y luego agrega con gran énfasis: "Necesitamos paz duradera, orden estable y libertad permanente, y a este respecto lo declaro bien alto desde este elevado asiento para que me oiga la República entera: emplearé todos los resortes y facultades que la Constitución ha puesto en manos del P.E. para evitar, sofocar y reprimir cualquier tentativa contra la paz pública."

Una gran salva de aplausos subrayó las palabras finales e inmediatamente se dio por terminada la asamblea. Eran las tres de la tarde.

Gran cantidad de público se ha ubicado, desde el medio día, en la plaza 25 de Mayo, donde están formadas las tropas que deben rendir honores militares. También las azoteas y balcones de las casas vecinas presentan racimos humanos. En varias oportunidades el público ovaciona a Roca cuando éste recorre el breve trayecto entre el Congreso y la Casa de Gobierno. Aquí lo espera el Presidente saliente, que inició y terminó su gobierno con revoluciones, y le di-

ce: "Sois el cuarto Presidente de la República Argentina, desde que ésta fue reconstituida con la unión de todos los pueblos; —y sois el primero que recibís en medio de la paz los signos del mando transmitidos por su antecesor—."

En su contestación Roca dice: "Descendéis las gradas del capitolio argentino con la satisfacción de haber dado realización a grandes aspiraciones nacionales, zanjando con honor las más graves y complicadas cuestiones internacionales, ensanchando los dominios civilizados de la Nación por la supresión de la Pampa salvaje y apartando para siempre los últimos obstáculos que se oponían a la organización definitiva de la República.

Dejáis un Gobierno, en fin, que garantizará nuestra estabilidad como Nación. En adelante, os lo aseguro, nada habrá superior ni más alto que la Nación, dentro de la Nación misma, y propios y extraños adquirirán el convencimiento de que hay una patria argentina unida, fuerte e indivisible."

Estas palabras subrayaban lo que en los hechos sería evidente: una etapa de la vida argentina, signada por las luchas armadas para dirimir las diferencias, especialmente entre el interior y Buenos Aires, terminaba y otra etapa, la de la construcción en paz, aunque con los lógicos enfrentamientos políticos, comenzaba.

Terminado el acto, Avellaneda se aleja a pie, como fue costumbre por mucho tiempo, por la calle Rivadavia rumbo a su casa particular. Lo acompañan ministros y más de doscientas personas, entre las que se encuentran personajes como Dardo Rocha, Luis Sáenz Peña, Bernardo de Irigoyen, Benjamín Victorica, Eduardo Wilde, los generales García y Racedo y el Presidente de la Municipalidad, Torcuato de Alvear. Las damas que se encuentran en los balcones de la Municipalidad y ponen una nota de color y belleza en esa jornada cívica, arrojan flores al paso del expresidente.

El general Roca, a su vez, se dirige en un carruaje a su casa-cuarta en Caballito. Un largo trecho debía recorrer hasta ella y un largo trecho también recorrería, desde ese momento, en la política argentina.

Tranquilo traspaso de la administración (1886)

En su editorial del 12 de oc-

tubre de 1886 el diario "La Prensa" daba una semblanza de la situación del país en ese momento, que difería de la que encontraron otros presidentes al asumir el mando. Decía sobre los logros de la administración de Roca: "Bajo su Administración ha llegado (se refiere al país) al grado máximo de su robustez económica." Luego continuaba: "La presidencia del Dr. Juárez Celman, que empieza en el día de hoy, no se parece a ninguna de las anteriores, ni por sus puntos de partida, ni por la situación social, económica y política en que se inaugura, ni por la expectativa que proyecta en los horizontes de su desenvolvimiento. "El panorama que se presentaba al nuevo Presidente no podía ser más auspicioso, según 'La Prensa': El Dr. Juárez Celman no sube a las alturas del Poder con ninguno de esos prestigios que destumbran a la opinión y escudan contra sus acechanzas hostiles. Carece del brillo de la espada, del renombre de los tribunos, de la fama de los estadistas envejecidos en el manejo de los negocios públicos. No tiene el escudo de los triunfos militares que despejan situaciones y acumulan fuerza arrolladora en las manos del que manda. Tampoco cuenta con la resistencia de las oposiciones, que facilita siempre la acción del gobernante, dándole ocasiones para luchar y vencer. No tiene motivos, ni pretextos, para sacar un soldado de sus cuarteles: ni en el interior ni en el exterior hay necesidad de quemar un grano de pólvora. El desierto no contiene más enemigo que el desierto mismo, quedándole reservada a él su conquista por la jornada quieta y reposada de la industria. El Parlamento está silencioso y los Ministros hablan para recibir enseguida el voto de las grandes mayorías, sin esfuerzo y sin agitaciones que apasionen.

Cerrada la contienda con la conformidad de la oposición, cuya existencia es apenas sensible, la Presidencia se inaugura bajo un día sereno y tranquilo que invita a la labor reparadora."

Pero también hacía una advertencia que a la postre resultó profética: "El primer capítulo de la labor del nuevo Presidente, es la regeneración moral, diremos así, de las costumbres en el modo de hacer política y administración, restaurando la autoridad del derecho, bajo todas sus manifestaciones (...). Si ocupase este pue-

to, gobernará con el país verdaderamente (...) de lo contrario defraudará las expectativas públicas reforzadas con un programa confesado de gobierno; se verá aislado por la opinión y combatido por su fría y solemne antipatía, condenado a ejercer las funciones del poder entre las solicitudes del cortesanismo sin corazón y sin conciencia, que lo envolverá con el incienso de la adulación para asegurarle como su prisionero."

El 12 de octubre, después de medio día, llega a la casa de Juárez Celman el carruaje de gala enviado por el general Roca para trasladar a aquél al Congreso. Pero Juárez Celman lo rechaza y decide hacer el trayecto a pie, acompañado por un grupo de personas que el comité juarista ha designado para hacerlo y entre las que figuran Antonino Cambaceres, Juan Agustín García, Bernabé Artayeta Castex, Eduardo Basabilvaso, Rufino Varela y Víctor M. Molina.

La ceremonia de juramento se desarrolla de acuerdo a lo previsto y el discurso inaugural del nuevo mandatario es aplaudido en algunos pasajes, como cuando dice: "*Hago, pues, mío el programa que mi ilustre antecesor concretó en esta fórmula sencilla: 'Paz y Administración', porque ella expresa la suprema aspiración de los argentinos y explica especialmente la prodigiosa transformación operada en la vida económica de nuestro país.*"

La ceremonia en la Casa de Gobierno es un simple intercambio del mando entre concuñados: aparentemente, *todo queda en casa*. Luego Roca se dirige a su casa, acompañado por la mayor parte de la gente que ha estado presente en aquélla. La comitiva va engrosándose en la calle y al pasar frente al Concejo Deliberante llueven flores sobre ella. Ya en casa del ex-mandatario, éste tiene que dirigir la palabra a la multitud que lo aclama y para ello debe subirse a un escritorio que fue colocado para que sirviera de tribuna. Con voz potente, pero emocionada, dice:

"*Si el gobernante tiene momentos amargos en la vida que se impone, tiene también momentos de inmenso placer.*

¿Qué significa, si no, esta masa de pueblo que se muestra por todos lados ante mi vista?

¿Qué estos vítores y aclamaciones que escucho y las que eternamente resonarán como un himno en mis oídos?

Son la recompensa que dan los pueblos a sus gobernantes cuando han desempeñado con altura la misión que se les confiara."

La multitud lo aclama sin cesar y se escuchan vivas al "gran argentino", al "gran capitán", al "ilustre general y benemérito Presidente", al "distinguido ciudadano", etc.

También a Juárez Celman lo acompañan hasta su casa y ésta, al igual que la de Roca, parece un hormiguero por la gente que entra y sale constantemente. Todos quieren saludarlo; en este momento en que llega al máximo cargo todos se acercan a él.

Soledad del que se va y apoteosis para el que llega (1890)

El 30 de julio de 1890 se reúne el Congreso Nacional y el ambiente que predomina en él es muy distinto al de la época anterior al estallido de la derrotada Revolución. Por ejemplo, se escucha decir al diputado oficialista Larsen del Castaño, estas palabras inéditas hasta ese momento: "Aquí estamos para decir al gobierno lo que queremos y no lo que el gobierno quiera."

Los congresistas, ante el naufragio, abandonan su incondicional sumisión y tratan de salvarse. El senador cordobés, doctor Manuel Didimo Pizarro, pronuncia estas lapidarias y valientes palabras:

"Los entusiasmos y las dianas de la victoria ¡no acompañan al vencedor! ¡La revolución, señor presidente, está vencida, pero el gobierno ha muerto! ¡Si es plausible la derrota de la revolución, que yo condeno, es deplorable también la victoria sobre ella alcanzada. Yo vengo a pedir en este momento, como medio de pacificar el país, no leyes de estado de sitio, sino la renuncia en masa del presidente, vicepresidente, ministros y presidente del Senado. Digo esto, porque tengo mi renuncia de senador en el bolsillo!"

Dardo Rocha propone que, en lugar del estado de sitio, se declare una amnistía general y amplia. No tiene éxito, pues ya el bloqueismo maniobra para salvarse derrocando al presidente Juárez Celman y cargándole toda la culpa de lo que pasa. El 3 de agosto el Presidente pregunta a los congresales oficialistas si "puede o no contar con el Congreso", y éstos, antes de dar una respuesta, deciden consultar con Roca, Pellegrini y Levalle. Estos tres, directa o indi-

rectamente, le extienden el certificado de defunción a Juárez Celman. Roca sugiere que no hay otra solución que su renuncia; Levalle, diplomáticamente, dice que las tropas no lucharán contra el pueblo indefenso; Pellegrini sostiene que es imposible gobernar sin dinero, sin fuerza y sin opinión. Para colmo el ministro de Relaciones Exteriores, Roque Sáenz Peña, informa sobre la angustiante situación financiera: para el 15 de ese mes hay que pagar en Europa 500.000 libras esterlinas por el servicio de la deuda externa y la garantía de los ferrocarriles y no se dispone de más de 35.000 pesos moneda nacional.

El 4 de agosto, mientras se produce una manifestación de trabajadores desocupados y empleados públicos impagos, trasciende la noticia de las renunciaciones de los ministros Sáenz Peña y Juan Agustín García. El Presidente ofrece las carteras a Bernardo de Irigoyen, Eduardo Costa y José María Gutiérrez, quienes no aceptan. Cuando el doctor Salustiano Zavalia va a proponerle a Irigoyen la formación de gabinete de conciliación, éste le contesta:

"—Lo que le aconsejaría el patriotismo, al doctor Juárez —si éste lo consultara— sería que renunciara inmediatamente".

El Senado le propone al Presidente la formación de un gabinete bajo la dirección del general Roca, pero Juárez Celman lo rechaza de plano y propone su renuncia, a condición de que también lo hagan Roca y Pellegrini. Luego propone a Dardo Rocha formar gabinete, pero fracasa.

El 6 de agosto, a las diez de la mañana, dos legisladores, los primeros de una lista de firmantes de un petitorio de renuncia a Juárez Celman, se entrevistan con éste en su casa para hacer efectivo ese pedido, con el objeto de preservar las instituciones públicas. *Todos ahora quieren salvar a la Patria y el único capaz de hundirla es el Presidente si no renuncia.* Lo encuentran paseando por una terraza que da sobre el Paseo de Julio y, según cuenta Balestra en "El Noventa", "fuera de su aspecto, rápidamente envejecido, presenta en su gesto y en su voz completa naturalidad". Les comunica que ya sabe lo que pasa y que ha reiterado su renuncia por intermedio de su amigo el diputado cordobés Pablo Rueda. En la despedida a los legisladores Juárez Celman transmite tranquilidad y la misma afección de siempre.

La renuncia, redactada por su amigo Ramón J. Cárcano el día antes, dice entre otras cosas:

"He desempeñado cuatro años el cargo de presidente de la República con lealtad y patriotismo ...; había consagrado todo mi espíritu y todos mis anhelos a mejorar la difícil situación financiera por que atraviesa el país cuando un motín de cuartel ha ensangrentado las calles de la capital y llenado de dolor al pueblo argentino ... Para sellar más eficazmente mis sinceros propósitos y afirmar mi política impersonal de generosa tolerancia y amplia libertad, he invitado a los hombres más respetables y representativos a formar parte del gobierno ... Mis nobles esfuerzos han sido inútiles ... La República tiene grandes compromisos de honor que cumplir en el exterior, y en el interior una obra inteligente y laboriosa de administración y de política que no se puede retardar. Dejo a otros la tarea confiando en que serán más felices que yo, y presento a V.H. la renuncia de presidente de la Nación ..."

Con mucha gente en los alrededores del Congreso, que en un silencio dramático espera el resultado del debate, se reúne la asamblea legislativa para tratar la renuncia presidencial. Roca, vicepresidente 1.º del Senado, la preside por ausencia del vicepresidente de la República, Pellegrini, que, a esas horas, se halla reunido en su casa de la calle Florida con un grupo de banqueros, ejerciendo ya, de hecho, las funciones presidenciales, que considera seguras.

Varios oradores dan su opinión y uno de los más valientes es el presidente de la Cámara de Diputados, Lucio V. Mansilla, que dice: "En esta obra de errores, todos y cada uno de nosotros hemos sido colaboradores, todos hemos ayudado al error del señor presidente de la República." Termina anunciando que votará en contra de la aceptación de la renuncia.

Dardo Rocha, que se muestra sorprendido por la reiteración de la renuncia porque Juárez le había encomendado formar gabinete, es categórico: "El señor presidente de la República carece de templeamento político, no tiene ideas fijas ni resolución firme y clara, y un hombre con esas deficiencias no puede afrontar los grandes y pavorosos problemas que se presentan en la actualidad y cuya solución pone en peligro, no sólo la Consti-

tución, sino la nacionalidad y tal vez hasta la integridad de la patria." Termina su alocución de pie y pidiendo que se acepte la renuncia por aclamación "por ser una suprema necesidad reclamada por el bien público".

Por fin la renuncia es aceptada por 61 votos contra 22, en una votación nominal. Luego de redactada la aceptación, Lucio V. Mansilla pide, con su natural hidalguía, que se le agreguen "las gracias por los importantes servicios prestados", que han sido omitidas en el texto.

Luego de esta sesión del Congreso el doctor Aristóbulo del Valle sale triunfante a la plaza y seguido por una multitud que lo ovaciona se dirige al local de la Unión Cívica, en la calle Florida, desde cuyo balcón proclama, ante el entusiasmo popular:

"—La revolución ha triunfado; la sangre derramada no ha sido estéril; ¡ya no nos gobierna Miguel Juárez Celman!"

En cambio Leandro N. Alem, al llegar a eso de las nueve de la noche y ver el comité profusamente iluminado y embanderado, exclama con acritud:

"—¿Qué vitorean? ¿Qué vivan? ¿Acaso esto es un triunfo? ¡Y han adornado con banderas! Coloquen crestones y harán mejor ..." (Manacorda, Telmo: "Alem" Un caudillo - Una época. Buenos Aires, Sudamericana, 1941, p. 125).

Pero la alegría es tan desbordante que los festejos continúan y finalmente Alem tiene que pronunciar un discurso que es un llamado de atención: "—La caída del Presidente es el primer triunfo de la Unión Cívica, pero el pueblo debe mantenerse de pie porque la máquina gubernativa sigue montada." (Manacorda, Telmo: op. cit., p. 125.)

Luego la muchedumbre se concentra frente a la Pirámide de Mayo. Son miles de personas y entre ellas Alem luciendo un moño con los colores verde, blanco y rosado de la revolución. Retorno al comité de la Unión Cívica y desde sus balcones el tenor italiano Tamagno, que ha sido llamado, entona el Himno Nacional. Luego se comentó que a seis cuerdas se lo oía.

Las manifestaciones recorren los barrios no dejando un farol del alumbrado sano, porque al farol se lo consideraba el símbolo del juarismo. Esto se debía a que el periódico "Don Quijote" mostraba siempre en sus caricaturas a Juárez Celman recostado en un fa-



Luis Sáenz Peña, presidente. Oleo de Egidio Querciola (Museo Histórico Nacional).

rol, desde que a Estanislao Zeballos se le ocurrió usar faroles en lugar de antorchas en las campañas electorales.

En la reunión con los banqueros Pellegrini les manifiesta: "La Constitución va a hacerme Presidente, pero la ruina que amenaza al país me prohibiría aceptar si no fuera capaz de evitarla... Necesito de ocho a diez millones de pesos para pagar en Londres de aquí a nueve días, y en el Banco Nacional no hay nada. Se los reclamo a ustedes. Será una contribución inmediata y reservada, porque si divulgamos lo que pasa, agravaríamos el pánico... Invito a Uds. a entregar al contado esa suma que será una deuda de honor para la Nación."

Luego Pellegrini es llamado para comunicarle que la asamblea legislativa ha aceptado la renuncia de Juárez Celman y que ahora era él el nuevo Presidente. Mientras tanto los banqueros comienzan a suscribir sus aportes al empréstito solicitado y cuando regresa Pellegrini a la reunión se encuentra con una suma superior a la solicitada. Se cuenta que entonces exclamó: "¡Dieciséis millones! Bueno, ahora sí soy presidente."

El jueves 7 de agosto, Pellegrini presta juramento ante el indescriptible entusiasmo popular. "La Prensa" del día 8 comenta: "No sólo en la plaza de Mayo, sino en las azoteas, en los balcones, encaramados en las ventanas, sobre los coches de los tranvías utilizados como paícos, en los carros municipales, una inmensa muchedumbre excitada, alegre, bulliciosa, esperaba la llegada del doctor Pellegrini." La asunción del nuevo Presidente hacia alentar la esperanza de que los graves problemas se solucionarían rápidamente. El nuevo Presidente está en la cúspide de la consideración popular y, aunque no desconoce las graves dificultades que deberá enfrentar, profetiza: "bajaré en brazos del pueblo".

En dos años: la impopularidad (1892)

El gobierno del doctor Carlos Pellegrini va llegando a su fin, pero ante los rumores de una inminente revolución radical declara el *estado de sitio* el 2 de abril de 1892, ocho días antes de las elecciones presidenciales, y son apresadas importantes figuras del radicalismo, quedando así al margen de la

competencia electoral. En los comicios realizados el 10 de abril triunfan, prácticamente sin oposición, los candidatos del acuerdo. Por fin el *estado de sitio* se levanta el 8 de julio y los radicales que estaban exiliados en Montevideo pueden regresar, aunque cargados de rencor.

El 12 de octubre se lleva a cabo la transmisión del mando, pero el contraste con aquel 7 de agosto de 1890 en que asumió Pellegrini es realmente notable.

Bajo muy pocos halagadores auspicios bajaba Carlos Pellegrini y asumía la primera magistratura el doctor Luis Sáenz Peña. La jornada del 12 de octubre, más que de fiesta, es de gran tensión, estando las tropas y los gendarmes en la plaza de Mayo prestos a proceder con prontitud si se producen desórdenes. Se presagian silbatinas de los opositores a las autoridades salientes y entrantes.

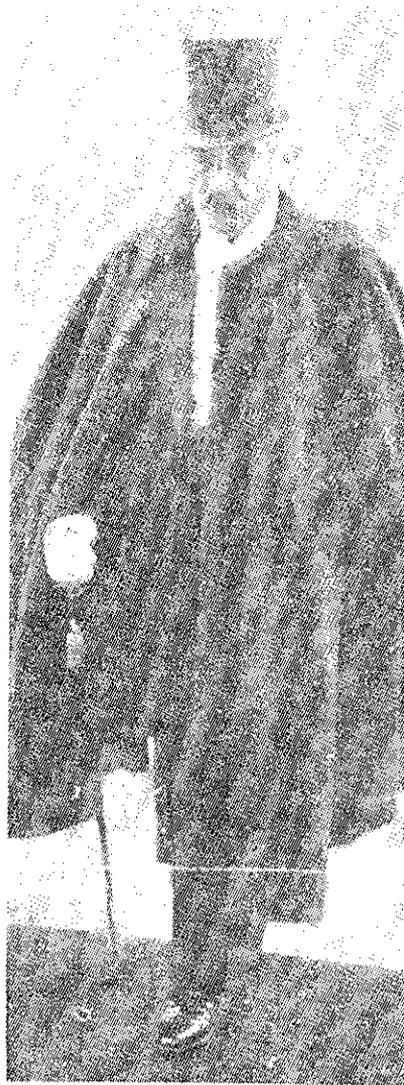
El presidente de la asamblea legislativa, doctor Rufino Varela, abre la sesión dirigiéndose a los presentes en estos términos:

"Coincidiendo el acto solemne para que habéis sido convocados a esta sesión con el cuarto centenario del descubrimiento de América, invito al congreso argentino a ponerse de pie en homenaje a la memoria del inmortal marino genovés que con el auxilio de España realizó tan grande acontecimiento".

Todos se ponen de pie y aplauden estruendosamente. Realmente fue el único momento de esa jornada en que se aplaudió de esa forma.

Sáenz Peña se traslada a pie desde su casa al Congreso, acompañado por alrededor de 150 personas y 20 policías de a caballo. En la esquina de Moreno y Bolívar se oyen algunos vivas al nuevo Presidente, que son contestados por sus acompañantes. Pero al entrar a Victoria se oyen algunos silbidos que pronto desaparecen por la intervención policial. Luego la ceremonia en el Congreso transcurre con normalidad pero, a su vez, con absoluta frialdad. El mandatario entrante es recibido sin muestras de entusiasmo.

Luego de recibir las insignias del mando en la Casa de Gobierno, Sáenz Peña contesta conmovido a las palabras dichas anteriormente por Pellegrini y le expresa a éste que puede volver a la vida privada seguro de haber cumplido con su deber constitucional y que si esto no se lo reconoce por ahora el



El presidente Roque Sáenz Peña, el día que asumió la primera magistratura.

pueblo' es porque éste es demasiado exigente, no dudando de que al fin el mismo pueblo y la historia le harán justicia.

Estas palabras de compromiso causan un mal efecto entre los presentes que, por lo menos allí, esperaban escuchar algo mejor sobre la gestión del Presidente saliente.

Cuando Sáenz Peña se dirige a su casa, a pie como es la costumbre, acompañado de un grupo de unas doscientas personas, la mayoría gente de comité, se vuelven a escuchar algunos silbidos que pronto desaparecen por la nueva intervención policial. Al llegar a la casa del Presidente gran parte de la concurrencia peneira en ella, llenándola, sobre todo el comedor donde se sirve un refresco y en el cual Sáenz Peña invita a

los presentes a brindar por su ministerio.

Pero las situaciones de mayor tensión se producen en el camino del ex-presidente cuando se dirige de la Casa Rosada a su residencia. En el trayecto hasta Rivadavia y San Martín se oyen silbidos que parten de la concurrencia de los costados y del centro de la plaza de Mayo. La policía montada redobla su actividad para sofocar esas muestras de desaprobación, cosa que no logran hasta que la columna que acompaña a Pellegrini se aleja de la plaza. Pellegrini marcha al frente, con la mirada desafiante, del brazo de su ex-ministro de Guerra, el general Levalle, y de un hombre, el general Mitre, que en un gesto hidalgo lo acompaña sin temor a enfrentar la impopularidad. El gesto de estos hombres contrasta con el del general Roca, amigo personal de Pellegrini, quien luego manifestará a algunos amigos su pesar por no haber podido concurrir a la asamblea del Congreso y a la manifestación que se hizo a Pellegrini, por hallarse indispuesto. El "Zorro" no quería, seguramente, que los silbidos que se preparaban lo alcanzaran.

Cuando pasa la manifestación frente a la Catedral se siente un tiro, que hiere levemente a un joven y que, al parecer, es disparado solamente por entusiasmo. El autor del disparo huye entre la multitud. También a esa altura alguien arroja una piedra que pasa muy cerca de Pellegrini y va a dar en el sombrero de Miguel Cané, aunque por la escasa huella que deja parece que era pequeña. El incidente pasa desapercibido para la mayoría.

Al llegar la columna de unas 800 personas a la confitería del Aguila se escuchan vivas a Pellegrini, aunque una valiente y solitaria voz también se hace oír: es la de Daniel Navarro, presidente del club radical de Balvanera, que da vivas a la Unión Cívica Radical y a Leandro Alem.

Al llegar a su casa Pellegrini improvisa algunas palabras dirigidas a los manifestantes agradeciéndoles el haberlo acompañado en ese momento. Paul Groussac, que formó parte de la comitiva, cuenta que "El Gringo" "erguido, sereno, impávido, pasó entre la muchedumbre hostil (...) sólo sentimos cortos ladridos de la jauría en algún punto del mismo trayecto que dos años antes, cuando nada había hecho aún, el jefe del estado recorría como triunfador".

Ese 12 de octubre de 1892 no pudo ser realidad aquel deseo expresado por Pellegrini el 7 de agosto de 1890: "Mi anhelo ferviente será descender del gobierno como subo: en brazos del pueblo".

¡Viva Hipólito Yrigoyen y el Partido Radical! (1916)

En su editorial del jueves 12 de octubre de 1916 dice "La Prensa": "La República está profundamente emocionada y aún los espíritus menos inclinados a las preocupaciones políticas no se sienten libres de una sensación extraña, mezcla de satisfacción y de temores, de vacilación y de esperanzas, al asistir a la inauguración de otra de las grandes jornadas nacionales, la de 1916 a 1922.

Esta preocupación del sentimiento público es esencialmente distinta de las que experimentara en las sucesivas transmisiones del mando, desde 1874 hasta 1910. Durante éstas, faltaba un factor fundamental que anima a la que hoy se realiza, el factor de lo nuevo y, casi podría decirse, de lo que no es posible calcular por falta de términos esenciales para fundarse.

En las transmisiones de mando anteriores, el gobierno cambiaba

de personal, pero no de orientaciones políticas, porque nacía de las mismas causas perpetuadas sucesiva e invariablemente en el mando, sobre la base de estos tres factores decisivos: la intervención oficial en las elecciones, la presión intensa de los presupuestos y la adhesión de las fuerzas armadas en frente de las oposiciones.(...) Pero la transmisión del mando a que hoy asistimos, en Paz y Libertad, según la aspiración rivadaviana, es profundamente distinta, roto como ha sido el molde de los viejos oficialismos(...) Hoy asumen las responsabilidades supremas del mando los exponentes de una reacción que ha luchado desde 1880, bajo diversas advocaciones, definiéndose después de las sangrientas jornadas de 1890 como una finalidad Radical.

Esta denominación fue una bandera, no de abstracciones filosóficas, sino de dos ideales concretos: la pureza del sufragio y la moralidad administrativa(...) He ahí el origen de la honda emoción del pueblo argentino en este día extraordinario: ¿responderá en el gobierno federal el partido Radical a las esperanzas que sus sacrificios difundieron en la conciencia pública?"

En otra parte del mismo diario, una nota titulada "Final de un go-

bierno", hace honor al doctor Victorino de la Plaza por haber presidido comicios limpios: "El doctor de la Plaza no ha defraudado la confianza que en él depositó el Presidente Sáenz Peña, ni la que más tarde le brindó la opinión pública(...) Es el primer Presidente que baja del poder sin haber sentido la ambición maculadora de imponer su voluntad o la influencia del poder público en la elección de su sucesor. Ha correspondido al signo de los tiempos nuevos respetando al pueblo y a la Nación".

Es evidente que un gran cambio se opera en la política argentina pues, a pesar de no ser declarado feriado nacional ese 12 de octubre, la avenida de Mayo presenta el aspecto de los grandes días de fiesta, ostentando muchos edificios banderados de todas las nacionalidades. Pronto se cubre de un gentío impresionante que paraliza totalmente el tránsito de tranvías y otros vehículos. El monumento de los dos Congresos ofrece el aspecto de un racimo humano y los hoteles y otros establecimientos alquilan, a altos precios, lugares en los balcones que dan sobre la avenida y no hay uno solo de éstos, a todo lo largo del corrido entre el Congreso y la Casa Rosada, que presente algún pequeño claro.

Hipólito Yrigoyen y Pelagio B. Luna se retiran del Congreso Nacional después del juramento de ley, el 12 de octubre de 1916.



Pero no todo el mundo está de fiesta. Hay quienes sienten temor por la llegada del radicalismo al gobierno. Así pinta esta situación Manuel Gálvez: "Los hombres del Régimen están con gran temor. Han profetizado que el triunfo del radicalismo constituirá una catástrofe social y llevará al país a la ruina. ¿Habrá persecuciones? se preguntan. ¿Echarán a todos los empleados, arrojando en la miseria a muchos millares de familias? ¿Llevarán a la cárcel a los que han hecho negocios sucios con los gobiernos, a los que cobraron coimas, a los funcionarios infieles?(...) Esas turbas, ese mundo de abajo que exalta a su apóstol, ¿no pretenderá que se pida cuenta de sus abusos al capital extranjero, que se limite el poder inmenso que ha dado el Régimen a las compañías? En el Jockey Club hay pánico. Se dice que Yrigoyen, el antiguo "gallero", como le creen equivocadamente, el incorruptible de los últimos treinta años, va a suprimir las carreras. Los criadores de "racers" y los dueños de caballerizas se arruinarán. El Jockey Club tendrá que desaparecer(...) Le temen muchos sacerdotes y católicos que lo imaginan mason y espiritista y despreciador del matrimonio y de las prácticas religiosas. Y hasta el Ejército le teme, sobre todo los jefes y oficiales que no acompañaron al conspirador y los que desertaron la causa de la revolución o la traicionaron. Todos temen a Hipólito Yrigoyen salvo sus partidarios, la clase media y los pobres. Ha comenzado la revolución radical." (Gálvez, Manuel: "Vida de Hipólito Yrigoyen - el hombre del misterio", Buenos Aires. Editorial Tor, 1951, pp. 189-190).

Así, en este clima de alegrías y de desazones llega al gobierno el legendario caudillo radical. Las galerías del Congreso llegan a estar tan colmadas que la policía debe impedir la entrada a muchísimas personas, aunque exhiban las tarjetas de invitación. Preside la asamblea legislativa el presidente del Senado, doctor Benito Villanueva, una de las figuras más típicas del conservadorismo argentino. A las dos y media de la tarde, el presidente electo llega sorpresivamente al Congreso entrando por la puerta de la calle Victoria, en lugar de hacerlo por la de la calle Entre Ríos donde lo están esperando las comisiones de recepción, lo que obliga a éstas a una gran corrida hacia el Senado.

Cuando Yrigoyen penetra en el recinto de Diputados le es tributada una ovación como nunca se había escuchado en ese lugar. Cuando el doctor Villanueva intenta hablar, su voz no se puede escuchar debido a que los aplausos y los gritos de vivas al radicalismo y al caudillo no cesan. El bochinche es descomunal. Todo lo que ocurre en el Congreso horroriza al senador conservador, doctor Benigno Ocampo, para quien toda esa gente son advenedizos que le provocan una tremenda sensación de repulsa que Ramón Columba nos relata de esta manera:

"Al anochecer de aquella tarde, humedecidos los ojos claros de chispeante indignación, le oigo decir con nervioso tartamudeo:

—Ha sido terrible... Escupieron las alfombras... Descolgaron las cortinas en el empeño de verlo... En la calle reemplazaron a los caballos, empujando el coche... Hemos pasado del escarpín de baile a la alpargata..." (Columba, Ramón: "El Congreso que yo he visto" (1906-1913), Buenos Aires, 1948, p.52.)

Gran sorpresa en la mayoría de los asistentes al Congreso, el nuevo Asistente no lee su Mensaje y rompe así con un precedente. Pero esto importa poco a sus enfervorizados partidarios que ni reparan en ello. El espectáculo que se ofrece en todas partes es de un entusiasmo delirante. Estas demostraciones de entusiasmo popular, que igualan al de posición respectable y al humilde ciudadano, se vienen repitiendo desde hace tiempo. Al respecto cuenta Ángel Carrasco: "En la Cámara me tocó presenciar una escena que si cualquiera me la refiere, me hubiera hecho el efecto de grotesca invención por lo increíble, conociendo como conocía a su personaje principal.

Era el diputado Dr. Fernando Saguier, el más paquete, más atildado, más señorial y más tieso de su sector. Bueno. Al aprobarse la elección (de Yrigoyen), lo he visto con mis ojos unido en estrecho y largo abrazo, mientras los dos lloraban a moco tendido de entusiasmo emocionado, con el negro Villedo, miembro de la servidumbre del palacio." (Carrasco, Ángel: "Lo que yo vi desde el 80...", Buenos Aires, P.R.O.C.M.O., 1947, p.180.)

Pero ante todas las demostraciones de júbilo el rostro de estíngue de Yrigoyen no se inmuta.

Parece impermeable a las alegrías y a las tristezas. Finalizada la ceremonia se dirige al Salón de Pasos Perdidos y allí se produce el siguiente episodio, relatado por Columba que lo presencia:

"El primer diputado que se le acerca es el doctor Marcelo T. de Alvear, el que seis años después recibirá de él la banda presidencial.

—¿Qué tal? ¿Está emocionado, presidente? —le dice, estrechándole la mano con amistosa confianza.

Yrigoyen contesta, como sorprendido por una pregunta fuera de lugar:

—¿Yo? ¡No!... Estoy pensando a quién le entregué mi galera y mi sobretodo." (Columba, Ramón, op.cit., tomo (1914-1933), p.61).

Luego el caudillo sale a la calle y comienza a descender las escalinatas del Congreso en medio de un tremendo desorden, pues el público ha sobrepasado los cordones de contención e invadido todo ese sector. Sube a duras penas al carruaje que debe transportarlo a la Casa Rosada y desde allí saluda de pie, a la delirante multitud. Por fin sube, junto a él, el vicepresidente Pelagio Luna que había quedado rezagado por la muralla humana. De pronto los caballos de la carroza son desenganchados por la gente ante el estupear del Presidente que, inmediatamente, se dirige al coronel Martínez, jefe de la escolta de granaderos, que a caballo está cerca de él, y con un gesto de profundo desagrado le dice:

—Coronel, ¿cómo se permite este acto vulgar?

—Señor, es imposible evitarlo, —responde el coronel Martínez— y solamente tendríamos que sablear al pueblo para hacerlo retirar.

La orden es dada por el jefe y los soldados espolean a los caballos y atropellan con los sabies desenvainados a los manifestantes, entonces Yrigoyen comienza a hacer señas desesperadas y luego da órdenes a los gritos, pues su voz en la batahola infernal no se oye, para que se detenga la carga, cosa que felizmente ocurre enseguida.

La carroza comienza a avanzar lentamente arrastrada por la muchedumbre y, como el entusiasmo de ésta va en aumento, al llegar a Rivadavia y Montevideo, Yrigoyen se pone de pie y con ambas manos hace señas al público



Marcelo Torcuato de Alvear, flamante presidente de la Nación.

El teniente general José Félix Uriburu, presidente "de facto" y uno de los jefes del golpe militar del 6 de septiembre de 1930.



para que se modere. El avance es muy lento y el trayecto hasta la Casa Rosada se realiza en una hora y media. Cuando falta poco para llegar a ella se produce un gran tumulto del público que se arremolina haciendo esfuerzos para acercarse al carruaje y, en su impetu, envuelve al abanderado de la Escuela Naval al que arrastra, junto con la bandera, hasta la carroza presidencial. Al ver Yrigoyen cerca suyo el símbolo nacional, atrae la bandera hasta él y la besa. Esto es motivo para otro estallido de entusiasmo del pueblo.

Por fin el nuevo Presidente llega a la Casa de gobierno y allí, por primera vez se encontrará con el Presidente saliente. "La Nación" dice, en una breve noticia, ese mismo 12 de octubre: "El señor Yrigoyen no ha querido entrevistarse con el presidente doctor de la Plaza, ni ha solicitado información alguna relacionada con la marcha del gobierno. El doctor De la Plaza no conoce al señor Yrigoyen, de modo que por primera vez el presidente de la República entregará el mando a su sucesor, sin haber cambiado una palabra con éste, antes de la ceremonia oficial."

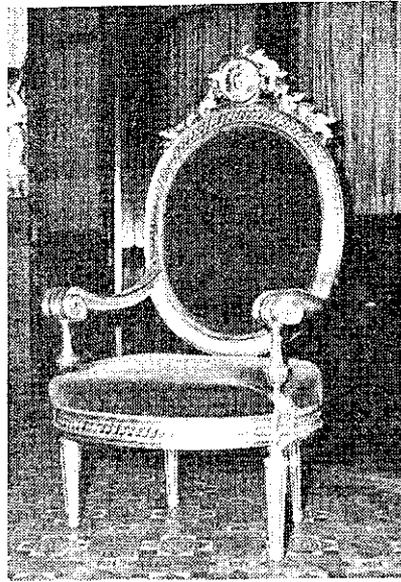
A pesar de ésto la entrevista entre ambos hombres es cordial y cariñosa, luego de las presentaciones hechas por el senador Crotto. De la Plaza felicita a Yrigoyen por su ascensión al mando y por las manifestaciones de que acaba de ser objeto. Luego le pregunta "si quiere pasar inmediatamente al gran salón de la presidencia, para llenar la formalidad de la transmisión de los poderes y volver luego para cruzarse la banda simbólica, a la sala donde se hallan."

—Lo que sea a usted más cómodo, señor —contesta el Presidente entrante—, deseo sobre todo, no ser a usted molesto.

—Bien —dice el doctor de la Plaza—, me parece que lo más cómodo para el señor Presidente, es llenar cuanto antes la ceremonia de la transmisión.

—Como parezca mejor a usted, señor, —insistió el señor Yrigoyen. (Mitre, Jorge A.: "Presidencia de Victorino de la Plaza (su gestión presidencial)", en Historia Argentina Contemporánea, de la Academia Nacional de la Historia, vol. I, segunda sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, p.244).

Al entrar al Salón Blanco ambos mandatarios reciben una calorosa ovación. Luego de las pa-



El llamado sillón de Rivadavia existe en la Catedral de Buenos Aires.

labras de estilo, afectuosas por parte de ambos, de la Plaza se despide de Yrigoyen, en un acto fuera del protocolo, pasa a la habitación contigua a colocarse él mismo la banda presidencial. Algunos lo consideraron una ofensa, cosa que, de acuerdo a lo relatado anteriormente y a la manera de ser del caudillo, estuvo lejos de importar. Posiblemente si fue una descortesía, aunque involuntaria, hacia el mandatario saliente.

Mientras esto último ocurre, de la Plaza se retira de la Casa de Gobierno acompañado por los que fueron sus ministros y, siguiendo la vieja costumbre, se dirige a pie a su domicilio. En la calle, el público reunido lo recibe con insistentes aplausos y una gran columna lo acompaña durante el trayecto, recibiendo, a lo largo de él, aplausos, vitores y flores.

El enorme público que colma la plaza de Mayo, agitando banderitas y sombreros, ovaciona a Yrigoyen cuando sale a los balcones de la Casa Rosada para presenciar el desfile militar. Cuando se retira de ésta, horas después, debe hacerlo por una puerta de Paseo Colón para eludir la gran manifestación popular que se prepara en su honor. Nunca Presidente argentino alguno había sido recibido con tanto entusiasmo, lindando en muchos casos con el fanatismo, como lo fue Hipólito Yrigoyen.

Maestro y discípulo se encuentran y se separan (1922)

A principios de septiembre de

1922 llega a Buenos Aires el presidente electo, doctor Marcelo Torcuato de Alvear, luego de haber recibido agasajos y honores de reyes y presidentes del Viejo y Nuevo Mundo.

El recibimiento en el puerto es de gran emotividad y el presidente Yrigoyen, contra los usos protocolares, va a esperarlo, es su "discípulo dilecto", y cuando comienza a descender por la pasarela del "Massilia" se adelanta rápidamente y lo estrecha en un abrazo. Luego una multitud de varias cuadras acompaña a pie a Alvear. A raíz de ésto, el periódico conservador "La Fronda", archienemigo del radicalismo, parodiando a Rubén Darío ridiculiza este recibimiento:

"Ya viene el cortejo,
Ya se oyen los broncos
cañones,
La calva se anuncia con vivo
reflejo.

Ya viene el cortejo
de los adulones."

Pero el radicalismo ya estaba sufriendo las consecuencias de una división que se iba ahondando cada vez más. Manuel Gálvez relata que antes de dejar el mando Yrigoyen se despidió personalmente de los empleados de algunas oficinas y en una de ellas, en que la mayoría han sido nombrados o ascendidos por él, les dice con una voz y una mirada cargadas de profunda melancolía:

Ustedes van a sufrir persecuciones, pero no abandonen sus sentimientos radicales; yo volveré dentro de seis años.

El caudillo se iba y sabía que muchos de los que venían con el nuevo Presidente, que había llegado por obra suya, no le eran afechos y lo combatirían con todas sus armas.

"La Prensa" ya estaba en la oposición otra vez, como tantas en su historia, y en su nota editorial del jueves 12 de octubre de 1922 dice:

"El señor Hipólito Yrigoyen concluye hoy su período de Presidente de la Nación Argentina. El país ha experimentado una desilusión de año en año en cada uno de los seis que formaron este período constitucional, porque el "gobierno ejemplar" prometido se definió cada año, en un gobierno de acción personalista, de pensamiento estrecho, de perturbación institucional, de ruina financiera."

Pero gran parte de la población es ajena a los entretelones de la política partidaria y para ellos sigue siendo una fiesta radical el día de la transmisión del mando. Vítores y aplausos siguen a la carroza que transporta a Alvear desde su residencia, en la calle homónima, hasta el Congreso, estas manifestaciones se renuevan cuando, luego de prestar juramento, reaparece en las escalinatas del Palacio Legislativo y llegan a su climax cuando hace retirar la carroza y emprende a pie, en un gesto muy efectivo para granjearse la simpatía popular, el trayecto entre el Congreso y la Casa Rosada, acompañado por una gran comitiva y llevando de su brazo izquierdo al vicepresidente Elpidio González y del derecho al senador Leopoldo Melo, que era como llevar a su izquierda al símbolo del "personalismo" y a su derecha al símbolo del "antipersonalismo".

El gentío es impresionante en todas partes y a la entrada de la Casa de Gobierno es tan denso, que para que el Presidente pueda penetrar en ella con su comitiva se puede decir que hay que luchar a brazo partido. Son tales los apretujones y empujones que el que será ministro de Marina del nuevo gobierno, el vicealmirante Domecq García, sale con los entorchados de su uniforme totalmente desgarrados.

En el Salón Blanco se han dis-

puesto asientos especiales para los familiares del Presidente entrante y del Presidente saliente, pero los familiares del segundo no concurren y la esposa del primero presencia los actos de la calle desde uno de los balcones del Banco de la Nación, no concurrendo al Salón Blanco.

Luego de las palabras de estilo, en la ceremonia de transmisión, dichas en voz muy baja, tanto por Yrigoyen como por Alvear, ambos se estrechan las manos con efusividad, pero, otra vez se rompe el protocolo, Yrigoyen no entrega a su sucesor las insignias del mando. Al retirarse el ex-Presidente del Salón Blanco, lo siguen sus ex-ministros y un grupo de amigos al grito de "Viva el doctor Hipólito Yrigoyen" y "viva" el general de los radicales". En estos momentos otra vez se producen escenas tumultuosas. Ya en la calle Rivadavia el gentío se abalanza hacia donde está Yrigoyen y lo levantan en alto, atronando todo el ámbito el grito de "¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen!". Un cordón policial consigue rodearlo, protegiéndolo durante unos minutos del excesivo entusiasmo de sus partidarios y luego le abre paso hasta su automóvil donde a duras penas pueden introducirlo porque él se resiste a hacerlo. Pero no es mucho el trayecto que recorre el coche cuando el caudillo consigue bajarse, y ya en la avenida de Mayo sigue a pie

encabezando una manifestación que se desplaza lentamente, mientras la inmensa muchedumbre corea su nombre con un entusiasmo inigualable.

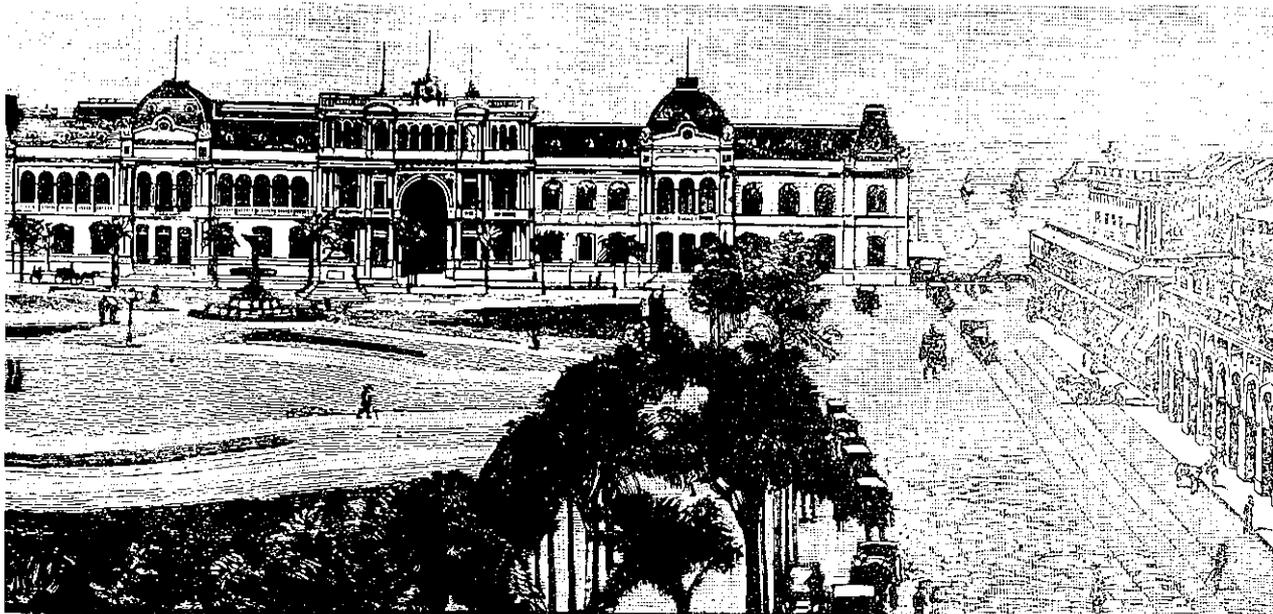
Todo esto es contemplado desde la ventana del despacho presidencial por Alvear. ¿Qué pasará por su mente? Posiblemente la gran diferencia de popularidad que hay entre el "Pelado" y el "Peludo". Esa inmensa muchedumbre los separa y, a medida que Yrigoyen se aleja de la Casa de Gobierno, Alvear debe sentir que también se aleja de él.

Hubo una asunción presidencial más, siguiendo la continuidad constitucional que venía desde 1862. Luego, la revolución de 1930 interrumpió esa secuencia.

Desde entonces hubo otras asunciones presidenciales, alguna notablemente suntuosa, como la de Ortiz (1938), apoteótica como la de Perón (1946), dramática como la de Guido (1962), caótica como la de Cámpora (1973). Cada una de ellas y otras que omitimos, tuvieron sus propias características, de acuerdo con el marco político que las rodeó e incluso la personalidad del mandatario, legal o *de facto*, que protagonizó la ceremonia.

Los tiempos cambian. Pero a pesar de ello, las esperanzas de la gente, cada vez que asume un nuevo presidente, florecen y prosperan...

La Casa Rosada hacia 1890.



Proyecto y construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)

Selección, prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi.

Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, 599 págs.

por Luis Alberto Romero

La aparición de este nuevo volumen de la Biblioteca Ayacucho permite a los lectores argentinos reencontrarse con quien, casi con seguridad, es el más importante de sus historiadores. La figura de Tulio Halperin Donghi es bien conocida para quienes estuvieron en contacto con la Universidad en la brillante y no repetida etapa que, bruscamente, se interrumpió en 1966; por entonces, estaba asociado con un grupo que, todavía con modestia, impulsaba la renovación de nuestros estudios históricos. Interrumpida aquí su carrera, Halperin la siguió en algunos de los principales centros universitarios: Harvard, Oxford —donde dirigió el Centro de Estudios Latinoamericanos y Berkeley, California, donde actualmente enseña. Hace algunos años obtuvo el premio bianual de la American Historical Association a la mejor obra sobre historia latinoamericana.

A los argentinos nos ha quedado el seguirlo de lejos y sus libros, han ido apareciendo regularmente. La *Historia contemporánea de América Latina o Hispanoamérica después de la Independencia*, irremplazables en su género; algunos trabajos sobre nuestra historia contemporánea, como el que incluyó en la *Historia*

Argentina que dirigió, o su aporte a la polémica sobre las tesis de Gino Germani, recientemente reeditada. Su contribución principal, sin embargo, se ubica en el período de la Argentina criolla: un tomo de la *Historia Argentina* ya mencionada —*De la Revolución de independencia a la Confederación rosista*— y sobre todo, lo que es su obra principal: *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, aparecida en 1972, que es una de las obras más importantes de la historiografía argentina.

El presente trabajo está en cierta manera condicionado por las características de la colección en la que se incluye. Es, ante todo, una selección de textos de la época, precedida por una larga introducción. La selección es, ya, una verdadera reconstrucción del problema, lograda a través de un recorte y un montaje de las fuentes muy peculiar. Reuniendo y ensamblando textos de muy diversa índole —de las *Bases* de Alberdi a poemas de Ascasubi; de fragmentos de Sarmiento a discursos, de Mitre o artículos de José Hernández— Halperin logra ofrecer una imagen coherente y precisa de uno de los períodos más confusos y conflictivos de nuestra historia.

La época en cuestión ha sido objeto de muchas interpretaciones que, en lo esencial, pueden agruparse en dos grandes conjuntos. Hay quienes ven en los tormentosos episodios que la jalonan la mera expresión de desencuentros entre quienes, en el fondo, aspiraban a lo mismo. Halperin señala la relación entre esta interpretación y la orientación cada vez más apologetica y casi hagiográfica que a fuerza de celebrar centenarios, está adoptando nuestra historiografía oficial. Del otro lado, las numerosas vertientes del revisionismo, ansiosas por encontrar en cada episodio de la agitada historia política la expresión de la lucha entre las dos grandes líneas que —según creen— se enfrentan desde la eternidad en nuestra historia, han terminado por ofrecer una versión brutalmente simplificada de los conflictos y, en muchos casos —apunta Halperin— poco preocupadas por la más elemental veracidad.

El tema de Halperin se circunscribe, en cierta medida, a un problema de historia de las ideas y de su confrontación con las situaciones sociales. A mediados de siglo, un grupo de intelectuales —la "gente letrada"— proyectó construir una nación que, tomando

en cuenta los datos de la realidad, sin embargo la rehiciera totalmente. Heredaban mucho de los proyectos de la Generación de 1837 —a la que la mayoría estuvo adscripta— pero los dotaban de una serie de experiencias adquiridas en los duros años de exilio y lucha. En primer lugar, la percepción de los cambios en la economía mundial y de la posición que cabía a la Argentina en la era del capitalismo expansivo. En segundo lugar, la de que Rosas —a quien combatían— habría de dejar una herencia positiva: la unificación nacional en torno de un poder fuerte. Ambas premisas están presentes en los proyectos, coincidentes y divergentes a la vez, de Fraguero, Félix Frias, Sarmiento y Alberdi.

Puestos en marcha, se descubrió que la realidad reaccionaba de manera imprevista. En lugar de la paz en torno de un poder fuerte, lo que siguió a Caseros fue la reaparición de una lucha facciosa, que sacudió al país por tres décadas y que, en su momento culminante, se mezcló con el más grave conflicto bélico que éste debió afrontar. Las mismas modalidades de esa lucha fueron sorprendentes: en Buenos Aires, en torno de Mitre, se vió renacer un tipo de vida política sustentada por una movilización popular que no sólo había sido juzgada peligrosa sino totalmente superada. Tan exitosa fue, que le permitió a Buenos Aires superar el asedio de los vencedores en Caseros y, poco después, derrotarlos y unificar el país en torno suyo. La hora del triunfo fue, para la facción porteña encabezada por Mitre, la de la decadencia: la costosa guerra externa y civil, las disensiones internas y, sobre todo, la imposibilidad de montar un sistema nacional sobre la base de un apoyo exclusivamente porteño, minaron su predominio. Quienes por entonces vislumbraron una alternativa a la lucha de facciones, a las que declaraban caducas, se nuclearon en torno de un nuevo y en cierta medida inesperado protagonista de la vida política: el Estado nacional, criatura de la facción mitrista, que pronto escapó al control de aquélla. El ejército primero, la bu-

rocracia nacional después, y quienes detentaban las posiciones en el complejo sistema político fueron anudando una malla que, una a una, sometió a las viejas resistencias.

Creyeron construir una Nación; terminaron montando, nada más y nada menos que un Estado. ¿Qué quedó de los proyectos del 52? Nunca fueron categóricamente negados, pero progresivamente es posible advertir, por detrás de fórmulas que insisten en viejos temas como la educación, la inmigración, o la colonización, que la vigorosa voluntad reformista se iba agotando y dejaba lugar a una aceptación, más resignada, de la realidad en los términos en que estaba dada.

Este enfoque, iluminador y sugerente, le permite a Halperin reiterar y desarrollar algunos temas de **Revolución y guerra** y, también, avanzar en campos nuevos. Quizá lo más notable de aquel libro haya sido la elaboración de una serie de instrumentos para analizar el funcionamiento de la vida política. Halperin supera allí el mero relato de la sucesión de hechos y también las drásticas simplificaciones de las versiones fuertemente ideologizadas. La vida política tiene para Halperin estrechas conexiones con los procesos socioeconómicos de base pero, también, una amplia autonomía. En ella se mueven actores como las **facciones**, la **clase política** o la **élite letrada**. Señalemos que habitualmente utiliza Halperin categorías que correspondan a la época analizada, evitando los anacronismos o las proyecciones anticipatorias. "Gente decente" o "gente letrada", con toda su complejidad y, si se quiere, ambigüedad, aluden a una sociedad con categorías y clivajes distintos a la nuestra. Si los actores típicos de la vida social —los sectores económicamente dominantes o esa "gente decente" tan típica de nuestra sociedad colonial y criolla— participan de la vida política, lo hacen compartiendo el escenario con protagonistas específicos de ella, como esas facciones, caracterizadas por su fuerte solidaridad interna y su similitud con las rivales con quienes, sin em-

bargo, disputa encarnizadamente por un poder convertido en un fin último.

Más específicos de este volumen son sus aportes al campo de la historia de las ideas y de su relación con las situaciones sociales. Sin mayores teorizaciones, Halperin recorre los puntos esenciales del problema. El sujeto, en primer lugar, cuya historia y cambiantes circunstancias y motivaciones son permanentemente subrayadas. El contexto general de las ideas, que le permite distinguir qué hay de original y qué de repetición de fórmulas acuñadas. El público al que se dirige, cuyos estados de opinión el sujeto suele ordenar y expresar sistemáticamente, pero sobre el que también quiere influir. Halperin se identifica con su sujeto, expone su pensamiento como una glosa, haciendo suyas sus ideas y utilizando, inclusive, su mismo vocabulario. Pero, en sutil contrapunto, toma alternativamente distancia de él, recuerda su historia —o el aspecto adecuado de ella para explicar determinada inflexión de su pensamiento— señala incoherencias, limitaciones, aciertos.

Porque a pesar del definido historicismo de Halperin, hay en su análisis lugar para el juicio. Si toda visión de un problema es comprensible, hay algunas que son más coherentes, más amplias y perspicaces, toman en cuenta porciones mayores de la realidad; son, en definitiva, más relevantes. Su análisis de las propuestas de Alberdi y Sarmiento —verdaderamente magistral— lo lleva a concluir: Sarmiento —admirado y, en verdad, admirable— fue más perspicaz, pero la visión más esquemática de Alberdi, menos rica y matizada, terminó siendo, en definitiva, más operante.

Desconfiado de las teorías excesivamente amplias, Halperin suele eludir las precisiones sobre su método de análisis. Es posible que sus logros se deban, antes que a él, a una sensibilidad de historiador notable; pero acaso un estudio detenido de sus obras, que procure ponerlo en descubierto, ayude mucho a nuestra tan empobrecida historiografía.

Alfredo Le Pera, el gran colaborador de Gardel

por José Barcia



Aunque no olvidado, porque su nombre es familiar a los que no se desapegan de su entusiasmo por el tango y, además, porque se lo asocia inevitablemente a muchas y perdurables interpretaciones de Gardel, habrá de convenirse, si se atiende a las indicaciones de la realidad, en que Alfredo Le Pera se encuentra algo alejado del centro de las grandes exaltaciones del fervor popular en lo que atañe a la música y la canción de Buenos Aires. Se le conoce, es indudable, pero no demasiado y, asimismo, suelen ser contradictorias las referencias sobre su biografía y hasta ignorados algunos datos interesantes de la actividad que desplegó previamente a su alianza con Gardel

para realizar la empresa que luego los habría de unir definitivamente en el recuerdo a partir del momento de la tragedia de Medellín.

No será inoportuno, entonces, el intento de trazar una semblanza en la cual se abarque la mayor cantidad posible de hechos de su trayectoria vital. Todavía hay una fuente viva de información fidedigna que puede aprovecharse con la seguridad de recoger un abundante acopio de noticias útiles. Es la de su hermano José, cuya memoria se mantiene fresca y fluye rápidamente sin necesidad de estimularla con preguntas excesivas.

En la región italiana de Cosenza, situada entre el golfo de Tarento y el mar Tirreno, hay, como muchos otros de sus mismas características, un pueblito perdido en la montaña, una aldea que no ocupa sino un punto pequeñísimo en el mapa provincial. Se llama Pera. Allí nació, hace más de un siglo, don Alfonso Francisco de Paula Le Pera, tal como queda escrito, **Le Pera**, dos palabras y no una sola cuando se juntan. Tanto Le Pera como Lepera son apellidos presumiblemente oriundos de ese villorrio, pero con una diferencia que los separa aún más que la distinta ortografía: Lepera se lo adjudica a un número de personas mucho más alto que Le Pera. Sin embargo, en la Argentina es casi seguro que hay más Le Pera que en la misma Italia, pero nadie sabría explicar debidamente la razón de esa suerte de curioso fenómeno.

Como millones y millones de sus paisanos —Italia es una madre que no cesa de dar hijos inmigrantes—, Alfonso Francisco de Paula entrevió desde muy joven el viaje a América. A poco de casarse resolvió emprenderlo con su cónyuge, nacida en Nápoles, en dirección al Brasil. La pareja desembarcó en Río de Janeiro en 1896, pero eligió a San Pablo como lugar de residencia transitoria hasta tanto percibiesen el rumbo definitivo que convenía seguir. En 1897, el matrimonio recibió alborozado la llegada del primogénito, a quien llamaron Rodolfo. Infortunadamente, la alegría no fue más que un lampo: el niño murió víctima de una enfermedad contra la cual el esfuerzo médico resultó vano.

A pesar de lo que tenían pensado inicialmente, los desconsolados padres permanecieron en San Pablo más tiempo del previsto y acaso se hubiesen radicado para siempre allí si una grave epidemia que cundía por la ciudad no les aconsejase sin vacilación el traslado inmediato a cualquier lugar resguardado del peligro de contagio. Resolvieron entonces dirigirse a Buenos Aires sin más trámite, urgidos por el imperioso afán de escapar a la amenaza que los cercaba, tanto a ellos como al segundo vástago, que había visto la luz el 6 de junio de 1900 en el barrio de Ciudad Jardín de la ahora pujante cosmópolis brasileña. Lo habían bautizado con el nombre de Alfredo, que sería el Alfredo Le Pera de las canciones tangueras, compuestas casi todas para que cobra-



Carlos Gardel y Alfredo Le Pera, al llegar a Bogotá, donde el primero tuvo clamorosos éxitos.

sen amplio vuelo en la voz privilegiada de Carlos Gardel.

El niño porteño

Alfredo Le Pera, pues, abrió por primera vez los ojos al mundo en el Brasil, pero su espíritu fue esencial y se diría exclusivamente porteño. Se formó aquí por completo y aquí transcurrió el período de las experiencias decisivas de la vida, de esas que imprimen el sello definitorio de la personalidad, claro que con el apoyo fundamental de los rasgos de la

herencia. Puede afirmarse, por lo tanto, que fue tan argentino como sus tres hermanos —dos varones y una mujer—, nacidos en Buenos Aires. Su obra de poeta popular, por lo demás, testimonia plenamente la porteñidad acendrada de sus sentimientos, de su manera de ser, de su entrega total a la tierra de adopción.

La infancia y la adolescencia del futuro autor de "Cuesta abajo" tuvieron por escenario el barrio de San Cristóbal. Los últimos grados del ciclo primario, por ejemplo, los cursó en la escuela Gervasio de

Posadas, que estaba instalada, y sigue estándolo, en la calle San Juan entre las de Pasco y Pichincha, y de la cual era director el señor Luis Picarell, de quien Le Pera conservó siempre un recuerdo cordialísimo. Los estudios secundarios los cumplió todos en el Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, que, en su época, funcionaba en Chile, entre Solís y Entre Ríos. Queda señalado, pues, que se recibió de bachiller y acaso se hubiese diplomado como médico, pues ingresó en la Facultad de Medicina. Empero no tardó en abandonar sus aulas, exigido por otras reclamaciones más perentorias, que eran las de su auténtica vocación.

Entre los profesores que le preparó el bachillerato se incluía Vicente Martínez Cuitiño, uno de los comediógrafos más finos de que puede enorgullecerse la literatura dramática argentina. El padre de Alfredo era hombre muy adicto al teatro, como lo fueron tantos individuos de su tiempo, el cinematógrafo estaba en pañales, la radiofonía se enclaustraba en los gabinetes de los técnicos y de la televisión pudo decirse que tenía mucho de proyecto utópico. Y junto con su afición a la escena, don Alfonso Francisco de Paula mantenía amistad con Martínez Cuitiño. Alfredo Le Pera encontró el camino allanado para sumarse al círculo afectivo de su maestro, también interesado por el muchacho porque le había llamado la atención su despejo y su entusiasmo por las letras. Y ya que mencionamos las letras, es justo recordar que el Ministerio de Instrucción Pública le envió una nota de felicitación a raíz de una monografía escrita por el joven alumno del Rivadavia.

Su aproximación al creador de "El malón blanco" y "Horizontes" y el fervor teatral de su progenitor, lo condujeron como de la mano por la dirección que ansiaba tomar.

En "La Siringa"

En los años iniciales de su juventud, cuando todavía la adolescencia se negaba a irse del todo, Le Pera se repartía entre el barrio y el centro de las luces profusas, entre la tranquila existencia vecinal y el vibrante movimiento de Corrientes, Esmeralda, Maipú y otras arterias que aguardaban la noche para mostrar su cara verdadera. En San Cristóbal, estaba sóli-

damente unido a la barra de muchachos de su edad, dueño cada uno de ilusiones rosadas y de sueños a través de los cuales todos pretendían evadirse de la rutina cotidiana. Llegaban las fiestas de los Carnavales, de los Carnavales que se jugaba con agua por la mañana y con pomos —¡Oh los pomos "Las bellas porteñas"!— que despedían breves chorros perfumados y con serpentinas —nerviosas y finas, como canta el tango— por la noche, y los sueños adquirían, por un instante, una imagen tangible, como para ser acariciada.

Entonces Alfredo Le Pera, que tenía vena histriónica y sentido del humor, se disfrazaba de cocoliche y monologaba en el lenguaje revésado del gringo que no puede pronunciar la castilla y la destroza con los esperpentos de sus invenciones absurdas. Junto a los hijos del doctor Benjamín Bonifacio —un médico que no cobraba las consultas a los pobres y veía con frecuencia a Hipólito Yrigoyen, de quien era amigo entrañable y sostenedor de su política en la tribuna partidaria y en la banca de la Cámara de Diputados—, con ellos, decía, se divertía a lo grande en esas horas en que Momo concede amplia libertad para que se le rinda el culto de la locura desatada de la circunspección de los demás días del año.

Ya noctámbulo de la farándula, cuando retorna a la normalidad de la vida despojada de caretas, disfraces y música, Alfredo Le Pera penetra en los últimos recovecos de las bambalinas, trata a autores y actores, se convierte en un habitante más de ese mundo de magia que alumbran las candilejas. Conoce a Enrique de Rosas, a Vittone, a Segundo Pomar, a José Franco, a Ivo Pelay, a Manuel Romero y, en fin, a las figuras rutilantes de ese periodo extraordinario del teatro nacional que se extiende entre las postrimerías de la década del '10 y las de la década del '20.

Se mete aún más adentro de Buenos Aires cuando un azar venturoso lo lleva a ser secretario de actas de "La Siringa", esa fantasmagórica sociedad ideada por José Ingenieros para reunir en un sólo haz a los talentos, a las extravagancias y las bromas de un grupo de hombres dispuestos a reírse de todo y de todos, a burlarse de las solemnidades, a mofarse de los personajes acartonados. Quien

quiera introducirse en la atmósfera que reinaba en "La Siringa", tiene a su alcance el medio perfecto para conseguir su objeto. Le basta con la lectura de las memorias de Manuel Gálvez, porque en sus páginas hay una descripción insuperable de esos locos de verano que dejaban colgada su cordura en la percha cuando se desmpeñaban en función de **siringueros**.

Naturalmente, Alfredo Le Pera escribía las actas de las desopilantes sesiones en el estilo propio de las cuchufletas y chirigotas que gastaban los miembros con prodigalidad asombrosa porque tenían ingenio a raudales. El, tampoco podía dejar de ser un fabricante de fantasías.

En el periodismo

Pero este vivir despreocupado tenía un límite, a partir del cual no se avanzaba un paso más. Quiero significar que le era preciso e impostergable dedicarse a la dura tarea de ganarse el pan con el sudor de la frente. Le Pera encontró prontamente la huella: el periodismo teatral. Sino la primera, una de las primeras hojas en que ejerció el oficio de escriba —como se dicen entre sí los redactores de crónicas y de críticas pergeñadas sobre el tambor— tenía un pregón grato a los porteños y montevideanos. Se llamaba "El Plata" y era de propiedad del señor Sienna Carranza. (Este dato, como otros que se entreveran a lo largo de las presentes líneas, me lo proporcionó Jacobo A. de Diego, que es una biblioteca circulante y un archivo andante de cuanto tiene vinculación con la historia criolla del arte de Talía.) En "El Plata" remó en las galeras al lado de Mario Bernard, el "flaco" Bernard, Alejandro Lamanna —que, felizmente, todavía la puede contar—, el "gordito" Manuel Alba, un brillantísimo prosista y un cohocedor profundo de las cosas del cine, el "gaucho" Antonio Miguel Podestá, que fue director de la revista "Aquí está", acaso única en su género, y Manuel Sofovich, con quien anudó una amistad fraterna y honda. Pero antes de que se me olvide: el "gaucho" Podestá, además de periodista y poeta, compuso los versos perdurables del tango "Como abrazao a un rencor", cuya música pertenece a Rafael Rossi.

Posteriormente, Le Pera reforzó las huestes de "El Telégrafo", un vespertino travieso que reflejaba las modalidades de un Buenos

Aires que había comenzado a sonreír después del prolongado interregno de tristeza y pobreza que habían traído la primera guerra europea y la grave crisis económica que la sucedió. Nuevamente se encontró con Sofovich y además con Andrés Amor y Luis Viale. Trabajó asimismo un breve período en "Última Hora", cuya sección Teatros manejaba Julio F. Escobar.

Aquí corresponde iniciar un paréntesis, todo lo sintético de que pueda ser capaz, para subrayar que la crónica periodística de los diarios de la tarde fue, en aquellos remotos días, una especie de antesala de autores en ciernes o de salas de armas en que los muchachos de pluma llevar se iban preparando para dar airosoamente el salto hacia la aventura de la obra propia puesta en el proscenio para insuflarse de vida en la palabra y los gestos de los intérpretes. Ya he mencionado a Manuel Sofovich, Julio F. Escobar y todavía me falta citar a Luis César Amadori, Enrique Gustavino, Edmundo Guibourg, Domingo Parra, Pablo Suero, Francisco Collazo, Carlos C. Dedico, Manuel Romero,



Le Pera, argumentista y representante de Carlos Gardel, se despidió del público en el aeródromo de Bogotá

Samuel Linnig, Samuel Eichelbaum, Roberto Tálce, Homero Manzi, Enrique García Velloso y otros que se me quedan en la trastienda de la memoria, todos los cuales, después de borronear cuartillas y cuartillas, se enfrentaron con la alta responsabilidad de la creación. A ese linaje se adscribió también Le Pera, puesto que le puso su firma a una comedia titulada "La plata de Bebe Torres" y a un sinnúmero de sketches para ser intercalados en las revistas de ba-taclán que se representaban en el

Sarmiento, una sala que sucumbió cuando el trazado de la avenida 9 de Julio, lo mismo que su vecina de enfrente, el Buenos Aires. A veces con Sofovich y en otros casos con Pablo Suero, colaboraba en ese tipo de espectáculos que se desenvuelven entre bailes, música, piernas femeninas, diálogos y abundancia de luz brillante.

Amigo de Vacarezza

Le Pera incluyó entre sus amigos dilectos a Alberto Vacarezza, el proficuo sainetero y juglar con fuerte acento de payador. Se encontraban invariablemente en uno de estos tres sitios: los cafés de Corrientes —angosta e insomne de la bella época—, en los vestíbulos o secretarías teatrales o en las timbas, porque también ésta del juego —al monte, a la guitarra y a otras formas semejantes de tirar el dinero— fue una particularidad común a la mayoría de los autores y, en menor grado, de los actores.

Tengo entendido, por las anécdotas que escuché cuando yo me inicié —en las lides

Gardel, Le Pera y Swartz y sus hijos pequeños, fotografiados antes de emprender el trágico vuelo



periodísticas—, que Le Pera celebraba gozosamente las salidas y ocurrencias de Vacarezza relacionadas con su pasión timbera. En una oportunidad se sintió acometido por una risa casi vesánica, al referirse que Vacarezza, sin un peso en el bolsillo porque lo había perdido todo, le propuso al tallador de la partida de monte esto que parece inverosímil:

—Voy dos balazos a la sota...

El hombre del naípe, que lo conocía, no se sobresaltó por tan singular parada, y sin perder la calma, le preguntó:

—Si erra... ¿con qué paga?

—Los dos balazos me los pega usted a mí...

Otra vez, acertó varias cartas seguidas y recogió un montón de billetes de ganancia. Apartó dos canarios, que eran de cien pesos de la moneda antigua y se los calificaba así por su color amarillo, y los guardó, arrollados, en el bolsillo más pequeño del pantalón, el "chiquilín", a tiempo que le decía a quien tenía al lado:

—Estos no salen más del calabozo...

Pero cambió la dirección del viento y la racha se le volvió en contra. El dinero que tenía en la mano le desapareció como el humo y durante un breve momento se quedó mirando el tapete hasta que no resistió más y acudió a la reserva que pensaba no tocar. Entonces, para justificarse, le reveló a su compañero cercano:

—¡Qué cuña tenían estos presos! Salieron enseñada...

Un día cualquiera, de 1929, el empresario del Sarmiento le formuló una propuesta que jamás pudo imaginar: viajar a París para efectuar una serie de compras que significasen la última palabra de la moda revisteril en la que era la capital del mundo de la revista. Y alegre como unas Pascuas, Le Pera, junto con Mariano Hermoso, un hombre de origen español vinculado al teatro radicado en Buenos Aires, se trasladó a Francia. Allí adquirió vestuarios y cortinados y, además, veinte galgos, porque se había puesto en boga que las vedettes apareciesen en escena con esos hermosos perros de figura estilizada, como lo hacían las señoras de la aristocracia en los parques.

Probado el licor francés, el paladar de Le Pera no pudo ya tolerar ni el de Buenos Aires siquiera. A aquel corto viaje, siguió en 1930 un segundo en fecha casi inmediata, ahora para trabajar en una empre-

sa poderosa, como era Artistas Unidos, a cuyas películas les traducía los títulos y las leyendas para que pudieran exhibirse en el mercado de habla hispana, sobre todo en España. Su dominio del idioma de Racine le facilitó la labor y por su empeño de apoderarse de la técnica de las películas, la experiencia de seis meses —que ese fue el plazo de su afincamiento en la capital que cruza el Sena— le resultó singularmente útil, además, por supuesto, de las amistades que fue contrayendo con el correr de los días.

De regreso en Buenos Aires, vuelve a la redacción de "Última Hora", pero esta segunda etapa no tuvo más sello visible que el de la fugacidad, porque sentía a París como un imán cuya fuerza magnética no conseguía neutralizar. Y volvió no más, ahora contratado por la empresa Paramount. Pero aquí se impone ceder la palabra al señor Manuel González.

Como era Le Pera

En uno de los días inmediatos que siguieron a la catástrofe de Medellín, el diario "Crítica" de Buenos Aires entrevistó al señor Manuel González, "vinculado desde hace largos años a nuestros escenarios y organizador de aquella célebre gira de Gloria Guzmán, Sofía Bozán y un conjunto de baquetas criollas por Europa". Más abajo van las declaraciones que formuló en aquellas circunstancias, pero antes de reproducirlas parcialmente, es preciso consignar que el periodista, autor del reportaje señaló que el señor González fue "quien lo llevó a Le Pera a Europa y en cierto modo lo unió a Gardel en sus andanzas. En efecto, en el conjunto de Gloria Guzmán se incluía Le Pera". Y añade el cronista: "González contrató en París a Gardel para realizar su primera película, "Luces de Buenos Aires".

Ahora, sí, oímos a Manuel González:

—"Empezó a tener éxito Le Pera en París con motivo de la filmación de la película 'Espérame'. Esta película, realizada por ingleses, había resultado un verdadero fracaso. Fue Le Pera quien rehaciéndola, la tornó representable y le consiguió un éxito discreto.

"Pero su gran éxito lo logró poco tiempo después dirigiendo en su totalidad 'Melodía de Arrabal'. A través de estas producciones, quedó definitivamente vin-

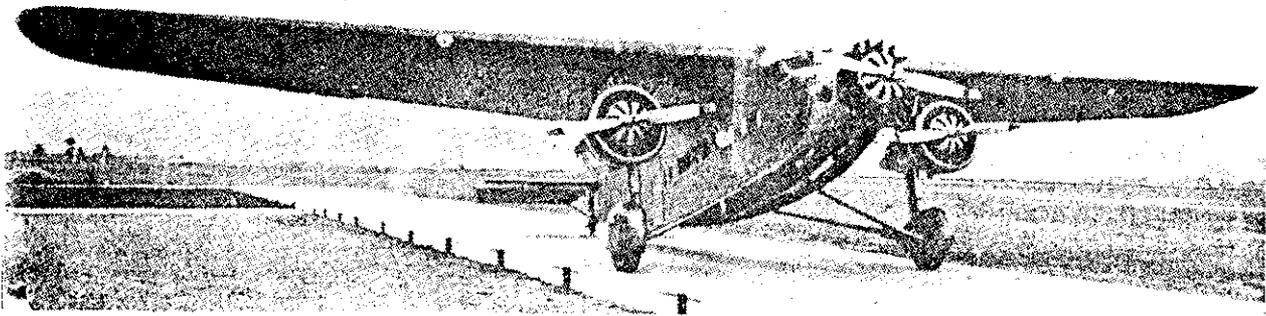
culado a Gardel, y, hombre de empresa, animó al gran cantor criollo a esfuerzos más ambiciosos: Le Pera fue el que lo llevó a Hollywood.

"Yo me explico perfectamente su amistad última con Gardel. Le Pera tenía talento y se avenía por su manera de ser con el gran cantor de Buenos Aires. Le gustaba la noche, mientras que el día lo dedicaba a largos contactos con la cama. Su capacidad de trabajo era excepcional. Lo conocí siempre laborioso y con afán de aprender. Su biblioteca era realmente enorme. Recuerdo que una vez guardó doscientos pesos en un libro y luego se olvidó del título del libro. Durante cinco meses buscó los doscientos pesos entre los volúmenes de la biblioteca. Un buen día, al oír una obra de teatro, aparecieron."

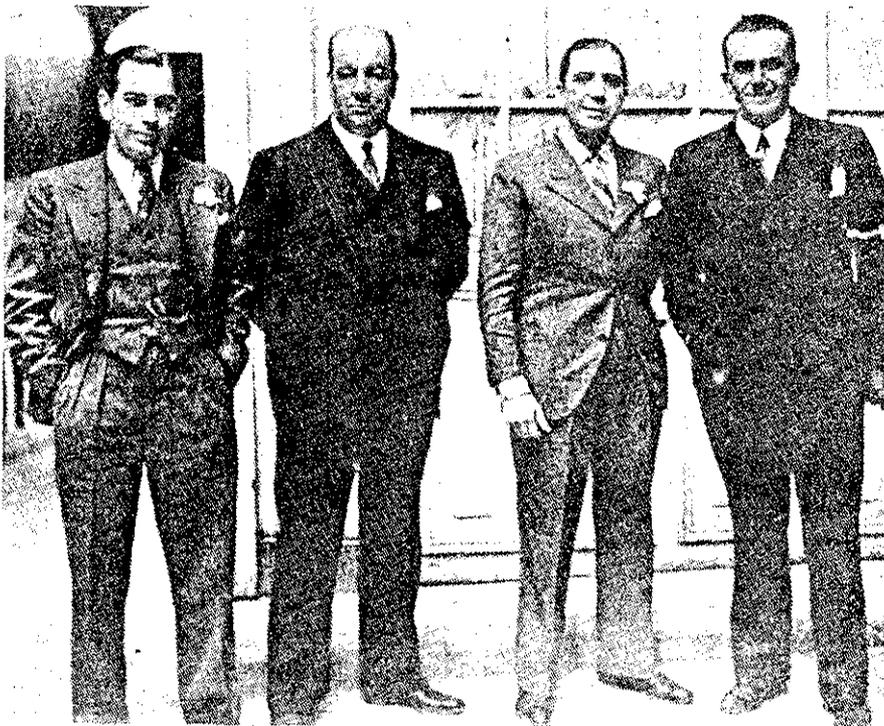
Afirmó el señor González que fue Le Pera quien llevó a Gardel a los Estados Unidos. En este punto, conviene conocer la información que proporciona José Le Pera, hermano menor de Alfredo. Nos refiere, entre sorbo y sorbo de café, que la empresa filmadora "Paramount", en un momento determinado, suspendió sus actividades en Francia porque el gobierno había prohibido, con carácter general, la remesa de divisas al extranjero. En consecuencia, Gardel pareció tener ante sí la no muy agradable perspectiva de buscar un nuevo rumbo como actor, pero, felizmente, la solución del problema la encontró sin demora. Los dirigentes de la "Paramount" lo invitaron a trasladarse a los Estados Unidos para trabajar en sus estudios, donde más tarde se rodaron las cuatro películas que lo tuvieron como figura estelar. Alfredo Le Pera, que ya estaba entrañablemente unido a él, lo acompañó en la patriada y no es obligatorio subrayar como les fue a ambos en el país del Norte, con qué presteza y brillo se abrieron paso merced a los filmes y los tangos.

Su obra autoral

Le Pera ancló en las tierras de Washington muy bien pertrechado para afrontar las dificultades que un país desconocido opone a los sueños de quienes se proponen conquistarlo. Era periodista de pluma ágil, capaz de trasladar sin vacilación al papel, con estilo acertado, los frutos de su imaginación fértil; había aprendido los secretos del cine, los técnicos y los comerciales, los que llevan a la adhesión



En este avión encontraron la muerte en Medellín (Colombia), Gardel, Le Pera y otras víctimas. La tragedia se precipitó el 24 de junio de 1935.



También esta fotografía fue obtenida en Medellín (Colombia) y en ella aparecen Gardel y Le Pera con los señores

De Francisco y Reyes, que eran empresarios de espectáculos.

popular y los que se relacionan con la búsqueda del atractivo de los intérpretes en el público. Y si ésto fuese poco, tenía a su favor la facilidad para rimar versos no esencialmente poéticos, pero de efectos sobrados para suscitar la emoción. Además, con un ladero como Carlitos Gardel, ¿por qué te iba a ir mal, qué obstáculos no superaría?...

"La casa es seria", un cortometraje del que nunca Le Pera se acordó con mucho entusiasmo,

fue su primera incursión en el celuloide. La segunda, "Espérame", con argumento suyo, pero realización ajena, que rehizo más tarde para que "pasara", porque la versión original tenía defectos a granel. Viene más tarde su verdadera prueba de fuego: "Melodía de arrabal", filmada en Francia, por la cual se le concede el reconocimiento de su idoneidad para enhebrar la trama que las cámaras registran minuciosamente más tarde en la pantalla.

De su actividad en los Estados Unidos son "Cuesta abajo", "El tango en Broadway", "El día que me quieras" y "Tango Bar". Estos cuatro filmes, lo mismo que "Melodía de arrabal", los trazó Le Pera para la medida de Gardel, con quien, seguramente, consultó en todos los casos las escenas que los compondrían, su engarce y a los efectos a que había que apuntar para ganar sin tropiezos el franco apoyo de los espectadores. Implícitamente, queda anotado de

este modo que en las películas recordadas lo que interesó, interesa e interesará por arriba de cualquier aspecto, es Gardel, su estampa y su voz, tanto la del cantor como la del hombre. Le Pera pensó exclusivamente en el lucimiento del llamado zorzal criollo y para alcanzar su fin, no pensó en otra cosa que no fuesen las situaciones que requería Gardel para mostrar no el papel ficticio de la comedia sino su ancha simpatía humana y su arte de cantante inigualable en el género tanguero.

En resumidas cuentas, el cine no fue el vehículo que le sirvió a Alfredo Le Pera como el más apropiado para legar su recuerdo a la posteridad porteña. Su condición de argumentista es, probablemente, la que menos se juzga en la penumbra de una sala cinematográfica cada vez que en el lienzo que la platea tiene delante suyo aparece la imagen de Gardel. Tampoco se concentra demasiado la atención en los actores que acompañan al ídolo. Lo único que realmente cuenta en las cintas que a Gardel

tienen como animador impar es él, su pinta, con algo de compadre del más alto cuño del señorío y la elegancia, la manera como sonríe, la vivacidad de sus ojos, los ademanes sobrios cuando necesitaba exteriorizarlos para afirmar, negar o aumentar el énfasis y, claro, el hechizo de su voz, quizá sin parangón con ninguna otra en el campo de la canción popular en todo el mundo.

Lo que a Alfredo Le Pera corresponde adjudicarle como impulso creador de acento personal indiscutible no compartido con nadie, es el mérito de sus estrofas acopladas al tango, su sentido profundo para tocar con versos la sensibilidad de la gente. Estos son algunos de los títulos de sus tangos: "Volvió una noche", "Silencio", "Mi Buenos Aires querido", "Cuesta abajo", "El día que me quieras", "Volver", "Sus ojos se cerraron", "Golondrinas", "Amargura", "Por una cabeza", "Arrabal amargo". Quedan otros en el tintero, como quedan canciones, valeses, tonadas, zambas y algún fox-trot.

Las mencionadas y todas las demás que integran su obra completa, están recorridas, a veces, por la nostalgia; otras por el dolor de amores muertos y, a menudo, por la amargura que destila el alma cuando no consigue olvidar los momentos de dicha vivida en el pasado.

Su temática se reparte entre Buenos Aires, el barrio y el amor y para su tratamiento no utiliza sino el lenguaje culto o, por lo menos, el que no apela a las palabras del coloquio corriente y menos aún, a las que el lunfardo prodigó sin tasa a los letristas.

Señaló, finalmente, que los tangos de Le Pera no se agotaron con la desaparición de Gardel. Es cierto que adquieren perdurabilidad indeclinable en los discos que grabó Carlitos, pero también es verdad incontestable que han resistido airoosamente la prueba de la aceptación pública cuando salieron —y siguen saliendo sin pausa— de los labios de otros cantores.

LIBROS RECIBIDOS

Revista de la Junta de Estudios Históricos de Neuquén - Número extraordinario con motivo de la Conquista del Desierto, 210 páginas.

Chascomús entre dos siglos (1873-1917). Retrato de una sociedad tradicional, por Alicia N. Lahourcade. Municipalidad de Chascomús, 269 páginas.

El Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, por Antonio Lascano González, Ediciones Culturales Argentinas (Ministerio de Cultura y Educación), Buenos Aires, 138 páginas.

La Fiesta de San Baltasar, por Alicia C. Quereilhac de Kussrow, Ediciones Culturales Argentinas (Ministerio de Cultura y Educación), Buenos Aires, 241 páginas.

Museo de Telecomunicaciones, ediciones de ENTel, Buenos Aires, 64 páginas, 1980.

Seis aportes culturales, ediciones de ENTel, Buenos Aires, 16 páginas, 1980.

El origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, por Doris Klubitschko, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 85 páginas.

Educación e industrialización en la Argentina, por Juan Carlos Tedesco, Fichas, UNESCO y otros, Buenos Aires, 1980, 79 páginas.

Alfabetización y escolarización básica de los jóvenes en América latina, por Juan Pablo Terra, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 159 páginas.

Notas acerca de la expansión universitaria, el mercado de empleo y las prácticas académicas, por Germán W. Rama, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 34 páginas.

Educación y democracia, por Germán W. Rama, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 32 páginas.

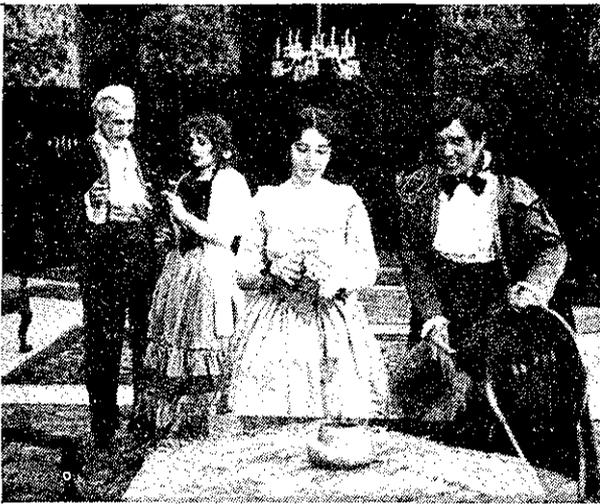
Educación, imágenes y estilos de desarrollo, por Germán W. Rama, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 67 páginas.

Disyuntivas de la educación media en América latina, por Rodrigo Vera Godoy, Fichas, UNESCO y otros, 1980, 94 páginas.

Aprendizaje, innovación tecnológica y recursos humanos universitarios-Consideraciones sobre el caso argentino, por Jorge Vivas, Ricardo Carciofi y Carlos Filgueira.

"El Capitán Alvarez", un viejo film norteamericano dedicado a la historia argentina

por Jorge Miguel Couselo



En la mansión de Don Felipe de Arana, canciller de Rosas: su sobrina Bonita (al centro) no ve con simpatía al rudo jefe de la policía.



El extranjero Wainwright traba relaciones argentinas, entre ellas la del ministro Arana. En la casa de éste se prenda de su sobrina.

El gran historiador francés **Georges Sadoul** al inventariar verdades y paradojas del pasado cinematográfico, señaló lo inevitable de escribir a veces sobre películas que no se han visto o difícilmente se verán. Es el caso de **El Capitán Alvarez**, un film norteamericano que interesa en relación al tratamiento de los temas históricos extranjeros por Hollywood, específicamente, en este ejemplo, de la historia argentina.

De **El Capitán Alvarez** tuvimos referencia hace un cuarto de siglo. **Pablo Cristián Ducrós Hicken**, el inolvidable investigador cuyo nombre lleva hoy el Museo Municipal del Cine porteño, lo aludió en

su serie sobre los **Orígenes del cine argentino** (Capítulo IV, "El Hogar", Suplemento de Cine, 1955). Más tarde contaba que iba a particularizar una nota, sin duda una de esas que expandió generosamente en diarios y revistas, incitando a la indagación retrospectiva del cine. Al cabo de los años, el hallazgo del original de esa nota, supuestamente inédita, en el archivo de la Fundación Cinemateca Argentina, se liga a comentarios encontrados en antiguos ejemplares de las revistas "Caras y Caretas" y "El Hogar".

La pista que da **Ducrós Hicken** interesa sobremanera, hasta revelar antecedentes desconocidos curiosos. Cuenta que **Estanislao**

Zeballos, nada menos, cumpliendo una misión diplomática en los Estados Unidos, tuvo la oportunidad de visitar la Vitagraph Co. of America, que en los albores del siglo fue una de las grandes productoras norteamericanas competidoras de la inicial Edison. Impuesto **Zeballos** de la actividad fílmica, sugirió la posibilidad de que ella se interesara en aspectos de la historia argentina. Dejó en el ánimo de **James Stuart Blackton**, el gran dirigente de la Vitagraph en ese momento, dicha inquietud y la recomendación de que leyera **Amalia**, de José Mármol. El ejecutivo consiguió de inmediato una traducción inglesa de la novela y se sintió seducido por el trasfondo

de oposiciones de la época de Rosas tanto como consideró que el final del libro era demasiado triste.

Debe tenerse en cuenta que en ese período la pantalla norteamericana estaba forjando la filosofía del final feliz (el mentado "happy endeng"), imponiendo a su producción de difusión masiva una impronta de optimismo que la diferenciara de las películas europeas. No extrañará, entonces, el otro dato que aporta **Ducrós Hicken**: el dirigente encomendó a uno de los guionistas del estudio la elaboración de un argumento menos lúgubre que aprovechara algunos de los elementos narrativos y ambientales de **José Mármol**. "Un tal Sheldon" dice el investigador, **H. S. Sheldon**, por lo que ahora podemos saber. La única fuente extranjera donde está registrada **El Capitán Alvarez** es el catálogo de la Motion Picture correspondiente al lapso 1912/1939, editado en 1951 sobre la base del "Copyright Office The Library of Congress". Allí consta, junto al título original (**Captain Alvarez**) y la extensión (Seis rollos, más o menos una hora), el director del film (**Rollin S. Sturgeon**) y el mencionado autor, además del número de registro (2864) y su fecha (12 de junio de 1914). O sea, el rodaje habría sido en 1914. El estreno en Buenos Aires fue en 1915.

Esa ficha prescinde del elenco pero **Ducrós Hicken** cita a la actriz **Edith Storey** (por cierto estrella de la Vitagraph de 1912 a 1918) en el papel de Bonita, sobrina de Felipe de Arana, ministro de Relaciones Exteriores de Juan Manuel de Rosas. Eso facilitó otro indicio para una búsqueda, no afortunada. El monumental **Filmlexicon Degli Autori e Delle Opera** (Edizione di Bianco e Nero, Roma, 1958), máximo diccionario especializado, no cita **El Capitán Alvarez** en la filmografía de **Edith Storey** ni en la del director o el productor, o disimula el título tras otro no reconocible. El argumentista ni siquiera lo registra. Obviamente, la película cuenta menos para el interés norteamericano e internacional que para el argentino. Y a la Vitagraph la historia y la leyenda del cine la asocian al género western o de cowboys, y al consiguiente aprovechamiento de los exteriores de California, premisa también norteamericana contra un cine-teatro de predominantes interiores.

Las notas que se leen en las revistas "Caras y Caretas" (15

abril 1915) y "El Hogar" (23 abril 1915) coinciden en contar el argumento de **El Capitán Alvarez**. El caballero británico Robert Wainwright visita la Argentina en misión corrcial y simpatiza con los opositores al régimen de Rosas. Es deportado pero retorna y reincide anónimamente, y de manera militante, sumándose a la resistencia activa con el seudónimo de Capitán Alvarez. En tanto había iniciado relación sentimental con la sobrina del ministro Arana. Tras la amenaza de fusilamiento por el gobierno, participa finalmente de la euforia del triunfo de la batalla de Caseros que, además, le permitirá formalizar el matrimonio. Las convenciones melodramáticas se deslizan en los últimos metros de la película. El dictador, antes de huir, pretende sustraer un tesoro depositado en el fuerte de Buenos Aires pero, pistola en mano, se lo impide el ministro Arana, una doble depresión en la partida al exilio. Tras ello, según añade **Ducrós Hicken**, la pareja recibe las felicitaciones del general Urquiza y el film termina "con el paseo de la bandera argentina triunfante". Para **Ducrós** el conspirador no es inglés sino norteamericano.

El estreno argentino de la película tuvo lugar el viernes 23 de abril de 1915 en tres salas porteñas: el Empire Theatre, otrora ubicado en Maipú y Corrientes; el Gaumont Theatre, que reformado sigue frente a la Plaza del Congreso, y el Cinema Esmeralda, mucho después Alvear, ya demolido, en aquella calle cerca de Sarmiento.

Se infiere que prevaleció una promoción ambigua, no aclaratoria de la nacionalidad de la película. Surge de los textos laudatorios de las revistas mencionadas, exaltando a la distribuidora Sociedad General Cinematográfica (que era propiedad del pionero **Julián de Ajuria**) como si fuera la productora. Decía "El Hogar": "Es digna de encomio la Sociedad General Cinematográfica por aportar este bello esfuerzo a la ilustración de los públicos, fatigados con tanta banalidad como se le ofrece en las secciones cinematográficas". Una parrafada de "Caras y Caretas" se muestra más absoluta en el equívoco: "Es innegable que, puesto al servicio de la ciencia o la historia, el cinematógrafo cumple eficazmente una gran misión educadora sobre las multitudes. Nos sugiere esta idea el loable esfuerzo que acaba de realizar la So-

iedad General Cinematográfica, reconstruyendo un episodio interesantísimo de la época del dictador Juan Manuel de Rosas, con cuya obra se inicia una serie de recuerdos nacionales que servirán para fomentar la enseñanza de la gloriosa historia argentina". En verdad, lo único que había hecho **Ajuria** correspondía a su índole de distribuidor de material ajeno: adquirir los derechos del film para su explotación en la Argentina y quizá en países limítrofes.

En 1915 no existía entre nosotros una crítica filmica especializada, de manera que otras fuentes poco agregarían y en tren evaluativo mucho más valen los posteriores juicios del tan citado **Ducrós Hicken**. Vio la película y por los ojos modernos con que la analiza tanto después, no se oculta que una copia de la misma —por otra parte lo dice— circulaba entre coleccionistas locales. ¿Se conservará? Es un misterio. En 1955 **Ducrós Hicken** asentaba: "El Capitán Alvarez sirvió de fuente de estudio, en su métrica dinámica, para que **Atilio Lipizzi** rodara un par de años más tarde su "Federación o muerte". Este, en efecto, es un film argentino de 1917, con **Ignacio Corsini** y **Lea Conti** en pareja amorosa, sobre libro del autor teatral **Gustavo Caraballo**, producido y realizado en la faz técnica por el mencionado **Lipizzi**. Se lo considera perdido.

De otro tipo de valoración que **Ducrós Hicken** hace en la nota acaso inédita, creemos oportuno retener tres párrafos:

—El film está bien construido".
—"Mantiene aquel estilo ágil de las primitivas producciones de Douglas Fairbanks y Tom Mix".
—"Se buscaron algunas casas californianas antiguas, se eligieron algunos barcos "a rueda" y "victorias", y la atmósfera se logró hasta cierto punto, no pudiendo desprenderse la ciudad de Buenos Aires de una serranía indiscreta por donde debía deslizarse la caballería federal tras algunos revolucionarios imprudentes".

Una coincidencia debe también remarcarse. Cuando en los Estados Unidos se rodaba **El Capitán Alvarez**, vagamente inspirada en **Amalia**, un hombre de teatro, Enrique García Velloso, se lanzaba en la Argentina al desafío de filmar íntegra la novela de **Mármol**. El vínculo podría ser una similar visión romántica de la historia •

3

Los títulos reemplazaban en el cine mudo a los diálogos: éste corresponde a la sentida confesión que Bonita no vacila en hacer a Robert.

4

Cuando el conspirador extranjero se ve cercado, no deja de ver a su amada y llega hasta ella disimuladamente ataviado de "gaucho"...

5

El prudente Capitán Alvarez está confundido entre estos paisanos que conspiran para el derrocamiento de Juan Manuel de Rosas.

6

Las fuerzas federales en la decisiva batalla de Caseros: el momento de mayor acción en la reconstrucción histórica de "El Capitán Alvarez".

7

Una escena de tensión: Felipe de Arana, que formó parte del gobierno de Rosas, no permite que este sustraiga un tesoro antes de huir.



3

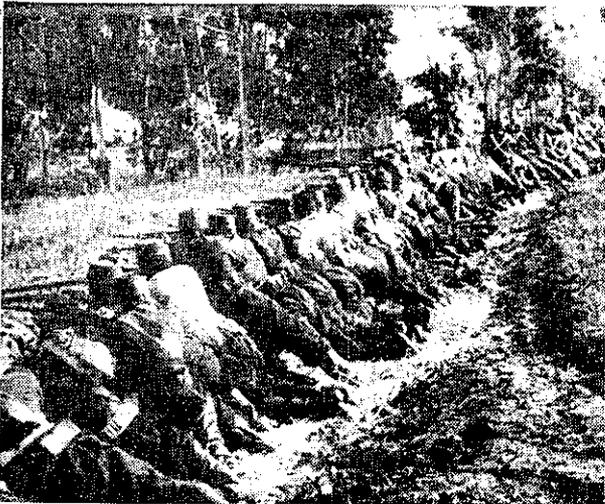


4



5

6



7



83



*José Ortega y Gasset en 1935,
poco antes que los españoles se mataran entre hermanos.*

En octubre de 1955, al año casi justo de la muerte de Eugenio D'Ors, y a los tres, casi justos también de la de Jorge Santayana, se nos fue Don José Ortega y Gasset. El mundo intelectual argentino sintió hace 25 años un desgarrador doloroso; el cerebro potente y lúcido de Don Ortega había dejado de pensar. Un amigo, un gran apasionado por nuestra tierra que, justo en aquellos momentos salía de un régimen populista, se alejaba con su propia circunstancia, su muerte. Porque Ortega siempre manifestó su desprecio a la necrofilia, y como dijera muchas veces, la muerte le era poco simpática... aún en su sola idea...

Cuando discutía con su amigo Heidegger, y releía su obra magna, "Ser y Tiempo", obra que respetaba y conocía en sus menores detalles y en su propia lengua

ORTEGA y la circunstancia argentina

por Jaime E. Cañás

germana, don Ortega solía repetir a sus amigos y seguidores: ¡Demasiada necrofilia! Porque el hispano que, como todo español caminaba sobre la ruta de la muerte taurina, era sobre todo "un ser-para-la-vida". Esa vida que en buena parte le hubiera gustado vivirla en la Ar-

gentina. Ortega "rozó nuestra forma de vida", pero no fue un simple roce de viajero sutil, sino una auscultación profunda.

El pensamiento de Ortega comparado con la mayoría de los filósofos aburridos y abstractos, es un pensamiento que apenas contiene tran-

sacciones analíticas, (no desarrolla tesis pesadas y fuertes difíciles de digerir como sus colegas germanos), sino que entre una y otra idea, salta como un puma, limpio, claro, aunque no prolijo, pero supo colocar sus garras entre presa y presa. Ortega no supo describirnos la selva de conceptos y términos abstractos filosóficos, no actuaba como el pensador clásico europeo, sino que nos cogía de su mano para guiarnos por la jungla de la vida, dándonos la oportunidad de conocerla mientras la atravesábamos.

El autor de "El Espectador" con su propio vocabulario y su acento tan personal, con la carga de su lengua, magistralmente nos presentaba su pensamiento, su don de observación. Y recuerda en su paso por Buenos Aires un tramo de su vida platense: "...no podría escribir mi

biografía —dado que ella tuviese algún interés— sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir, que le debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situaciones, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a ese país. Así, absolutamente así”.

En sus conferencias por el Río de la Plata, Ortega supo valorar a su público que solía escucharlo con más respeto que sus propios compatriotas. Descubrió un auditorio más receptivo que en los pasillos intelectuales hispanos. En mayo de 1917, en las páginas que abrían su segundo “El Espectador”, nos recuerda así:

“...yo diría que un libro es de allí donde es entendido. El Espectador es y tal vez será mejor entendido en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra natural presunción; pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano”. Primer toque a fondo del pensador gallego, captación veloz del ser argentino que recién buscaba su personalidad despertando nerviosamente a su destino...

Tres viajes realizó Ortega por la Pampa. El primero aconteció en 1916. El “tout porteño intelectual” acudió a la Facultad de Filosofía y Letras para escucharlo en sus seis conferencias sobre “El sentido de la filosofía” y luego en un curso completo de nueve clases de un seminario, centradas sobre las Críticas de Kant. No se conformó con estas clases, dictó varias conferencias literarias sobre “Juventud y Patriotismo”, “Cultura Filosófica” e “Impresiones sobre la Argentina”, además de otras en Ro-

sario, Tucumán y Montevideo. No sé quién tendrá los textos completos de esas conferencias, pero sabemos que allí latan los primeros gérmenes de sus puntos de vista sobre la Argentina.

Cuando Ortega pisa por vez primera la ribera rioplatense, tenía 33 años y sus obras apenas eran conocidas por un pequeño grupo de curiosos al pensamiento. Meditaciones del Quijote, personas, obras, cosas..., El Espectador I. Tampoco él, como un profesor de filosofía, sabía del mundo exterior, solamente Alemania por deber de estudios. Las Pampas lejanas eran sobre todo un desafío, como visitar a unos primos lejanos que jamás vio en su vida y que conocía por referencias de terceros...

Su personalidad lo inclina a abandonar el gabinete de trabajo, rompe con los círculos estrechos y sale al campo abierto a explicar su pensamiento. Su olfato visionario elude la presión machista hispana, y prevé el futuro de la mujer argentina. En el epílogo que escribió para “De Francesca a Beatrice”, de Victoria Ocampo, don Ortega exalta la función de la mujer argentina. Asigna a la “mujer del Plata”, un ideal de selección, un imperativo que muestra un afán de superación que influirá a la larga o a la corta sobre el varón. Una especie de poder detrás del trono.

En 1928 regresa Ortega y Gasset a la Argentina donde es recibido con alborozo. Fernando Vela escribía entonces en “La Nación”, señalando los cambios del filósofo hispano: “Antes del primer viaje, el pensamiento de Ortega había sufrido ya su primera radical transformación. Según su propia frase, se ha evadi-

FELIX LUNA
CONFLICTOS Y ARMONIAS
en la historia argentina



**Conflictos y Armonías
en la Historia Argentina**
por FELIX LUNA

Ya apareció

EDITORIAL DE BELGRANO
TEODORO GARCIA: 2090/771-8485 - 773-4767
BUENOS AIRES

RESTAURANTE Y CONFITERIA

Cocina Internacional
Menú para ejecutivos
Horario confitería de 9 a 20 horas
Restaurante de 12 a 16 horas

Banquetes - Convenciones
Recepciones
Pedir presupuestos

Florida 877, 3er. Piso, Capital
Tel. 32-4411, Interno 217

Nuestra Confitería:
Un lugar especial para la hora del té

do, salido de Kant. Sin embargo, la nueva idea no fue expresada claramente hasta su vuelta a la Argentina. Tal vez este último año señala otra oscura y subterránea transformación y tal vez en la Argentina es donde emerjan sus palabras".

En la sala de Amigos del Arte, Ortega dio una serie de cinco conferencias, siendo la primera un llamado de atención, pues la tituló: "Introducción al presente. Qué es nuestra vida". Allí explica la preocupación de decidir a cada instante lo que vamos a hacer. "La edad de nuestro tiempo", denominó la segunda conferencia, y allí expuso por vez primera en el exterior su idea de las generaciones: pensamiento que años después desarrollaría con plenitud en su curso dictado en Madrid sobre "En torno a Galileo". Los temas restantes que el público porteño siguió con atención fueron: "El sexo de nuestro tiempo", preocupación por un sector que años más tarde sociólogos y escritores dieron tanta importancia; en "El nivel de nuestro tiempo", y en la última "El peligro de nuestro tiempo", examina con pasión de futurologo, el fenómeno mundial del poder que el manejo de las masas desempeñaría en la sociedad actual.

En forma paralela y en el mismo periodo de tiempo, el francés René Guenon, desde un punto de vista metafísico nos daba a conocer su obra básica, "La crisis en el mundo moderno". Ambos profetas con los ojos bien abiertos, anticiparon el alcance por la sociedad de un punto crítico y el cambio que se avecinaba, transformación inevitable que falsas tradiciones materialistas trataban de demorar por egoismos socioeconómicos.

La sed del naciente



*El filósofo español junto a sus libros.
Ortega y Gasset supo vivir como escribía.*

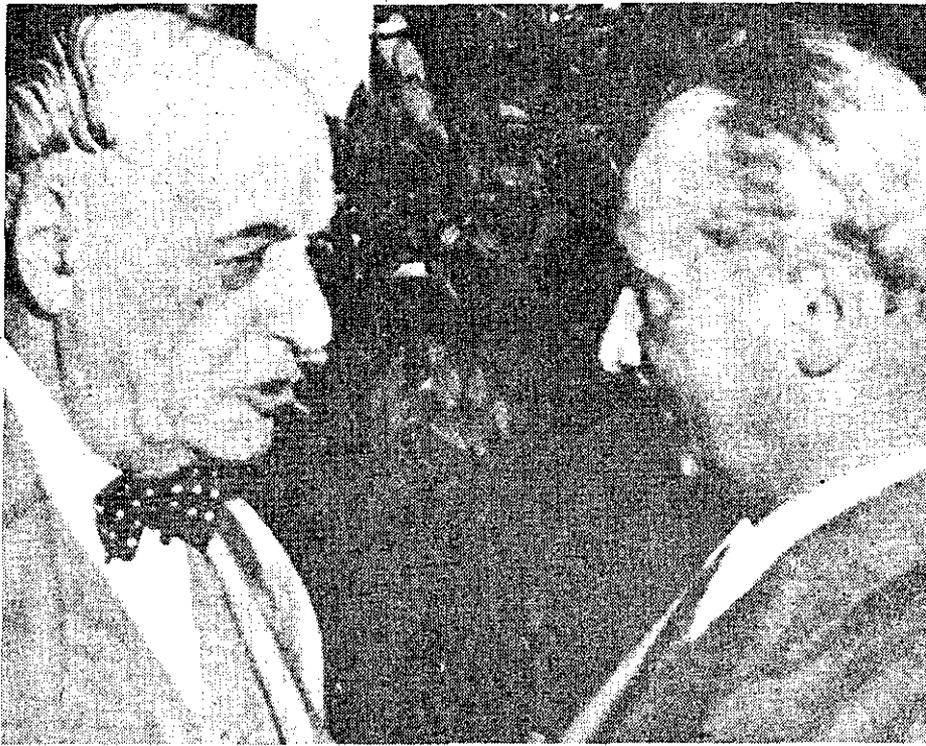
público argentino sorprendió a Ortega, y por ello sumó varias conferencias más en la Facultad de Filosofía y Letras. El tema central fue, "¿Qué es la ciencia?", problema destinado, según el mismo pensador español a "trazar el perfil de algunos problemas filosóficos...".

La corta y rica expe-

riencia porteña de este segundo viaje, quedó vertida en los dos ensayos que cierran el volumen VII de "El Espectador" (1929), bajo el título de "Intimidaciones"; fue en el fondo una expresión de cariño de un tío que ve crecer a su sobrino en forma mucho más afín que a sus propios hijos. "Con sorpresa he advertido —recordaba—

que en esta ciudad tan áspera que se llama Buenos Aires o en sus informes alrededores se estremecía una raíz de mi mismo, ignorada por mí, de la cual no crece ni ha crecido nunca en mi vida real, sino que es como una ideal raíz que brotase no sé bien qué posible vida criolla, no vida, claro está por mí".

Ortega vivió con su



Ortega y Gasset con el filósofo alemán Martin Heidegger, en 1953.

pensamiento una "reencarnación" anterior, reconocía la Pampa como si fuera su propia casa, y se lamentaba: "...La fatalidad ha seleccionado de nuestras posibles trayectorias una y ha eliminado las demás. Mis memorias contarán también, junto a mi vida afectiva, las que pude vivir..."

No identificarse con los odios

En 1939, don Ortega regresa por tercera vez, esta visita no es de invitado, sino de refugiado, recién terminaba la guerra civil hispana y comenzaba la segunda conflagración mundial. Y aquí aparecen los silencios políticos del pensador, silencios sobre hechos tan claros que molestan a muchos. Es el primer español que no abre la boca, que ignora la lucha fratricida, solamente dedica su tiempo

a dos prólogos de su reedición del tomo sobre "La rebelión de las masas". Precisamente esas masas divididas por la geopolítica de las grandes potencias, estalla en su versión porteña. Puños cerrados, brazos en alto, dominan los cafés de Buenos Aires, pero don Ortega calla, el silencio apolítico es la respuesta visionaria al odio entre hermanos.

Quién más, quien menos, todos le reprochan no situarse "a la altura de las circunstancias", palabra esta última que quemaba al mejor intérprete del hombre y su circunstancia. En sus conferencias cunde el silencio, todos esperan su identificación con alguno de los bandos. Ortega responde solamente al futuro argentino, e insiste en sus conferencias para que la Argentina "se enemistase y no se deje llevar por la corriente". Los

dardos caen sobre el maestro, éste responde ignorando los insultos baratos, y continúa con sus seis conferencias en Amigos del Arte; el tema central fue "El hombre y la gente". Sumó luego otro curso en la Facultad de Filosofía y Letras sobre "La razón histórica", pero los odios le responden con críticas precisamente por saber razonar sin odios...

En 1948 funda con Julián Marias después de un corto autoexilio en Portugal, el Instituto de Humanidades de Madrid. Un año más tarde viaja a Aspen, Colorado (USA), donde se celebra el bicentenario internacional del nacimiento de Goethe. Allí se reúne con Thomas Mann, Thornton Wilder, Albert Schweitzer, y lanza sus dardos sobre el hombre que más admiró, Goethe. Lo escuchan en silencio, hasta los mismos traductores quedan asombrados por la agilidad men-

tal y facilidad de sus pensamientos. Al término el rector de la Universidad de Chicago, Robert M. Hutchins exclama a voz abierta: ¡Este es el hombre que necesita América!. La revista Life lo distingue ante el mundo anglosajón, pero su mundo, el hispánico todavía tiene rencores...

En Aspen, Ortega recalcó una cosa importante. En medio de una guerra fría, de amenazas internacionales entre dos mundos opuestos y violentos, da una lección de optimismo, pero no el optimismo de los ignorantes, sino el del visionario. Señala Ortega a su auditorio (traducía T. Wilder), que el hombre siempre está en un trance de perderse en un laberinto, pero este extravío es hoy "un privilegio dramático" y no un mal necesario. Las creencias cuando son sostenidas por una fe sana, proporcionan al hombre un suelo firme donde descansar.

Si el hombre no se hubiese extraviado infinitas veces, nunca habría descubierto la brújula. No recordaba el pensador hispano, ninguna civilización que hubiera perecido por un ataque de duda; en cambio sabía del anquilosamiento por arteriosclerosis de sus creencias. Lo más deseable y positivo para Ortega, es que pongamos al descubierto los aspectos negativos de nuestra época; sólo así podremos convertirlos en hechos positivos, "desnudarlos, subrayarlos, ponerlos de manifiesto y definirlos enérgicamente".

Cuando le preguntaban sobre su experiencia rioplatense, respondía que tenía una deuda afectiva e intelectual. Y advertía que su intención última, respecto a la Argentina, no había sido otra que "empujarla hacia sí misma, recluirla en su inexorable ser..."

AZUL Y BLANCA

Señor Director:

En primer lugar le pido perdón por meterme sin que me invite, pero resulta que leí la carta del Sr. Juan Alberto B. Molina en la pág 81 de TODO ES HISTORIA del mes de noviembre, titulada "CELESTE Y BLANCA" y su patriótica preocupación me anima a desafiar que alguien me diga: "con Ud. no es la tabiada, amigo".

Cada vez que alguien me toca el tema de los colores de la bandera, siento que tengo sangre de Falucho y la mano se me va solita al "cola blanca". Ese es el justificativo de estas líneas.

Todos los argentinos nos hemos preguntado alguna vez cuáles son los verdaderos colores de nuestra bandera, en brevísima síntesis, trataré que la copia de algunos documentos respondan que son: AZUL Y BLANCO.

COMUNICACION AL GRAL. BELGRANO: "En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante, se haya, reconocida y use por las tropas la escarapela que se declara nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y deberá componerse de los dos colores blanco y azul celeste, quedando abolida la roja con que antiguamente se distinguía..."

Buenos Aires, febrero 18 de 1812 - Chicliana - Passo - Sarraatea

NOTA DEL GRAL. BELGRANO: "Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniendo la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional: Espero sea de la aprobación de V.E."

La misma bandera fue bendecida en Jujuy (25/5/1812), luego jurada a orillas del Río Pasajes (13/2/1813) y posiblemente es la misma que se guarda en el Salón de la Bandera en Jujuy aunque hay opiniones disímiles.

CORNELIO SAAVEDRA (Memorias) — Refiriéndose a los sucesos de mayo escribe lo siguiente: "... La Plaza de la Victoria estaba llena de gente, que se adornaba ya con la divisa en el sombrero de una cinta azul y otras blancas".

VICENTE F. LOPEZ: (Hist. de la Rep. Argentina — T.II, pág. 44) — "... Pero a pesar de todo eso, la plaza se llenó en un momento de damas y señoritas con los colores celestes que distinguían el penacho tan popular de los patrios".

REGLAMENTO PARA MISIONES — A orillas del Tacuarí, el 30 de diciembre de 1810, el Gral. Belgrano redactó para el pueblo de Misiones un reglamento de derechos y garantías. También la creación de un cuerpo de milicias: "... cuya infantería debía llevar el uniforme de los patrios de Buenos Aires, — Chaqueta azul y pantalón blanco".

J. R. YABEN (Biografías Argentinas y Sudamericanas) — Coronel Antonio Luis Beruti: "... fue allí que aceptando la idea de French, distribuyó entre los patriotas enardecidos por sus vibrantes discursos, las escarapelas azul y blanca que habían confeccionado y cuya primera ostentó Beruti en su vestimenta".

AGUSTIN DE VEDIA ("La bandera y el Escudo) — Testigo y actor: "El general Espejo, guerrero de la independencia, soldado benemérito de los Andes e historiador de esa campaña, afirmó en carta publicada en 1878, que los colores típicos del pabellón argentino son azul y blanco. En esa misma carta daba a conocer las dificultades con que se había luchado en Mendoza para confeccionar la bandera del ejército que en 1817 debía atravesar las cordilleras. No se halló el color azul, propiamente, y fue necesario contentarse con una gradación oscura, el azul turquí, y con una sarga que no alcanzó para formar las tres

fajas, o sea dos azules y una blanca. La bandera de los Andes se compuso sólo de dos fajas: simples accidentes que nada significan. El hecho es que fueron los colores argentinos los que pasaron triunfantes por toda la América del Sud".

DEL MISMO AUTOR Banda presidencial: "... notable el hecho de que la Asamblea General Constituyente estableciese, por el artículo 3º del estatuto de gobierno, dado en 1814, que el Director Supremo llevara como distintivo de su elevada representación una banda bicolor, blanca al centro y azul a los costados. Tal resolución vino a ser confirmada luego por el congreso de 1818".

MITRE (Hist. de Belgrano) — "... Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde y, en aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, reflejo del hermoso cielo de la patria, y su ascensión fue saludada por una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina".

DEL MISMO AUTOR: Haciendo referencia a una consulta hecha por el gobierno a la Asamblea del año XIII sobre la innovación del estandarte, dice: "Sin que por entonces se pronunciase explícitamente la Asamblea sobre este punto, la bandera azul y blanca, con su escudo en el centro empezó a generalizarse, y los pueblos la saludaron con entusiasmo, como símbolo de la independencia".

RECOPIACION DE LEYES Y DECRETOS DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS: Existe un documento precioso, preciso y creo que el único, que confirma que la Asamblea del año XIII creó la bandera argentina, en forma explícita y no escrita por las circunstancias políticas especiales de la época. (No éramos independientes).

Se trata del Estatuto Constitucional Provisorio

dictado por el Congreso de Entre Ríos, el 4 de marzo de 1822, atribuido al juriconsulto Pedro José Agrelo que fuera constituyente de la Soberana Asamblea. El mismo Congreso, el 12 del mismo mes decretó la Bandera Nacional para la provincia: "... Debiendo cubrir un sólo pabellón nacional todos los estados y provincias federadas, o unidas en cualquier forma de gobierno, bajo el cual únicamente puede y debe ser reconocida la Nación y los ciudadanos que le pertenecen; y deseando el Congreso alejar por su parte en la Provincia todo cuanto ha introducido en la Provincia solamente el inmoderado espíritu de contradicción y partidos de caudillos particulares, con tan sensible y perjudicial trastorno de la opinión y fomento de rivalidades sangrientas entre los pueblos y provincias de la Unión; como asimismo teniendo presente que ningún Estado particular de la Federación tiene derecho para establecer y multiplicar estas insignias, y que el pabellón nacional, compuesto de dos fajas azules horizontales a los cantos, y una blanca al medio en la misma forma, está sancionado y mandado poner en todas las plazas, puertos y buques de la Nación, como en todos los demás lugares que deben tenerlo en todo el territorio general de las provincias, por la Asamblea General del año XIII, donde asistieron diputados solemnemente electos por todas ellas, ha venido en declarar y mandar, como por el presente ordena y manda, que en todas las plazas, puertos y fuertes de esta Provincia, como en los buques de guerra y de propiedad particular de sus habitantes, no se enarbole otro que dicho pabellón nacional azul y blanco en los términos expresados".

El 22 de febrero de 1813 estaba ya en uso un sello que mandó hacer la Soberana Asamblea, el óvalo tenía un campo inferior blanco y

el superior de color azul. (líneas horizontales que representan ese color).

Mil testimonios más nos llevarían a la conclusión de que los colores: azul, azul celeste, y celeste fueron usados indistintamente para representar al firmamento, al cielo diáfano, al cielo sin nubes.

Para mayor abundamiento me remito a las sesiones del Congreso de Tucumán, en donde se confirma esta aseveración:

ACTA DEL 20 DE JULIO DE 1816 — Proyecto del diputado Gascón. "La bandera menor del país azul y blanca que actualmente se usa; sin perjuicio de acordarse después la bandera grande nacional, según la forma de gobierno que se adoptase, cuyo decreto pidió también se circulase. Así quedó resuelto por uniforme acuerdo".

Cinco días después el secretario y diputado Sr. Serrano, encargado de dar forma al mismo proyecto cambió el color azul por el celeste como puede verse en la siguiente acta.

ACTA DEL 25 DE JULIO DE 1816. "Se trajo a la vista el proyecto decreto sobre la bandera menor, presentado por el secretario Serrano, encargado de su formación, que fue aprobado." "Elevadas las Provincias Unidas de Sud América al rango de una Nación, después de la declaración solemne de su independencia, será su peculiar distintivo la bandera celeste y blanca que se ha usado hasta el presente y se usará en lo sucesivo exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas, en clase de bandera menor, interin decretada al término de las presentes discusiones la forma de gobierno más conveniente al territorio se fijen conforme a ella los jeroglíficos de la bandera mayor."

Es necesario no olvidar que de acuerdo al texto, se trata de una ley interina, hasta que se discuta la forma de gobierno y se san-

cione. el uso de la bandera mayor.

LEY DE CREACION DE LA BANDERA ARGENTINA. Dada en Buenos Aires, el 25 de febrero de 1818, por el Congreso Nacional y promulgada al día siguiente: "1º Que sirviendo para toda bandera nacional los colores blanco y azul en modo y forma hasta ahora acostumbrada, fuese distintivo peculiar de la bandera de guerra, un sol pintado en medio de ella. 2º Y porque la banda que sirve de divisa al Supremo Director del Estado debe diferenciarse de las otras, de suerte que jamás se confunda con ellas, y que sea bastante notable la diferencia, serán peculiares y privativos de ella los dos colores blanco y azul que la distinguen en la forma que hasta ahora se han usado, y en ella se pondrá un sol bordado de oro en la parte que cruza desde el hombro hasta el costado, de modo que caiga sobre el pecho y se haga bien visible."

Promulgación: "Que sirviendo para toda Bandera Nacional los colores blanco y azul en el modo y forma hasta ahora acostumbrados, sea distintivo peculiar de la Bandera de guerra, un sol pintado en medio de ella. Es copia. Yrigoyen."

Esta es la única ley de creación de la bandera argentina, nacida del Congreso Nacional y promulgada por el Poder Ejecutivo como corresponde.

Desde entonces y para siempre serán, como lo ordena la Ley: "para toda bandera nacional los colores blanco y azul".

Todos sabemos que únicamente el Congreso Nacional está facultado para legislar sobre los colores de un símbolo que representa la argentinidad misma y que la ley de su creación debió ser sagrada desde su promulgación, sin embargo no fue así. Los federales le cargaron tinta hasta llegar al indigo, mientras los unitarios rebajaron el azul hasta el celeste; no obstante la

Ley de 1818 siguió vigente. Terminadas las pasiones políticas, el azul del cielo volvió a ondear en la enseña de Belgrano.

9 DE AGOSTO DE 1895 (Aparece un decreto que dice) "Art. 1º - La bandera nacional de guerra para el uso de los cuerpos del ejército de línea y de la guardia nacional será reglamentaria en la forma siguiente: 1º Sus colores, azul celeste y blanco como lo dispone la ley de su creación..."

24 DE MAYO DE 1907 (reemplazado por otro decreto) "...la bandera nacional, será usada con los colores celeste y blanco, ordenados por la ley del 25 de julio de 1816, sancionada por el Congreso de Tucumán, cuyos colores corresponden a los cuarteles superior e inferior del campo del escudo."

EN 1908 fue sancionada la Ley 6286, por la que se creaba la Comisión Nacional del Centenario, que debía preparar los festejos del primer siglo del nacimiento de la libertad, entre otras cosas debía fijar el color oficial de la bandera argentina.

La Comisión hizo un meduloso estudio de los antecedentes históricos y jurídicos llegando a la conclusión de que la ley de 1818, tenía vigencia legal, es decir que la bandera debía ser azul y blanca. También comprendió la Comisión que las Administraciones (gobiernos) no podían alterar ni revertir lo que estaba mandado por la ley y que sólo el Congreso Nacional podía modificar en adelante los colores nacionales. Sin embargo, "La force prime le droit" (La fuerza vence al derecho), en 1944 apareció el decreto N° 10.302, cuyo artículo segundo dice:

"La Bandera Oficial de la Nación es la bandera con sol, aprobada por el "Congreso de Tucumán", reunido en Buenos Aires el 25 de febrero de 1818. Se formará según lo resuelto por el mismo Congreso el 20 de julio de 1816. con los co-

lores "celeste y blanco" con que el General Belgrano creó el 27 de febrero de 1812, la primera enseña patria. Los colores estarán distribuidos en tres fajas horizontales..."

Paradójico, pero es el decreto que rige hasta nuestros días. "El celeste no tiene escritura propia en la Heráldica", decía Sarmiento. No es un color primario ni binario, sino una gradación del azul, se diluye en la distancia, en el mar se confunde con el blanco y en la intemperie carece de estabilidad. Por eso, por razonados que seamos nos duele ver en los días de embanderamiento público, banderas con las fajas exteriores azules, celestes, azul-celestes, verdosas, moradas y otros colores borrosos y desteñidos.

El azul, en cambio, es un color definido, estable, con una longitud de onda característica. Es el color del firmamento, del cielo limpio, el mismo que eligieron nuestros próceres para eternizar en la seda ondeante su fe en la inspiración divina, la pureza de sus intenciones revolucionarias y la esperanza de progresar por el camino de la paz, la libertad y la justicia.

Señor Director, para la bandera, nada de medias tintas ni decretos refalsados. Para mí hay una sola: la de 1818; una sola bandera: azul y blanca que aprendí a querer desde niño y juré defenderla con mi vida.

Cuando se reúna el Congreso Nacional en el próximo gobierno constitucional habrá llegado el momento de poner las cosas en su lugar y el decreto 10.302, que de dos leyes hizo una nueva bandera, pasará al recuerdo como testimonio de una época, que en el afán de revolucionar todo, manoseó una ley que debió ser sagrada, por su contenido, su procedencia histórica y por el valor legal avalado por la Comisión del Centenario.

Vicente Baca (L. E. 3.985.675)
Gordaliza 1755.
San Salvador de Jujuy (4600)

EDUARDO GUTIERREZ

Señor Director:

¡Al fin una pluma valiente en TODO ES HISTORIA! Me refiero al trabajo: "Eduardo Gutierrez, historia de una condena literaria", del señor Gerardo Bra, que acabo de leer. No sólo le hace justicia al autor de Juan Moreira ya que también se atreve a decir lo que muchos callan.

Era hora que se terminara con el mito de nuestros escritores en la pose de "monstruos sagrados". Silenciados José Hernández, Ascasubi, Joaquín V. González y otros que no menciono por temor a caer en olvidos injustos, las letras argentinas sufrieron una caída de valores por la proliferación de plumíferos cerebrales y con una total falta de autenticidad. (Tales los casos de los Borges, Marchal, Mujica Láinez, Sabato y otros).

Debo agregar que dicha nota me ha reconciliado con escritores que creía en una línea aristocrática. La defensa que de Gutiérrez hacen Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, es digna de todo elogio.

Bajemos de una vez por todas a los novelistas enlatados y comercializados, como es Silvina Bullrich, que aparte de escribir mal, de plagiar autores franceses aún no traducidos y de robar ideas a los noveles que mandan sus trabajos a los concursos donde ella oficia de jurado, nos hace quedar mal a los argentinos cuando va al extranjero, porque en los banquetes toma la sopa haciendo mucho ruido.

Saludo al señor director y lo animo a seguir en el camino trazado.

Evaristo Fuentes
Mensajerías 123
SAN BERNARDO
(Pcia. Bs.As.)

CEMENTERIO COSMICO

Señor Director:

He leído con profundo interés el artículo de su ya, para mí, imprescindible revista, "El Cementerio Cósmico de Otumpa", del señor Ramón Tissera.

De su lectura surge la importancia fundamental a escala mundial que posee este patrimonio argentino en suelo chaqueño.

Por el testimonio colonial del fenómeno, las sucesivas exploraciones, la mitología indígena posterior con la perfecta denominación del lugar, etc., las predaciones posteriores y las aún actuales implicancias científicas creo que bien merece considerarse todo eso para convertir a la zona en Parque Nacional y, como tal, con su debida custodia y actividad científica permanente.

Algo similar, pero por un fenómeno diferente, es lo que ocurrió en Estados Unidos con Zabriskie Point. La importancia del "yacimiento ferroso celestial", como rarísimo fenómeno mundial bien lo merecería y sería una forma adecuada de evitar predaciones.

Existe en el artículo una aparente discordia entre parte del texto y el epígrafe de una de las fotos con respecto a lo que tuve la ocasión de observar en Londres.

En el texto de la página 50, con el subtítulo de Hierro para la Independencia dice: "... en un lugar próximo denominado Runa Pocito encontraron otra mole menor de una tonelada de peso que se remitió a Buenos Aires. Estaba guardada en el Fuerte, donde fue despojada por los ingleses de la primera invasión y remitida a Londres como trofeo".

En el epígrafe de las fo-

tografías de la página 51 dice: "... una fracción del meteorito destapado en Runa Pocito de 834 kg. en 1904. Se encuentra en el British Museum de Londres".

En 1979 descubri en forma casual en Londres una fracción del meteorito de campo del cielo en una sala de Mineralogía del British Museum of Natural History (no el British Museum); está ubicado en la parte final de una enorme sala que, entre otras rarezas, exhibe pepitas de oro gigantes halladas en Australia. Nuestro aerolito chaqueño es fácilmente visible y ocupa un lugar destacadísimo, por su mismo volumen.

Como no soy especialista en el tema, siempre me pregunté hasta ahora como fue a dar allá, y todavía mi interrogante persiste. ¿Es este aerolito expuesto el despojo cometido por los invasores en 1806 al que se refiere la fotografía como el de Runa Pocito destapado en 1904, o fue una donación a aquel museo londinense?

Si se tratara del segundo caso, el fragmento despojado en 1806 sufrió un destino desconocido o quizás fuera fundido para construir armas que sirvieron para cometer otros despojos.

Dr. Hugo E. Castagnino
Juan de Garay 2318 —
Olivos.

MUSICA NEGRA: ¡SOCORRO!

Sr.
Félix Luna

Estoy completando la lectura minuciosa del número de noviembre de TEH dedicado a nuestros negros. Me alegro mucho que se haya hecho una recopilación tan interesante y necesaria (ya que la bibliografía al alcance económico de un lec-

tor común queda reducida a Oderigo y a algún libro sobre la historia del jazz) que analice históricamente la inserción de los negros africanos en el contexto de nuestra cultura, tal el caso de Schuller y otros.

Particularmente me interesa aparte del aspecto histórico, el aspecto técnico, rítmico de la música de origen africano que con el correr del tiempo se ha ido fusionando con algunos de los ritmos folklóricos americanos. Así pasa en Perú, México, Venezuela, Brasil, etc.etc. He recorrido muchas librerías, he ido a bibliotecas y lo único que he conseguido han sido los libros de Carlos Vega (referido a la parte nacional) y algún estudio de Isabel Aretz.

Si usted supiese de alguna fuente de información o de alguna bibliografía "consequible" se lo agradecería mucho. Trabajo 9 horas diarias en una oficina y antes o después, doy clases de música, no dispongo de tanto tiempo como para perderme horas en búsquedas a veces inútiles. Estudio armonía así que sé que el material conocido por usted analiza técnicamente el aspecto rítmico, tengo conocimientos como para comprenderlo.

Desde ya y aunque no pueda ayudarme le agradezco la atención; la cultura en la Argentina se maneja individualmente y uno se encuentra bastante solo ante tantas trabas para estudiar y desarrollarse en lo que a uno le interesa particularmente.

Nuevamente le agradezco y le pido perdón por el valioso tiempo que le he robado.

Con aprecio

Patricia Cucurull
Boedo 414 10°. "E"
TE: 93-5635

N. de la D.: Alguien puede ayudarla?

TODO ES HISTORIA N° 166. Marzo de 1981. Director Félix Luna. Redacción, Publicidad y Administración: Viamonte 773, piso 3. Teléfonos 392-4803/4903. Inscripción en la Dirección Nacional de Derecho del Autor bajo el número 1.264.960. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo, Garay 3226, Capital. Distribuidor en interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 365, Capital. Composición, armado, impresión y encuadernación: Alemann S.R.L. 25 de Mayo 626, Capital Federal.

Correo
Central (B)
Suc. 53 (B) y
Suc. Cabeceras

TARIFA REDUCIDA
CONCESION N° 6240

FRANQUEO PAGADO
CONCESION N° 110

Marzo de 1981

SUPLEMENTO ESPECIAL



LOS PAPAS MARINEROS

Quizá el lector de TODO ES HISTORIA se sorprenda de este título que, para decirlo de una vez, es el título de un homenaje a 2000 años en que para el Papado, como institución temporal, también todo fue Historia.

Si hemos pedido al Director de nuestros suplementos, el periodista Martín Allica, que trazara las semblanzas de estos once Pontífices en un marco nunca abordado — el de su actuación como hombres volcados al mar y la navegación, a la aventura descubridora y pacificadora de la humanidad— lo hicimos con una orientación bien precisa.

Queríamos, simplemente, ubicar en su justa, equitativa, saludable perspectiva secular (no jugamos a teólogos, no somos derrotistas ni triunfalistas), darle raíz y encarnadura al presente proceso de mediación pontificia por el diferendo con Chile.

Y otros que sobrevendrán en el tiempo mientras el hombre moderno, cual nuevo Jacob, no se decida a tender nuevamente la escala que lo unía a la trascendencia y la Providencia.

La Historia sigue librando sus secretos, sus fragilidades que constituyen su grandeza y la de sus protagonistas. ¿Hace falta que lo invitemos a pasar?

A lo largo de 120 metros, conectada con la Galería de San Pío V por un no menos extenso corredor, la Galería de las Cartas Geográficas ilumina espléndidamente, en el Palacio Apostólico Pontificio, el interés de los Papas en mantenerse actualizados sobre los espacios en que deben ejercer su primado espiritual.

Por cierto que una descripción gloriosa de este patrimonio encuéntranla ya al reunirse en cónclave, siendo apenas cardenales, frente al Juicio Universal que el desapacible Buonarroti pintó en la Capilla Sixtina bajo el patronazgo de Paulo III (Alejandro Farnesio), quien dedicaría su reinado de 1534 a 1549 a promover y finalmente inaugurar el Concilio de Trento.

Así, respondiendo con puntualidad al relato del Génesis, Miguel Angel ubicó en tercer puesto, inmediatamente antes de la creación de Adán, la escena en que Dios separa la tierra de las aguas: "Llamó Dios al suelo seco "tierra" y al cúmulo de las aguas llamó "mares". Y vio Dios que estaba bien" (Gén. 1, 10).

¿Iba a suponerse que el hombre, víctima de la orgullosa rebelión contra el Todopoderoso, acabaría enzarzándose en sinnúmero de querellas, entredichos, pleitos y zapatetas por la administración de tan admirablemente bien distribuido consorcio?

Más que posible, es probable que de esta guisa háyalo conocido Dios en su presciencia, puesto que no sólo hizo navegante a su profeta Jonás sino que Jesús escogió a sus cuatro primeros discípulos "caminando por la ribera del mar de Galilea" (Mt. 4, 18). Y uno de esos pescadores, Simón, llamado Pedro, sería establecido al fin como el número uno en la lista de los Papas.

Introducida la causa por la cual los continuadores de Pedro están facultados para entender (aunque no necesariamente comprender) en cuestiones del ámbito marítimo, espíguemos en las vidas y trayectorias de otros Papas que han precedido al actual pontífice Juan Pablo II como mártires, mediadores, árbitros, dispensadores o peritos en tan procelosa materia.

A todos ellos queremos designarlos en esta evocación como los "Papas marineros"

Santos y hechiceros

Inicia la singladura San Clemente I, tercer sucesor del Príncipe de los Apóstoles en el año 65 ó 67 de nuestra era, después de San Lino y San Anacleto.

Para Orígenes, era el discípulo a quien alude San Pablo en su epístola a los filipenses (4,3) como "fiel colaborador". Habrá de ilustrarse por la calidad teológica de sus escritos y la fuerza de su predicación, al punto de que son estos méritos los cuales lo llevan al suplicio bajo el reinado de Trajano (¿año 96?).



*Pedro de Galilea,
el "pescador de almas" y primer Papa.*

*Ricardo Corazón de León:
tributos de Irlanda para la Santa Sede.*

*"Llamó Dios al suelo seco "tierra" y al cúmulo de las aguas
llamó "mares". Y vio Dios que estaba bien".*



El, que ha descrito al Mediterraneo como un vaso de agua “inmenso, inhospitalario, sin tierras ni orillas”, es precipitado al mar con un ancla en el cuello.

Prosigue este rumbo Silvestre II (Gerberto de Aurillac), que ejerció el pontificado de 999 a 1003. Había estudiado la “ciencia de los árabes” en Cataluña y fue una portentosa lumbrera en astrología, astronomía y geografía, cuyos trabajos lamentablemente se han perdido.

Empero, brilló también en la aritmética, la geometría y la mecánica, introdujo en Europa la numeración indoarábica e inventó un reloj de ruedas y péndulos, ya conocido por los chinos antes del siglo once, pero que le valió al Papa injusta reputación de nigromante y hechicero.

Hubo quienes juraron ver a este francés cruzando el Canal de la Mancha en una galera de fuego para deponer al rey sajón Etelredo II el Desprevenido.

Mas, leyendas aparte, acarició Silvestre II (primer pontífice en usar la tiara) el apreciable proyecto de unir a todas las tierras y mares bajo una monarquía universal con centro en Roma.

El mendigo inglés

Medio siglo después advenía a la Silla de San Pedro el único inglés que ha imperado sobre la cristiandad, Adriano IV, cuyo nombre en el siglo era Nicholas Breakspear (1154-1159).

Supuestamente pordiosero en su infancia en Hertford, quedóle —pese a ser sano de espíritu y vigoroso de cuerpo— la marca de la mortificación. De cuán ejemplar fue su ministerio tuvo pruebas cabales todo el mundo, empezando por su madre, a la que dejó en la pobreza más absoluta.

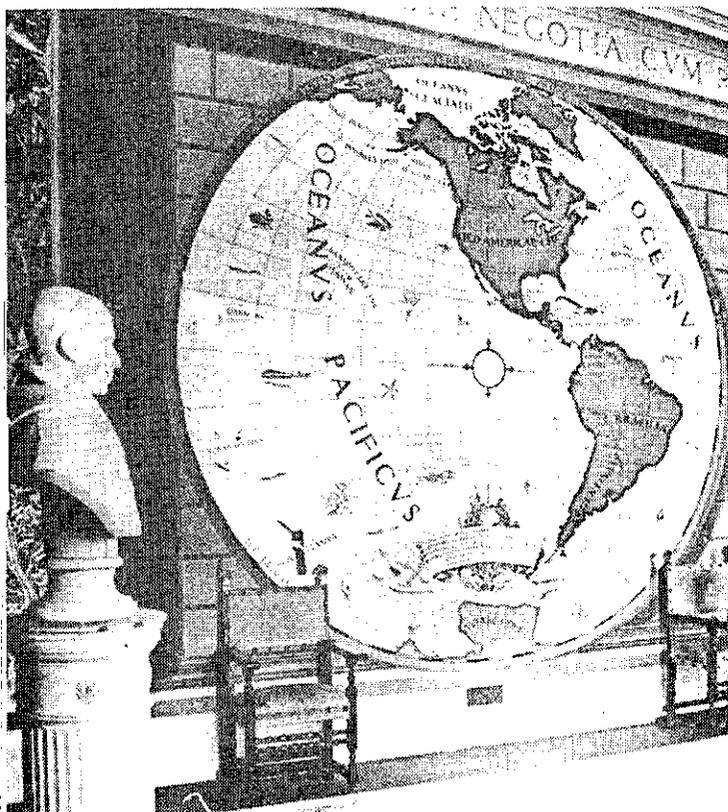
Pero no se crea que era un Papa indiferente a los asuntos temporales. Cuando el emperador alemán Federico Barbarroja vedó a sus dignatarios eclesiásticos recibir beneficios o atribuciones provenientes de Roma (hasta se permitió designar un obispo por su cuenta) Adriano reconvinó severamente al monarca, aunque la muerte le impidió excomulgarlo.

En sentido inverso, protegió las aspiraciones de Enrique II de Inglaterra sobre Irlanda, fundándose en el principio —de laboriosa digestión para los contemporáneos católicos de aquella comarca— de que todas las islas pertenecían a la Iglesia.

En retribución, el padre de Ricardo Corazón de León y de Juan Sin Tierra debía imponer que todas las casas del país conquistado pagarian un tributo anual a la Santa Sede.

El otro Juan XXIII

Al francés Clemente VI (Pedro Roger), que





Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, señor del "Mar Tenebroso"

Pío II, cuyos argumentos científicos influyeron en Cristóbal Colón.



¿Marino profesional o temible pirata?, tal el enigma de este Juan XXIII.



reinaría entre 1342 y 1352 durante el Cisma de Aviñón, le correspondió el papel de mediador para la paz entre el rey Jaime II de Mallorca y el aragonés Pedro IV el Ceremonioso.

Como quiera que las simpatías del Papa estaban con el primero, lo favoreció en el fallo sin poder conjurar su desgracia ulterior.

El precio, efímero, de estas paces, fue el trono de las recién "descubiertas" Canarias para el castellano Luis de la Cerda. El título de Príncipe de la Fortuna atribuido por Clemente VI a este personaje decidió que las islas fueran llamadas también Afortunadas.

Simultáneamente, el Papa venía a reconocer la prioridad de España sobre Portugal en la navegación del Atlántico, a la sazón el "Mar Tenebroso".

Sexto en esta peculiar memoria se nos aparece el espectro de Juan XXIII, no por cierto el "Bueno" sino el polémico Baldasarre Cossa (1410-1417), a quien sus propios parciales definen "hombre mundano, atrevido, dado a los negocios temporales y que tenía más de guerrero que de ministro de Dios".

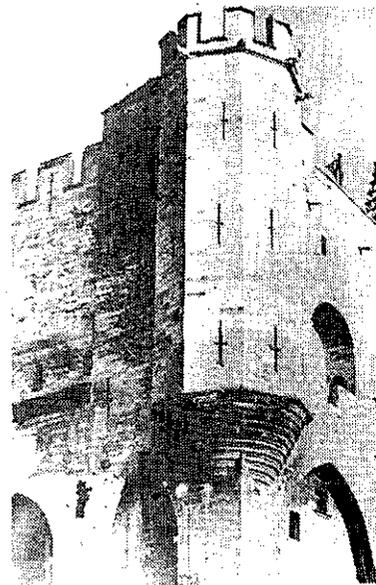
Producto de una gran confusión en ese momento de la Iglesia de Occidente, este Papa sólo nos interesa aquí por sus antecedentes como marino profesional, si bien para sus detractores sólo fue un temible pirata.

Así y todo, cuando abdicó la tiara, el nuevo pontífice, Martín V, perdonó sus extravíos y lo consagró obispo-cardenal de Túsculo, la ciudad del Lacio fundada precisamente por Ulises, el patriarca de los navegantes griegos.



*Los muros de Aviñón,
sede de Papas y Antipapas durante el
Gran Cisma de Occidente.*

*Alejandro VI (Rodrigo de Borgia),
impidió con su arbitraje una guerra entre España y Portugal
por la hegemonía interoceánica.*



La escuadra sin Papa

Sin duda, es otro personaje de envoltura clásica, Eneas Silvio Piccolomini, el más erudito de nuestra galería. Elegido sucesor de Calixto III (el primer Borgia de la Iglesia) en 1458, adoptó el nombre de Pío II.

Poeta, orador, humanista, diplomático, a los 53 años impresionaba como un viejo caduco cuya contextura carnal era pasto de la gota, los mareos, las cefaleas y la nefritis.

Pero entre los libros de cabecera de Cristóbal Colón se contaba un volumen inmodestamente titulado "Asiae Europaeque elegantissima descriptio", cuyo autor corroboraba con profusión de argumentos la hipótesis de que había otras tierras detrás de las Columnas de Hércules.

Ese autor era, desde luego, el cardenal Piccolomini, de Siena, quien se había propuesto reunir en una enciclopedia todos los conocimientos históricos y geográficos acumulados por el hombre desde la Creación.

Pío II quiso también ser el primer Papa en surcar los mares encabezando personalmente una cruzada contra los turcos, pero la bula de convocatoria no encontró grata acogida.

Le fallaron, justamente, los venecianos, la gran potencia naval de la época, que demoran su presencia al punto de llegar cuando el jefe de la Iglesia agoniza en 1464. "Hasta ahora me faltaba la escuadra para partir, ahora soy yo el que falta a la escuadra", rezará su despedida.



La penetrante mirada de Inocencio X, tal como la sintió el pincel de Diego Velázquez.

La fuente de los ríos en Piazza Navona.

El Papa que amó al Río de la Plata

Inocencio X (Juan Bautista Pamfili) y Clemente XII (Lorenzo Corsini) ligaron indisolublemente sus nombres al esplendor de Roma con dos obras dignas de los Césares: Piazza Navona y la Fontana de Trevi.

El primero de estos pontífices (1644-1655), generoso y atormentado por las disensiones entre sus parientes, se dio tiempo para construir una fuente central vecina al palacio Pamfili, y encargó el proyecto a Lorenzo Bernini.

El autor de la columnata de San Pedro dedicó su trabajo a los beneficios del agua y a los cuatro grandes ríos que fecundan cuatro partes del mundo: el Nilo, con la cabeza velada, el Danubio, el Ganges, con una rama en la mano, y el Río de la Plata. En el extremo sur de Piazza Navona, los discípulos del escultor erigieron una fuente donde un etiope rodeado de tritones lucha con un delfín.

El Papa Clemente (1730-1740), noble y achacoso, hizo colocar la Fontana de Trevi —verdadero fasto del barroco— en la muralla posterior de su palacio familiar, al parecer según un proyecto de Bernini que se terminó de ejecutar en 1762, bajo Clemente XIII.

En el nicho central, Neptuno —dios de los océanos— es conducido en un carro por dos tritones. El agua que allí brota impetuosamente es la más pura de Roma, la que Marco Vipsanio Agripa (el favorito de Augusto) hizo circular para sus termas.





*San Pío V
humilló el poder naval de los turcos en Lepanto.*

El Borgia mediador

Uno que nunca faltó a nada, ni como Papa ni príncipe temporal, fue Alejandro VI (Rodrigo de Borgia), cuyo primado se extendió once años sin ninguna distracción.

Valenciano, sobrino de Calixto III, fue insigne jurisconsulto y diestro administrador. Elegido sucesor de Inocencio VIII el sábado 11 de agosto de 1492, esta precisión de fecha adquiere digno relieve al recordarse que once días antes Colón había zarpado rumbo a América.

Este Papa, aficionado a las cosas de la marinería desde que Pío II le confiara el gobierno de las iglesias de Mallorca, fue quien el 4 de mayo de 1493 zanjó el contencioso entre España y Portugal por el dominio del Nuevo Mundo.

Y así, según narra con despecho uno de sus detractores: "cual si fuera señor y dueño del mundo, tiró una línea imaginaria de polo a polo, 100 leguas al O. de las islas Hespérides (Azores o Cabo Verde), y adjudicó a España todas las tierras que desde aquel meridiano se descubriesen hacia el O., dejando a Portugal las que quedaran al E. de dicha línea. Al año siguiente se trasladó este Meridiano divisor 370 leguas más al O. de las islas del Cabo Verde, por lo que el Brasil, que es el territorio americano que más avanza hacia el Oriente, tocaba ya en la zona asignada a Portugal".

Resta la constancia de que esta Bula Alejandrina impidió una guerra entre dos potencias católicas con enemigos comunes y —sin deterioro para nadie— que fuera obra de un pontífice no italiano fallecido en 1503, del cual también con saña se dijo: "Tarquino fue sexto rey; Nerón sexto

emperador; Reina un sexto. Siempre Roma por los sextos se perdió..."

A estas alturas de la averiguación se nos presentan dos Papas de variadísima fibra material y espiritual, ambos italianos, enérgicos, austeros y batalladores, cuya fama en notoria medida está ligada a otras tantas gestas navales de encontrada suerte.

El Angel y el Borracho

Profesor de teología, gran inquisidor, obispo y cardenal, Miguel Ghisleri se convierte en Pío V en 1566 y nadie que lo conozca puede emitir más testimonio de que es un ángel.

Su principal inquietud eran los avances de turcos y protestantes. Mediador por antonomasia, esta Papa dominico obtiene conjugar las voluntades de España y Venecia para limpiar al Mediterráneo de musulmanes, mientras sostiene resueltamente a sus fieles católicos en Francia y los Países Bajos.

El 7 de octubre de 1571, con el bastardo Juan de Austria en funciones de generalísimo de la escuadra y el almirante Marcantonio Colonna como comandante de la armada pontificia, son enviadas a pique 260 galeras "y muchos otros buques de diversas formas" con el pabellón del sultán Selim II el Borracho, en el golfo de Lepanto.

Infatigable trabajador por que se aplicasen las reformas legisladas por el Concilio de Trento, Pío V abandonó este valle en 1572. Elevado al honor de los altares, la Iglesia le dedica esta oración en su misa: "Oh, Dios, que para desbaratar a los enemigos de tu Iglesia para restaurar el culto divino te dignaste elegir pontífice a San Pío, haz que seamos defendidos por su protección y que de tal modo perseveremos en tu servicio".

Burócrata ahorrativo

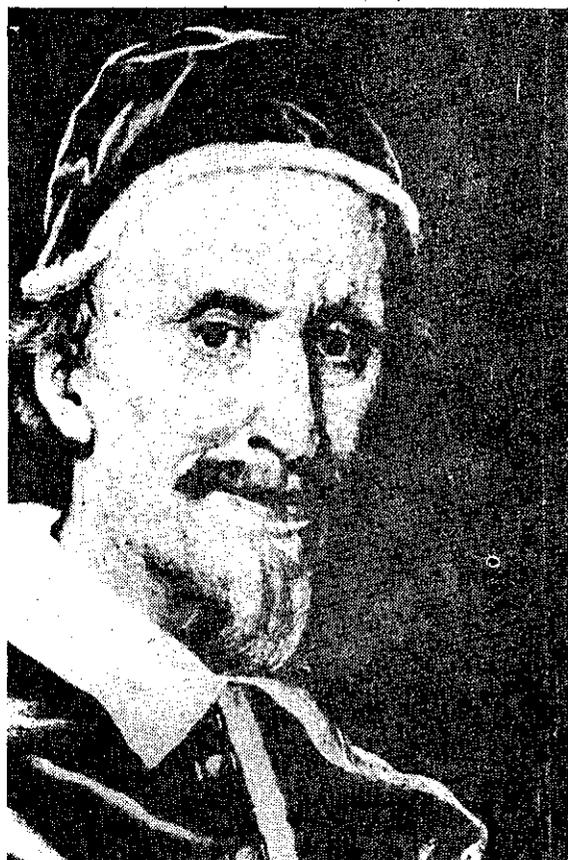
El segundo Papa cuya semblanza anunciábamos es Sixto V (1585 - 1590), de quien nadie podría esperar la canonización, pero que está sugestivamente unido a Juan Pablo II por su prosapia eslava —descendía de dálmatas fugitivos de los turcos— y su sentido de la economía.

Fue Félix Peretti un burócrata de hierro, imbuido de un altísimo celo por la autoridad en él delegada. Protegido de Pío V, este franciscano había guardado cerdos en su niñez y ya en el primer año de su pontificado —además de ahorcar a cuanto bandolero se le cruzaba a su guardia— había reunido un millón de escudos en oro que depositó en el castillo de Sant' Angelo, junto a la Santa Sede, dedicándolo a la Virgen María.

Esta, afirmaba en su bula, "no sólo vigila la marejada en que a veces oscila la navecilla de



Felipe II de España,
frustrado reconquistador de Inglaterra para el catolicismo.



Clemente IX:
lo abatió la pena por una derrota de los venecianos.

Pedro, sino también las tormentas que amenazan de lejos”.

Al contrario del Papa Ghisleri, el reinado de Sixto V padeció en 1588 las consecuencias de una tremenda derrota naval a manos de Inglaterra, que ya no producía pontífices como Adriano IV sino soberanos investidos de potestades religiosas, como Enrique VIII y su hija Isabel I.

La “Invencible”, vencida

El Papa había cifrado ingentes esperanzas en Felipe II de España como pretense restaurador del catolicismo en las islas, y hacia ellas zarparon comandadas por el inepto Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medinasiona, 130 navíos, 8.000 tripulantes, 2.000 remeros y 19.000 soldados de Castilla, Portugal, Andalucía, Vizcaya, Guipúzcoa, catalanes y napolitanos.

La “Armada Invencible”, así prematuramente bautizada, debió enfrentarse a unos 140 navíos dirigidos por Francis Drake, John Hawkins y Charles Howard, así como a unas borrascas benedicidas por el Averno, de guisa que España perdió 63 buques, 16.000 marineros y soldados.

Otras tripulaciones arrojadas a las costas de Irlanda, fueron masacradas por la población.

Aún hoy la palabra “armada”, tal cual se escribe en nuestra lengua, se emplea en Inglaterra como equivalente de flota, pero con cierto regusto sardónico...

Nada, empero, lograba disminuir la actividad de Sixto V ni su inclinación por los asuntos navales, al extremo de que por su bula “Immensa Aeterni Dei” sancionó provisiones para la marina mercante, reservándose siempre la decisión final sobre esta y otras materias merecedoras de su implacable solicitud.

Pena y esperanza

Hora es ya de cerrar esta memoración de los “Papas marineros”, con una cita emocionada para Clemente IX —en el siglo Julio Rospigliosi— elegido para la Silla de Pedro en 1667 y que sucumbiría dos años después, de pura pena por el triunfo de la flota turca sobre los venecianos en la isla de Candia.

Acaso en el momento de concluir el lector esta distracción, una blanca figura atraviese la Galería de las Cartas Geográficas en el Palacio Apostólico Pontificio, y pida a Dios que termine para siempre con las querellas entre sus criaturas por cuestiones de aguas, islas y meridianos.

MARTIN ALLICA

Producción del Departamento Editorial de *TODO ES HISTORIA*. Queda prohibida la reproducción total o parcial. Editorial *TODO ES HISTORIA*, Viamonte 773, 3er. piso, Tel.: 392-4703-4803, (1053) Buenos Aires, Argentina.

Un servicio indispensable.

PARA
EMPRESARIOS



Con solo contactarse con nuestro Departamento de Coordinación de Congresos usted puede disponer de: Salones para conferencias con capacidad de 30 a 800 personas.

Despachos con secretarías multilingües. Proyectoras, imprenta, télex. Contactos con empresas y profesionales. Reuniones culturales, científicas, desfiles, exposiciones, etc. Traslados. Un servicio indispensable del Bauen Hotel para Usted.

BAUEN
BUENOS AIRES BAUEN HOTEL

Av. Callao 360 - Tel. 40-7921/8255 393-2210/2310/2410/2510/2610
Cables: Bauenhotel - Télex: 17013 Bauen Ar

UCLA

ES SEGURIDAD